NARRATIVA COMPLETA



2

RELATOS 1927-1949

La obra narrativa de Bertolt Brecht (1898-1956), cuyos inicios coinciden con la cristalización de su temprana vocación literaria, se entrecruzó a lo largo de la vida del autor con el resto de su labor creativa y estuvo animada por los mismos objetivos que guiaron su producción teatral y poética. Los RELATOS —divididos en dos volúmenes— recogen la totalidad de la obra brechtiana en este campo siguiendo un orden cronológico. Si el primer tomo reúne sus narraciones publicadas en diversos periódicos y revistas entre 1913 y 1927, además de algunos inéditos, este segundo volumen agrupa los relatos correspondientes al período que abarca de 1927 a 1948. Escritos a lo largo de un difícil exilio que condujo al autor desde Dinamarca a la Unión Soviética y Estados Unidos pasando por Finlandia y Suecia, los relatos aquí recogidos —aparecidos varios de ellos más tarde en "Historias de almanaque"— proporcionan algunas claves fundamentales para la comprensión del autor alemán.

Bertolt Brecht

Relatos 1927-1949

Narrativa completa - 2

ePUB v1.1
Chachín 20.08.12

Título original: *Prosa. Aus «Gesammelte Werke» Band II*
Bertolt Brecht, 1927-1949.
Traducción: Juan J. del Solar B.
Diseño/retoque portada: Orkelyon

Editor original: Chachin (v1.0 a v1.1)
ePub base v2.0

El paquete del Buen Dios
Cuento de Navidad

Acercad vuestras sillas y vuestros vasos de té aquí detrás, junto a la estufa, y no olvidéis el ron. Es bueno estar al calor cuando se cuenta una historia sobre el frío.

Mucha gente, sobre todo cierta clase de hombres poco proclives al sentimentalismo, siente una fuerte aversión hacia la Navidad. En mi vida, sin embargo, hay al menos *una* Navidad de la que realmente guardo el mejor de los recuerdos. Fue la Nochebuena de 1908 en Chicago.

Había llegado a Chicago a principios de noviembre, y cuando me informé sobre la situación general, en seguida me dijeron que aquel sería el invierno más duro que quizás tuviera que soportar esa ciudad, ya bastante desagradable de por sí. Cuando pregunté qué posibilidades tenía un calderero, me dijeron que los caldereros no tenían posibilidad alguna, y cuando busqué un lugar medianamente asequible donde dormir, todo era demasiado caro para mí. Y eso mismo les pasó a muchos, gente de todas las profesiones, aquel invierno de 1908 en Chicago.

Y durante todo diciembre el viento sopló horriblemente desde el lago Michigan, y a finales de mes cerraron sus puertas varias grandes fábricas de conservas cárnicas, que arrojaron un torrente de desocupados a las gélidas calles.

Nos pasábamos días enteros yendo desesperadamente de un barrio a otro en busca de trabajo, y por la noche nos alegrábamos cuando podíamos refugiarnos en cualquier minúsculo local del barrio de los mataderos, repleto de gente exhausta. Allí al menos hacía calor y podíamos sentarnos tranquilamente. Y mientras no nos dijeran nada, permanecíamos sentados frente a *un* vaso de whisky, y ahorrábamos durante todo el día para aquel vaso de whisky, que incluía asimismo calor, bullicio y camaradería, cosas todas en las que aún podíamos cifrar cierta esperanza.

Allí pasamos también la Navidad de aquel año, y el local estaba más lleno que de costumbre, y el whisky más aguado, y el público más desesperado. Resulta comprensible que ni el público ni el propietario logren crear una atmósfera festiva cuando todo el problema de los clientes se reduce a cómo pasarse una noche entera con un solo vaso, y todo el problema del propietario a cómo echar del local a quienes tengan ante sí vasos vacíos.

Pero hacia las diez de la noche entraron tres individuos que, el diablo sabrá de dónde, llevaban unos cuantos dólares en el bolsillo y, como era Nochebuena y el aire

rezumaba sentimentalismo, invitaron a todos los presentes a tomarse unas copas más. Cinco minutos después, el local entero era irreconocible.

Todos renovaron su ración de whisky (esta vez muy atentos a que les sirvieran la medida correcta), se juntaron las mesas y se pidió a una joven de aspecto aterido que bailase un *cakewalk*, mientras la totalidad de los participantes marcaban el compás palmeando. Pero, a decir verdad, el diablo debió de meter su negra mano en el asunto, pues la animación dejaba mucho que desear.

Sí, el espectáculo adquirió desde el principio un cariz decididamente malévolo. Pienso que era la obligación de aceptar esas copas de más lo que irritaba tanto a todo el mundo. Los promotores de esa atmósfera navideña no eran mirados con buenos ojos. Y tras los primeros vasos de aquel whisky invitado surgió el plan de organizar una auténtica Nochebuena con regalos, una fiesta con todas las de la ley, como quien dice.

Como los artículos de regalo no abundaban, se prefirió hacer obsequios pensando menos en su valor intrínseco que en su adecuación a los obsequiados, para quienes quizá tuvieran un significado más profundo.

Y así obsequiamos al propietario con un cubo de aguanieve sucia de la calle, donde había más que suficiente «para que hiciera durar su viejo whisky hasta bien entrado el nuevo año». Al camarero le regalamos una vieja lata de conserva abierta, «para que al menos tuviera una bandeja decente en la cual servir», y a una de las chicas que trabajaba en el local le dimos una navaja mellada, «para que al menos pudiera rascarse la capa de polvos del año anterior».

Todos estos regalos fueron celebrados con un desafiante aplauso por los presentes, excepción hecha, quizá, de los propios obsequiados. Y luego vino la broma principal.

Había entre nosotros un hombre que sin duda tenía un punto flaco. Se instalaba allí cada noche, y por más indiferencia que quisiera aparentar, debía de tener un temor insuperable a todo lo relacionado con la policía, según creían poder afirmar con seguridad quienes sabían algo de esas cosas. De todas formas, cualquiera podía advertir que no se hallaba nada a gusto en su pellejo.

Para él nos inventamos un regalo muy especial. Con permiso del propietario arrancamos de un viejo directorio tres páginas en las que sólo figuraban comisarías, las envolvimos cuidadosamente en un periódico y entregamos el paquete a nuestro hombre.

Se hizo un gran silencio en el momento de la entrega. El hombre cogió el paquete con gesto vacilante y nos miró de abajo arriba con una sonrisa un tanto desvaída. Observé cómo palpaba el paquete con los dedos para determinar lo que podía haber en su interior ya antes de abrirlo. Pero luego lo abrió rápidamente.

Y entonces ocurrió algo muy extraño. El hombre estaba desatando el cordel con el

que habían atado su «regalo», cuando su mirada, en apariencia ausente, recayó en la hoja de periódico donde iban envueltas las interesantes hojas del directorio. Y al instante la mirada dejó de ser ausente. Su delgado cuerpo (era muy alto) se curvó todo entero sobre aquella hoja, como quien dice, y él agachó la cara hasta rozar casi el papel y leyó. Jamás, ni antes ni después, he visto yo a un hombre leer de esa manera. Sencillamente devoraba lo que iba leyendo. Y luego alzó la mirada. Y tampoco he visto nunca, ni antes ni después, una mirada tan radiante como la de aquel hombre.

—Acabo de enterarme por este periódico —dijo con una voz ronca, que apenas lograba mantener serena y contrastaba de modo ridículo con su radiante cara— de que el asunto se aclaró hace tiempo. En Ohio todo el mundo sabe que yo no tuve nada que ver con esa historia.

Y entonces rompió a reír.

Y todos nosotros, que lo habíamos contemplado atónitos porque esperábamos una reacción muy distinta y sólo entendíamos que el hombre había estado bajo alguna acusación y, como acababa de enterarse por la hoja de periódico, había sido rehabilitado, entretanto, también rompimos a reír de pronto a mandíbula batiente y casi de corazón, y aquello animó muchísimo la reunión, la amargura fue olvidada por completo y empezó una extraordinaria Nochebuena que se prolongó hasta la mañana y dejó satisfecho a todo el mundo.

Y claro está que, en medio de la general satisfacción, no tuvo ya importancia alguna que Dios, y no nosotros, hubiera elegido aquella hoja de periódico.

Breve visita al museo alemán.

—Buenos días.

—¿Sí?

—Quisiera visitar la sección de astronomía.

—¡Ajá! ¿No sabe usted leer?

—Por supuesto.

—¿Y no ve que allí dice que hoy está cerrada la sección de astronomía?

—Sí…, pero es que, sabe…, voy a estar aquí sólo un día.

—Y tiene que visitar precisamente la sección de astronomía.

—Así es.

—¿Y precisamente hoy, que está cerrada?

—Bueno. Quisiera hablar con el director.

—¿Con el señor director? ¿Y qué desea usted del señor director?

—Ver si el señor director puede hacer algo por mí.

—Pues ya puede ahorrarse la visita. Yo le digo a usted que el señor director no puede hacer nada.

—Buenos días.

—¿Sí?

—Disculpe, ¿es usted el señor director?

—Sí, ¿qué desea?

—Me gustaría visitar la sección de astronomía, que hoy está cerrada.

—¡Ajá! ¿Y para qué?

—Tengo que hacer un trabajo. Soy escritor.

—Ajá. Con que es escritor. ¿Y cómo se llama?

—Brecht.

—Ajá.

—Sólo puedo quedarme un día aquí.

—¿Y de dónde viene?

—De Berlín, usted perdone.

—Ajá. Y quiere visitar la sección de astronomía.

—Sí, por favor.

—Y justamente hoy, que está cerrada.

—Así es. ¿Por qué no sería posible? Basta con que uno de los guardianes me

acompañe. Alguna excepción tiene que haber. Sobre todo cuando no se trata de turistas, sino de gente que necesita algo para su trabajo.

—Pero, ¿por qué no mira antes un poco lo que hay en Berlín?

—Pensaba que aquí habría un material de primera.

—En otro sitio puede ser tan bueno, y hasta mejor.

—¿De veras?

—Que se lo digo yo.

—¿Hay salida por aquí?

—¿No sabe usted leer?

—Por supuesto.

—¿Y no ve que allí dice «salida»?

—¿Es usted el señor portero?

—Sí. ¿Qué desea?

El viaje más largo

He hecho todo tipo de viajes, pero el más largo de todos los que he hecho fue un viaje desde la estación de metro Kaiserhof hasta la Nollendorfplatz. Intentaré explicarle por qué fue tan largo aquel viaje.

Hará de esto unos diez años, y todavía no era yo tan importante como ahora. Si se encontrara usted hoy conmigo, tendría delante a un hombre al que no le ofrecería sin más ni más una propina. Pero en aquel entonces era yo un hombrecillo insignificante, y el día en que subí al metro en la estación de Kaiserhof aún no dejaba traslucir rasgo alguno de mi ulterior arrogancia. En algún lugar acababan de darme a entender que mi presencia en esta ciudad no tenía el menor interés y que les parecía innecesario financiarme una comida más en el Aschinger; y cuando estuve sentado en el vagón del metro había en mi cabeza un espacio singularmente vacío que yo era incapaz de llenar.

Era mediodía, y el metro estaba atestado de gente. Ya en Gleisdreieck conseguí un asiento, es decir, me incrustaron literalmente en él. Yo hubiera debido resistirme con todas mis fuerzas a ocuparlo, como se verá en seguida, pero ¿con *qué* fuerzas? Me sentaron y ya no pude levantarme.

Sentado allí me puse a pensar en cosas sombrías: mi alquiler, los días sin posibilidades que se avecinaban, etcétera; por lo demás, ahora que escribo estas líneas, advierto, de repente, que ya no recuerdo lo que se piensa en esas situaciones, de ahí que sólo pueda decir lo que habría pensado si pensara lo que generalmente pienso: que es preciso tener una cabeza despejada, un puro en la jeta rebosante de canciones, y los pies un poco por encima del asiento, y comentar la situación consigo mismo, confiadamente, como un hombre con otro. Y cuando llegó la estación de Nollendorfplatz no tuve la suficiente entereza para levantarme y abandonar el vagón.

Ante mis rodillas había gente de pie a la que hubiera tenido que molestar y dividir, como Moisés las aguas del Mar Rojo gente grande, fuerte e invencible, que aún me toleraba porque no sabía quién era yo, pero cuya paciencia no debía agotar una criatura como yo. Fatal insolencia hubiera sido pretender bajar donde ellos no bajaban; todo cuanto ocurriera luego habría sido culpa mía. Y me quedé sentado.

Me quedé sentado en aquella estación y en las siguientes, y continué sentado aún después de que la gente que había viajado de pie ante mí hubiera bajado hacía rato. Pues ¿de qué me servía bajar ahora? Cierto es que me iba alejando más y más de mi

destino, pero ¿cuál era mi destino? ¿Era aquello un destino? Me bajé en la estación final, que era, creo, la Reichskanzlerplatz, y volví a pie hasta la Nollendorfplatz, y aún así llegué allí demasiado temprano, pues me aguardaban cosas tan poco agradables como en cualquier otro sitio.

Por lo demás, la tortillita no tardó en volverse, como tantas veces antes y tantas veces después, y acaso mañana se vuelva otra vez; sea como fuere, aún hoy tengo la sensación de que aquel fue un viaje extraordinariamente largo.

La bestia

Cuán equívoca puede resultar la conducta de un hombre lo demostró hace poco un incidente acaecido en los estudios cinematográficos Moszropom-Russ. Sin duda fue un hecho insignificante y además quedó sin consecuencias, pero tenía algo aterrador en sí mismo. Durante la filmación de la película *El águila blanca*, que recreaba los *pogroms* perpetrados en el sur de Rusia antes de la guerra y censuraba acremente la postura de la policía en aquel momento, apareció en los estudios un hombre entrado en años que pidió trabajo. Se metió en la caseta del portero, junto a la entrada, y le dijo que se permitía llamar la atención de los señores sobre su extraordinario parecido con el célebre gobernador Muratov (Muratov, que había sido el instigador de aquellas sangrientas matanzas, era el protagonista del mencionado film).

El portero se rió en su cara, pero por tratarse de un hombre ya mayor no le dio con la puerta en las narices, por lo que el larguirucho y enjuto personaje se quedó un rato entre la multitud de extras y técnicos, gorra en mano, con aire ausente y conservando, en apariencia, una débil esperanza de conseguir pan y techo durante unos días gracias a su parecido con el tristemente célebre asesino.

Casi una hora llevaba allí el hombre haciéndose continuamente a un lado para dejar sitio hasta quedar arrinconado detrás de un escritorio, cuando la atención general se centró de pronto en él. Fue durante un descanso en la filmación, mientras los intérpretes se dispersaban en las cantinas o se ponían a charlar alrededor. El famoso actor moscovita Kochalov, que representaba el papel de Muratov, se dirigió a la caseta del portero para telefonear. Estando junto al aparato recibió un codazo del sonriente portero y, al volverse, divisó, entre las estruendosas carcajadas de los circunstantes, al hombre de pie detrás del escritorio. Kochalov se había maquillado según fotografías históricas, y todos advirtieron el «extraordinario parecido» del que el anciano había hablado al portero.

Media hora más tarde, el hombre estaba sentado entre los directores y operadores como Jesús en el templo, a los doce años, y discutía con ellos su contratación. Las negociaciones se aligeraron mucho debido a que, desde un principio, Kochalov se había mostrado poco proclive a arriesgar su popularidad encarnando en escena a una bestia como aquella. En seguida aceptó que le hicieran una prueba al «parecido».

En los estudios cinematográficos Moszropom-Russ no era nada insólito confiar

papeles históricos a gente que tuviera un parecido físico con el representado y no a actores profesionales. Con dicha gente se utilizaban métodos de dirección muy concretos, por lo que sencillamente explicaron al nuevo Muratov el desarrollo histórico de un incidente destinado a la escena y le pidieron que, a guisa de prueba, representase al gobernador tal y como él se lo imaginaba. Esperaban que a su gran parecido físico con el verdadero Muratov sumara también cierta semejanza en la actuación.

Se eligió la escena en que Muratov recibe a una delegación de judíos que le suplican poner fin a las matanzas. (Página 17 del guión: La delegación aguarda. Entra Muratov. Cuelga gorra y sable en un gancho de la pared. Se dirige a su escritorio. Hojea un diario de la mañana, etc.) Ligeramente maquillado, vistiendo el uniforme del gobernador imperial, el «parecido» entró en la sala de rodaje, uno de cuyos platos representaba el histórico gabinete de trabajo del palacio de la gobernación, y, en presencia del equipo de dirección en pleno, representó a Muratov «tal y como él se lo imaginaba». Se lo imaginó de la siguiente manera:

(Le delegación aguarda. Entra Muratov.) El «parecido» entra apresuradamente por la puerta, las manos en los bolsillos, en mala posición, inclinado hacia delante. (Cuelga gorra y sable en un gancho de la pared.) Al parecer se le olvida esta indicación escénica y se sienta en seguida, sin quitarse gorra ni sable, a su escritorio. (Hojea un diario de la mañana.) El «parecido» lo hace con aire totalmente ausente. (Inicia la audiencia.) Ni se digna mirar a los judíos, que le hacen reverencias. Con gesto vacilante deja a un lado el periódico; por lo visto no sabe cómo iniciar la audiencia con la delegación. Se queda simple y llanamente inmóvil y mira con aire atormentado al equipo de dirección.

El equipo se rió. Uno de los ayudantes se levantó, sonriendo burlonamente, avanzó a paso lento hacia el escenario, las manos en los bolsillos del pantalón, se sentó junto al «parecido» y trató de ayudarlo.

—Ahora viene lo de las manzanas —dijo animándolo—. Muratov era conocido por comer manzanas. Aparte de sus sanguinarios decretos, su actividad como gobernador consistía fundamentalmente en comer manzanas. Las guardaba en este cajón; aquí están las manzanas.

Y abrió un cajón del escritorio, a la izquierda del «parecido».

—Ahora se acercará la delegación, y cuando empiece a hablar el primero, usted se comerá una manzana, hijo mío.

El «parecido» escuchó al joven ayudante con la máxima atención. Las manzanas parecían haberlo impresionado.

Cuando vuelven a rodar la escena, Muratov saca lentamente una manzana del cajón con la mano izquierda, y mientras va trazando letras en un papel con la derecha, se come la manzana, pero sin ninguna avidez, más bien como algo rutinario. Cuando

la delegación le expone su ruego, él está realmente enfrascado en su manzana. Al cabo de un rato, durante el cual no escucha nada, con la mano derecha hace un gesto distraído que interrumpe en plena frase a uno de los judíos y da por concluido el asunto.

En ese momento el «parecido» se vuelve hacia los directores y pregunta en un susurro:

—¿Quién los acompaña a la salida?

El director principal permaneció sentado:

—¿Qué, ya ha terminado?

—Sí, y pensé que ahora los harían salir.

El director miró a su alrededor sonriendo y dijo:

—Tampoco es tan simple el comportamiento de las bestias. Tendrá que esforzarse un poco más.

Tras lo cual se levantó y repasó una vez más la escena con él.

—Así no se comporta una bestia —dijo—. Así se comporta un pequeño funcionario. Ya lo ve, tiene usted que pensar. Las cosas no salen bien si no se piensan. Tiene que imaginarse a ese mastín sanguinario. Tiene que dominar su papel por completo. Vuelva usted a salir.

Y empezó a reestructurar la escena según perspectivas dramáticas. Reforzó algunos puntos y desarrolló la caracterización. El «parecido» no carecía de talento. Hacía todo cuanto le indicaban y no lo hacía mal. Parecía tan capaz de encarnar a una bestia como cualquier otro. Lo que no tenía, al parecer, era mucha imaginación. Tras media hora de trabajo, la escena quedó así:

(Entre Muratov). Hombros atrás, pecho adelante, movimientos bruscos de la cabeza. Desde la puerta, su mirada de buitre sobrevuela a los judíos que se inclinan profundamente. (Cuelga gorra y sable en un gancho de la pared.) Al hacerlo se le cae el abrigo y él lo deja en el suelo. (Se dirige al escritorio. Hojea un diario de la mañana.) Busca las noticias de teatro en el folletín. Marca el compás de una canción de moda con la mano. (Inicia la audiencia.) Y hace retroceder tres metros a los judíos con un vulgar gesto del dorso de la mano.

—Nunca lo entenderá. Lo que está haciendo no funciona —dijo el director principal—. Es teatro común y corriente. Un «malo» de la vieja escuela. Mi estimado señor, esto no es lo que hoy nos imaginamos como una bestia humana. No es Muratov.

El equipo de dirección se puso en pie y empezó a hablar con Kochalov, que había asistido a las pruebas. Todos hablaban a la vez. Se formaron grupos que discutían sobre la esencia de la bestia.

Desde el histórico sillón del general Muratov, el «parecido», torpemente inclinado hacia adelante, miraba fijamente ante él, olvidado y atormentado, aunque con el oído

atento. Parecía seguir muy de cerca las conversaciones, esforzándose por captar la situación.

También intervinieron en la discusión los actores que integraban la delegación judía. En determinado momento todos escucharon a dos extras, viejos vecinos judíos de la ciudad que, en su momento, habían sido miembros de la citada delegación. Habían contratado a esos viejos para dar mayor carácter y autenticidad a la película. Y, curiosamente, ambos opinaban que la primera interpretación del «parecido» no había estado del todo mal. No podían decir qué efecto tendría en otros, en gente que no hubiera participado, pero ellos recordaban que fue precisamente lo rutinario y burocrático del personaje lo que en aquel entonces les causó una impresión aterradora. Y esa actitud la había recreado el «parecido» con bastante fidelidad, así como la forma de comerse la manzana en la primera prueba, mecánicamente, aunque, por lo demás, Muratov no hubiera comido manzana alguna en aquella entrevista. El ayudante de dirección rechazó esta afirmación:

—Muratov siempre comía manzanas —dijo en tono cortante—. ¿Seguro que estuvieron ustedes allí?

Los judíos, que no querían despertar la sospecha de no haber figurado aquella vez entre los candidatos a la muerte, se refugiaron, asustados, en la hipótesis de que tal vez Muratov se hubiera comido la manzana poco antes o poco después de la audiencia.

En ese instante se produjo un pequeño revuelo entre los integrantes del grupo que rodeaba al director principal y a Kochalov. Empujando a un lado a los que tenía delante, el «parecido» se había abierto paso hasta el director y, con una expresión ansiosa e impaciente en su enjuta fisonomía, empezó a hablarles en tono insistente. Por lo visto había comprendido lo que esa gente quería de él, y el temor a perder su pan lo había iluminado: les hizo una propuesta:

—Creo intuir lo que tienen en mente. Ha de ser una bestia parda. Pues podemos hacerlo con las manzanas. Supongan ustedes que yo cojo una manzana y se la planto en las narices al judío. «¡Trágatela!», le digo. Y mientras él…, ¡mucho ojo! —y aquí se volvió hacia el que representaba al jefe de la delegación—, «mientras tú estés comiendo la manzana, recuerda que el terror pánico hará que se te atragante, y así y todo has de comértela si soy yo, el gobernador, quien te la ofrece, muy amablemente, por lo demás… es un gesto muy amable de mi parte, ¿verdad que sí?», y aquí se volvió otra vez hacia el director principal: «y en aquel momento podría firmar la sentencia de muerte, como quien no quiere la cosa. Y él, que está comiendo su manzana, lo vería».

El director lo miró fijamente un instante. El viejo estaba inclinado ante él, macilento, nervioso y, sin embargo, apagado; le llevaba una cabeza entera, de suerte que podía mirarlo por sobre el hombro, y por un momento el director pensó que el

otro se estaba burlando de él, pues creyó advertir un fugaz y casi imperceptible sarcasmo en su trémula mirada, un gesto perfectamente despectivo e intolerable. Pero en ese momento Kochalov reanudó el diálogo.

El actor había escuchado con atención, y la escena de la manzana propuesta por el «parecido» había encendido su imaginación artística. Por ello, empujando a un lado al viejo con un brutal movimiento del brazo, dijo al equipo:

—Brillante. Quiere decir lo siguiente:

Y empezó a representar la escena con tal expresividad que la sangre se les heló a todos en las venas. El estudio entero prorrumpió en aplausos cuando Kochalov, bañado en sudor, firmó la sentencia de muerte.

Se trajeron las lámparas. Se les dio instrucciones a los judíos. Se prepararon las cámaras. Comenzó la filmación. Kochalov representó a Muratov. Se había demostrado, una vez más, que el simple parecido físico con una bestia sanguinaria no significa realmente nada, y que también hace falta arte para transmitir la impresión de auténtica bestialidad.

El ex gobernador imperial Muratov recogió su gorra en la portería, saludó servilmente al portero y salió al frío de aquel día de octubre para encaminarse cansinamente a la ciudad, donde desapareció en los barrios pobres. Aquel día había comido dos manzanas y conseguido una pequeña suma de dinero que le bastaría para pagar su alojamiento de esa noche.

El cantante callejero

En Le Lavandou, una pequeña localidad no muy distante de la frontera italiana, trabajan muchos pescadores napolitanos. Una noche, en un café, oímos allí a un cantante callejero italiano entonar una canción. Era un hombre viejo y desastrado; se había quitado el sombrero y cantaba sin acompañamiento alguno, si no consideramos como tal los movimientos de sus manos. Era una canción política. El poeta, si es que algún poeta era responsable de aquel texto, reprochaba a un estadista italiano, a quien no nombraba por lo conocido que era, el haber traicionado a su patria por sólo 80.000 francos. Esta cifra, que se repetía al final de cada estrofa, constituía el punto culminante de la acusación, y el cantante, un hombre indescriptiblemente cortés en principio, imprimía a su voz y a sus gestos el mayor de los desprecios cada vez que la mencionaba: era demasiado insignificante. El cantante cosechó aplausos, mas no mucho dinero, pues quienes lo escuchaban eran gente pobre. Agradeció cortésmente y se alejó, sin que ya nadie reparara en él. Pero nosotros vimos que, a unas cuantas casas de distancia, se tomó otro café en un restaurante donde *no* cantó. Más tarde, cuando volvíamos a casa en el coche, nos lo encontramos otra vez en la carretera comarcal; caminaba hacia el pueblo más cercano, que quedaba a unos diez kilómetros, con un atado del tamaño de una bota en la espalda. Eran las diez de la noche. Seguro que no tenía dinero para pernoctar en Le Lavandou. Y eso que allí había posibilidades de alojamiento muy baratas…

Un rostro nuevo

Erase una vez un comerciante que vivía en un gran país. Compraba todo tipo de cosas, grandes y pequeñas, y volvía a venderlas obteniendo pingües beneficios. Compraba fábricas y ríos, bosques y barrios enteros, minas y barcos. Cuando la gente no tenía nada que venderle, él les compraba su tiempo, es decir, los hacía trabajar para él a cambio de un sueldo y les compraba así sus músculos o su cerebro. Compraba la fuerza de sus brazos para su cinta sin fin, la presión de sus pies para sus fraguas, sus dibujos, su escritura para sus libros de contabilidad.

Era un gran comerciante y se fue haciendo cada vez más y más grande. Era muy respetado por doquier y ese respeto no hacía sino aumentar continuamente. Pero de un momento a otro lo atacó una terrible enfermedad.

Un día quiso comprar nuevamente algo, esta vez unas minas de estaño en México. En realidad no quería comprarlas él mismo, sino hacer que otras personas las compraran por él, para poder venderlas luego. Lo cierto es que quería estafar a aquella gente.

Se citó con ellos en un Banco.

Allí negociaron durante varias horas, fumando gruesos puros y anotando cifras.

El gran comerciante explicó a sus socios lo que podrían ganar en aquel negocio, y como era un comerciante tan respetado y su aspecto era amable y simpático —un caballero rosado, algo mayor, de cabello canoso y ojos relucientes—, ellos le creyeron, por lo menos al principio. Pero entonces ocurrió algo muy extraño.

El comerciante advirtió de pronto que aquellos señores lo miraban de forma muy rara, y en cierto momento hasta retrocedieron un poco mientras él seguía hablando. Se miró, por si algo no estuviera en orden en su indumentario, pero ésta era impecable. No tenía idea de qué estaba ocurriendo. De repente los señores se levantaron, y el aspecto de sus caras fue esta vez de franco terror; era evidente que lo miraban a él, y lo miraban como algo aterrador, que inspirase miedo. Y, sin embargo, él seguía hablando en el mismo tono de siempre, amable y simpático, como un gran comerciante respetado.

¿Por qué, pues, dejaron de escucharlo todos? ¿Por qué se marcharon sin siquiera disculparse y lo dejaron solo? Porque es lo que hicieron.

Y él también se puso en pie, cogió su sombrero y bajó para abordar su coche. Y tuvo que presenciar cómo su chófer se horrorizaba al verlo.

Al llegar a su casa se acercó de inmediato a un espejo. Y entonces vio algo espeluznante:

¡Desde el espejo lo miraba la cara de un *tigre*!

¡Tenía un rostro nuevo! ¡Un rostro de tigre!

Rectificaciones de antiguos mitos.

Odiseo y las sirenas [1]

Como es sabido, cuando el astuto Odiseo avistó la isla de las sirenas, aquellas cantantes devoradoras de hombres, se hizo atar al mástil de su navío y a sus remeros les tapó los oídos con cera a fin de que, gracias a esta cera y a las cuerdas que lo ataban, su goce artístico quedara son consecuencias nefastas. Mientras remaban bordeando la isla al alcance del oído, los sordos esclavos pudieron ver a nuestro héroe retorciéndose en el mástil como si anhelara liberarse, y a las seductoras mujeres hinchando sus temibles gargantas. Todo transcurrió, pues, aparentemente según lo previsto y acordado. La Antigüedad entera creyó en el éxito de la artimaña del astuto héroe. ¿Seré yo el primero en tener ciertos reparos? Pues lo cierto es que me digo: sí, todo perfecto; pero ¿quién puede decir, aparte de Odiseo, que las sirenas cantaron realmente al ver a ese hombre atado al mástil? ¿Querrían aquellas poderosas y hábiles mujeres prodigar su arte con gente que no tenía ninguna libertad de movimiento? ¿Será esto la esencia del arte? Antes me inclinaría a pensar que las gargantas hinchadas vistas por los remeros se debían a los insultos que, con todas sus fuerzas, lanzaban ellas contra aquel cauto y condenado provinciano, y que nuestro héroe se retorcía en el mástil (cosa de la que también existen testimonios) porque, en definitiva, se sentía avergonzado.

Candaules

Del rey Candaules cuenta la leyenda que, tras una acalorada discusión sobre la belleza, mostró a su amigo Giges a su esposa totalmente desnuda. La historia no tiene, a mi entender, mucho sentido. Da por supuesto que, sin más ni más, el tal Giges

expresó sus dudas sobre la belleza de la reina. Pero ¿por qué lo haría? ¿Es posible un diálogo en el que un rey diga «mi mujer es bella» y su interlocutor responda «no me lo creo»? ¿Y tiene entonces algo de particular que el primero diga: «pues míratela bien antes de juzgar»? De forma muy distinta me habría interesado una discusión sobre la belleza en relación con el arte de amar. ¿Qué se puede hacer realmente con la belleza de una esposa aparte de mostrársela a los amigos? Pero la mayoría aún sucumbe a la ilusión, corrientemente aceptada, de que belleza significa arte amatoria. Pues hemos cultivado un tipo de belleza que despierta expectativas y deseos que después no satisface. Puedo imaginar que Giges reconozca la belleza de la reina, pero exprese serias dudas sobre su arte amatoria. En ese caso sería un conocedor. «¿Bella?», exclamaría. «¿Qué significa eso? ¿Bella con referencia a qué? ¿Qué la hace bella? Eso es lo que cuenta. Precisamente la belleza debe someterse a prueba, responder de su valor.» En un caso así, donde estaban en juego tantas cosas, si lo importante era defender la belleza en términos generales, al rey no le habría quedado otra salida que ir muy lejos… en las atribuciones permitidas a su amigo. Y entonces la reina habría tenido un verdadero motivo para suicidarse como lo hace en la leyenda, en un acto de orgullo, al ver que se había puesto en duda el valor de la belleza —punto en el cual tal vez no se equivocaba.

Edipo

Sé, naturalmente, que es impropio de un autor trágico hacerle guiños al espectador. Pero cada vez que he visto o leído *Edipo* he deseado la pertinencia de semejantes guiños. Pues me resisto a creer que Edipo no tuviera al menos una vaga idea de la trascendencia de sus actos, de su carácter profundamente abyecto. La tragedia sólo sería así tanto más trágica. Porque los auténticos reveses de fortuna no se producen cuando, de pronto, ocurre algo que nunca hubiéramos esperado, sino cuando ocurre algo que habíamos previsto. Uno se dice siempre: no tengo por qué temer tal o cual cosa, no puede ocurrir, sería demasiado inhumano. Y resulta que luego ocurre, y todo aquello que es humano se revela en su magnitud total, en la gigantesca magnitud de su horror. Si la terrible nueva llega a oídos de un Edipo que de verdad la ignoraba, su desesperación no se halla entonces, al menos según las

concepciones actuales, totalmente justificada. ¡Todos conocemos el dudoso valor de la desesperación que manifiestan los deudores o socios morosos cuando nos hablan de la *vis major*!

Safety first

En una tertulia de hombres, la conversación recayó en la cobardía. Como habíamos bebido más de la cuenta, rezumábamos sabiduría. Nos contamos casi todas las situaciones de nuestra vida en las que habíamos actuado «cobardemente», como quien dice. Reconocimos lo malo que es que otros descubran semejante debilidad en nosotros, pero convinimos en que es mucho peor cuando nosotros mismos nos percatamos de ella. Al llegar a este punto, alguien contó la siguiente historia.

Mitchell era capitán de uno de aquellos barcos gigantescos que cubren el trayecto entre Brasil e Inglaterra, uno de esos denominados «hoteles flotantes». No debemos imaginarnos ya, por cierto, a estos capitanes como a los recios lobos de mar de la época de nuestros abuelos, que, de pie en el puente de mando, bramaban órdenes entre la espuma de las enfurecidas olas. Mitchell era un individuo alto y fornido, aunque en ningún salón lo hubieran tomado por un hombre de mar, sino por un ingeniero, profesión que, de hecho, era la suya. O si acaso por un gerente de hotel.

Algo muy extraño le ocurrió estando a punto de concluir un viaje, no muy lejos de las costas de Escocia: su barco chocó con un pesquero oculto por la niebla. La culpa no fue de Mitchell ni de su gente, pero la enorme nave —se llamaba *Astoria*— empezó a hacer agua por una vía. Los señores de la cámara de derrota emitieron un dictamen sobre la avería y decidieron enviar señales de SOS. Calcularon que el barco no podría mantenerse a flote más de una hora, y las cabinas estaban todas repletas.

Se enviaron las señales de SOS y pronto llegaron dos barcos, a los que se trasladó a los pasajeros.

Mientras los parientes de sus pasajeros se abrazaban felices, en Londres, ante las oficinas de la Compañía Transatlántica, Mitchell vivía horas difíciles. El, junto con sus oficiales y la tripulación, había permanecido a bordo del *Astoria*, que, sorprendentemente y contra todos los pronósticos, no se llegó a hundir. Tampoco se hundió en las horas que siguieron y arribó a puerto sin ulteriores contratiempos.

Mitchell había observado el comportamiento de su barco con sentimientos más que encontrados. Presa de auténtica desesperación, estudiaba el estado de la carraca y la penetración del agua en el casco. Le resultaba muy desagradable que el maldito buque no se hundiera.

Cuando llegó, lo saludaron sus parientes en el muelle: su padre y sus dos hermanas, una de ellas con su novio. Habían pasado momentos de gran angustia

cuando los periódicos informaron sobre las señales de SOS del *Astoria*. Todos vivían de él. Ahora estaban muy contentos, y, además, orgullosos. Lo aburrieron a morir con sus preguntas: ¿Cómo has conseguido remolcar el barco hasta aquí?, etc. Legos en la materia, creían que había realizado una proeza heroica.

Al día siguiente le tocó afrontar la difícil situación.

Sus expectativas no eran precisamente optimistas cuando llegó a las oficinas de su empresa, la Compañía Transatlántica. Había pedido ayuda demasiado pronto, es decir, sin necesidad, y la ayuda era muy cara. Pero el recibimiento que lo esperaba superó todas sus previsiones.

El armador de la Transatlántica era el gran I. B. Watch, y él recibió a Mitchell personalmente. Era, según propia opinión, un amigo de la verdad, y eso le dio derecho a vociferar tan estruendosamente que todas las oficinas pudieron oír lo que pensaba de gente como Mitchell. Y la palabra «cobarde» atravesó así las paredes y llegó hasta los empleados, deslizándose luego fácilmente a todas las otras oficinas de todas las otras compañías navieras, a todos los bares y agencias de contratación de personal y, en general, adonde hubiera gente que tuviese algo que ver con barcos. Pero I. B. Watch no se limitó a vociferar; mucho peor fue lo que dijo por teléfono, con voz asordinada, sobre su capitán Mitchell.

Este fue despedido. La razón de su despido fue, lisa y llanamente, cobardía, lo cual equivalía a despedirlo de toda la industria naviera norteamericana, y no sólo de la Transatlántica. Por más intentos que hiciera durante los días y semanas que siguieron, en ningún sitio le ofrecieron un barco. A ningún armador le interesaba contratar a un capitán que, para salvar buques aún no del todo muertos, recurría a médicos caros, es decir, a otros barcos, en vez de tener el valor de seguir viaje e intentar llegar siquiera sano y salvo y por sus propios medios a algún puerto del país. De cara al público, el delito de Mitchell consistió en «haber perdido la cabeza y alarmado innecesariamente a nuestros queridos pasajeros».

Esta era la versión que se pudo leer en los periódicos, y la familia Mitchell la leyó.

Como ya dije antes, la familia tuvo al principio una visión algo optimista del asunto. Mitchell, claro está, no habló en su casa del lío con la Transatlántica. La familia no se enteró del despido y continuó viviendo con bastante holgura. La hermana mayor estaba preparando su boda, acontecimiento, sin duda, muy costoso. Luego apareció el caso en los periódicos y las amigas de la hermana menor comenzaron a tomarle el pelo por lo del hermano. También el novio de la hermana mayor se enteró del asunto y puso cara de gran preocupación. Según dijo a su prometida, no había sido agraciado con bienes de fortuna.

Por supuesto que la actitud de la familia hacia su antiguo proveedor no cambió bruscamente: él siempre había sido el ídolo. Pero tampoco lograban superar del todo

el incidente. No lo comprendían, por así decirlo. Y también tuvieron que reducir un poco sus gastos. Su discreción exasperaba enormemente a Mitchell.

Pero aún lo aguardaban otros contratiempos.

Estaba medio comprometido con una joven viuda que tenía una pensión para gente de mar, de timoneles hacia arriba, una tal Beth Heewater. Esta quería mucho a Mitchell, pero su trabajo la obligaba, por desgracia, a tratar con marinos, nada predispuestos en favor del capitán. Todos tenían que padecer bajo sus armadores, razón por la que hubieran debido comprender a Mitchell. Después de todo, éste había antepuesto la seguridad de sus pasajeros a los beneficios de la empresa. Pero aquella gente no pensaba así, lamentablemente, sino que adoptó más bien la actitud del competidor. Y un día en que Mitchell esperaba a Beth Heewater en el salón, decidieron jugarle una mala pasada.

El principal instigador de la broma fue el capitán del *Surface*, Tommy White, que acababa de pedir unas semanas de permiso porque su barco tenía que ir al dique seco. Le había echado el ojo a Beth Heewater, por lo que se entregó en cuerpo y alma al asunto.

White consiguió que Beth no recibiera a Mitchell cuando éste llegó a buscarla, sino que lo hiciera esperar en el salón con la excusa de que había ido a casa de su madre. Mientras el capitán esperaba se le acercaron unos cuantos huéspedes que, aparentemente, lo compadecieron por su mala suerte y por la prolongada visita de Beth a su madre.

Entretanto, Tommy fue preparando la escena arriba, en la habitación de Beth. Tumbó un par de sillas en un rincón, corrió a un lado la alfombra, derramó un poco de tinta roja sobre ella y ordenó a Harry Biggers, su cabo de mar, que se tendiera encima, de bruces y en diagonal. Luego puso sobre el tocador la pequeña Browning de plata que Mitchell le había regalado a Beth por su cumpleaños. De paso (y esto no figuraba entre lo acordado con la viuda) cogió del tocador la fotografía de Mitchell, la rompió y la tiró a la papelera. Después disparó la Browning contra la chimenea y volvió a dejarla en el tocador.

Cuando bajó y entró en el salón tambaleante, «con todos los signos exteriores del terror», Mitchell estaba sentado en una esquina con aire sombrío. Pero en seguida se incorporó al oír que «algo le había ocurrido a Mrs. Heewater». Los presentes subieron, echaron una ojeada a la habitación de Mrs. Heewater y pasaron luego a la de Tommy para deliberar.

Mientras servía whisky a todo el mundo, éste contó entonces que, cuando aún vivía Heewater, Harry Biggers lo había sacado de apuros prestándole una suma de dinero nada despreciable. Ahora que el negocio andaba bien, Harry había querido recuperar el dinero, pero Beth no se había mostrado muy proclive a devolvérselo y, por lo visto, había preferido pegarle un tiro. De cualquier forma, tenían que ponerse

de acuerdo sobre los próximos pasos a dar. Y al decir esto miró a Mitchell. Este dijo lentamente que, según él, había que buscar a Beth y discutir con ella lo que debían decirle a la policía. Podrían declarar, por ejemplo, que el cabo de mar había intentado propasarse con ella.

Cuando hubo dicho esto vio que todos sonreían. Y era una sonrisa sumamente desagradable.

—¿De modo que usted sugiere que llamemos a la policía? —preguntó Tommy mirando a los otros.

—No —replicó Mitchell—, yo he sugerido que llamemos a Beth.

—Pensé que quizá nosotros podríamos solucionarle el problema a Beth, ¿sabe? —dijo Tommy en un tono marcadamente despectivo—. Que nosotros, los hombres, podríamos hacer algo por ella.

—Pues eso más bien sería asunto mío —volvió a decir Mitchell lentamente—. ¡Proponga usted algo!

El capitán no estaba ya muy sobrio. Había bebido copiosamente mientras esperaba a Beth abajo, en el salón. No fue demasiado difícil aclararle algunos puntos. Tommy le dijo que lo peor era que, como su cabo de mar le había comentado, existía una carta enviada por Beth a Harry Biggers, en la que la viuda le pedía que fuera a verla. Tenían que recuperar en seguida esa carta.

Volvieron luego todos juntos al dormitorio de Beth y se pusieron a buscar la carta. Harry Biggers no la tenía en el bolsillo, y tampoco estaba en la papelera. Allí pescó Mitchell, en cambio, una fotografía rota y, cosa comprensible, trató de que su hallazgo pasara inadvertido, deslizándoselo en uno de sus bolsillos. Luego se arrepentiría de su acción.

En la habitación de Tommy bebieron aún varios whiskies más. Y de pronto se le ocurrió a Tommy que la pequeña Jane, el «bichito con gafas» con quien solía parar Harry Biggers, podría, eventualmente, tener la carta. Recordó haber visto a los dos juntos en el pasillo. Y enviaron a Mitchell a buscarla.

En la pensión Heewater había una muchacha, Jane Russell, que arreglaba las habitaciones y solía ayudar en la cocina, una persona poco agraciada, que usaba medias gruesas, delantal largo y, encima, un par de gafas, un ser más bien carente de aquello que se denomina *sex appeal*. Mitchell era prácticamente el único huésped que, de vez en cuando, era amable con ella.

Cuando la gente de la pensión se puso en marcha para demostrar a Beth Heewater que su prometido era un vulgar cobarde, la pequeña Jane desempeñó, debido a su debilidad por Mitchell, un papel protagónico en el plan de batalla.

Mitchell se llevó a la pequeña a una habitación vacía y le tiró de la lengua. Ella dijo en seguida que no conocía de nada a Biggers ni había recibido carta alguna de él. Mitchell ya tenía dentro una respetable dosis de alcohol, pero aún pudo darse cuenta

de que la chica decía la verdad. En el caso de Jane Russell esto no era tarea difícil.

Cuando comunicó a los caballeros que Jane no tenía carta alguna, volvió a ver la fatal sonrisa. Y Tommy le preguntó de pronto:

—¿Y qué carta es esa que tiene usted en el bolsillo?

Mitchell se quedó un tanto perplejo. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y ahí estaba, en efecto, la fotografía rota. No tuvo valor para mostrarla. Y ellos sonrieron otra vez.

Luego consiguieron un coche, metieron dentro a Harry Biggers y sentaron a Mitchell al volante, mientras el chófer se tomaba un whisky en el salón. Mitchell debería llevar el cadáver a bordo del *Surface*, el barco de Tommy White. Como sabía dónde estaba anclado, partió.

Pero al llegar vio un coche de la policía junto a la pasarela, y el barco iluminado. No era de extrañar, pues mientras Mitchell interrogaba a Jane, Tommy había telefoneado a la policía para avisar que en el depósito de carbón del *Surface* habían encontrado petróleo y se temía un incendio intencionado.

Sin embargo, Mitchell bajó discretamente de su automóvil y se acercó al borde del agua. Vio policías a bordo del *Surface* y regresó con paso vacilante. Cuando llegó al coche, el cadáver ya no estaba. Aterrado, volvió a la pensión de Beth dando varios rodeos.

Allí, entretanto, había novedades con Jane Russell. Desde que Mitchell la interrogara, la joven vigilaba atentamente todo cuanto ocurría en la pensión. Sabía que Mrs. Heewater estaba escondida en el cuarto de la ropa blanca. Vio a Mr. White y a Mr. Mitchell arrastrar escaleras abajo a Harry Biggers, aparentemente borracho, y luego vio cómo Mr. Mitchell se lo llevaba en un coche. A continuación oyó hablar a Mr. White con el chófer, en presencia de Mrs. Heewater. Mr. White le dijo que uno de sus huéspedes había huido con el coche. Jane vio al hombre dirigirse al teléfono y lo oyó llamar a la policía.

Y en ese momento intervino. Se acercó al chófer y le dijo que el hombre que se había fugado con su auto era un caballero y todo aquello era una broma que nada tenía que ver con la policía. Beth Heewater la interrumpió bruscamente y hasta intentó sacarla a rastras. Pero la pequeña y humilde Jane se puso hecha una furia y peleó con Beth Heewater en el pasillo, siendo despedida al instante. De todas formas, Mitchell se salvó de que la policía lo interrogara en una situación en que no hubiera podido decir nada.

Pero no se salvó de otra cosa.

Al abrir la puerta del salón, creyó estar viendo visiones. En un rincón, cómodamente instalados detrás de sus vasos de whisky, vio a Beth, Tommy y los otros, y junto a la viuda, sonriendo maliciosamente, estaba Harry Biggers. Y Beth, Tommy y los otros también sonreían maliciosamente.

—Apuesto a que ibas a contarnos que te habías liberado de Harry —le dijo Tommy White a guisa de saludo. Pero Mitchell ya no tenía nada que decirle. Salió trastabillando y se quedó un rato de pie ante la casa.

Al cabo de un rato advirtió que a su lado había alguien, y que era Jane Russell con una maleta en la mano y lágrimas en sus ojos con gafas. Se enteró de que Beth la había echado «porque ella, instigada por Mitchell, le había dado una bofetada a Mrs. Heewater». La joven no tenía parientes en Londres y no sabía adónde ir. Ya era tarde y Mitchell le dijo que podía irse con él. Estaba amaneciendo cuando llegaron a su casa. La instaló en su dormitorio y él se tumbó en un sofá de la sala, muy borracho todavía.

Por la mañana se produjo una situación muy incómoda. La hermana de Mitchell encontró a la pequeña Jane en el dormitorio de su hermano y se quedó de una pieza. Mitchell le dio una explicación incoherente, que se hizo aún más confusa cuando percibió la general reserva con que era escuchado. De todas formas, quedó claro que Jane era una criada, por lo que el desayuno le fue servido en la cocina. A Mitchell no le hizo ninguna gracia, y menos gracia le hizo aún tener que conversar con Jane en presencia de su familia. Con una amabilidad bastante afectada le preguntó por sus intenciones y estuvo de acuerdo en que para ella lo mejor sería ir a una residencia donde por poco dinero daban hospedaje y pensión a las criadas. Por desgracia, ya había hablado con Jane justamente de esa residencia la noche anterior, mientras se dirigían a su casa. Ella le dijo que era muy mala y superaba sus posibilidades, que a lo sumo podría costeársela dos o tres días.

Cuando Jane se marchó con su maleta, Mitchell, por primera vez, tuvo la sensación de ser un cobarde.

En los días que siguieron prosiguió con renovado ahínco su búsqueda de un puesto de trabajo. Su familia hacía como el avestruz: simplemente no se daba por enterada del cambio de situación. La hermana hasta se compró un piano a plazos por aquellos días.

No encontraba un nuevo puesto. En todas partes parecían estar informados sobre él. Además, tampoco había muchos puestos para capitanes de transatlánticos de lujo, ni siquiera para los valientes.

Tan ocupado estaba que se le olvidó preguntar por Jane en la residencia al tercer día. Al cuarto, su hermana le preguntó por ella y él fue a buscarla. Ya se había mudado, al segundo día. Pero esa misma tarde le ofrecieron a Mitchell un puesto de trabajo.

En la zona de los East India Docks había una empresa dirigida por dos hermanos que gozaban de una pésima reputación. Ellos le mandaron decir que quizás tuvieran algo para él. Mitchell fue y escuchó el ofrecimiento: que les llevara un barco carbonero a Holanda.

—Últimamente ha tenido usted mala suerte, Mitchell —dijo uno de los hermanos con una sonrisa burlona—, pero esta es una tarea que puede ayudarlo a salir del bache. Supongo que no volverá a lanzar un SOS precipitadamente, ¿verdad?

Mitchell se tragó la observación y fue con los hermanos a ver el barco. Era la carraca más vieja, inmunda y destartalada que jamás había visto. Aquel inválido no podría llegar nunca a Rotterdam. Y tampoco lo querían los hermanos. Estaba clarísimo que se trataba de una simple estafa de seguros, nada más.

La buena fama de Mitchell en cuanto a sentido de responsabilidad (que así se llama la otra cara de la cobardía) lo convertía en el capitán idóneo.

Sintió toda suerte de emociones encontradas en su corazón, pero las refrenó y no dijo que no. Pidió tiempo para pensárselo y se marchó. De rato en rato se detenía ante un escaparate y dialogaba con su imagen especular.

—¿Es usted un cobarde? —se preguntaba, y el Mitchell del espejo se encogía de hombros.

—¿Lo ha sido siempre? —preguntaba, y el Mitchell del espejo negaba con la cabeza.

Y luego se encontró con Jane. Estaba de pie en un portal, esperando algo. El pensó lo peor y no se atrevió a pasar a su lado. Y así, desde la acera opuesta vio que un hombre —que sin duda había pensado lo mismo que él— la abordaba, pero que ella, al parecer, rechazaba enérgicamente sus propuestas. Entonces Mitchell cruzó la calzada y la invitó a tomar un café. Ella dijo que aceptaba si podía sentarse junto a la ventana para ver la calle. Estaba esperando a una amiga que sabía algo de un trabajo.

En los veinte minutos que pasó en aquel pequeño café, Mitchell sintió que había tocado fondo en su vida.

Por decirle algo amable, inició la conversación afirmando que la veía muy bien.

Que eso la sorprendía, replicó ella mirándolo abiertamente a la cara. No era cobarde. Y devoró sin el menor reparo todos los pasteles que él le fue acercando. La tenía sin cuidado que él se diera cuenta de que no estaba particularmente satisfecha.

Un tanto confundido, él pasó a explicarle que tendría que cambiar de aspecto si quería conseguir un trabajo. Le criticó el peinado y hasta le quitó las gafas. Tenía bonitos ojos.

Ella replicó que no le hacían gracia esos puestos en los que exigían ser guapa. Pero temía mucho, añadió, que el trabajo del que le había hablado su amiga fuera uno de esos.

Y entonces, para gran asombro suyo, Mitchell empezó a insistirle en que no aceptara un trabajo así, y hasta le ofreció dinero para que viviera mientras conseguía algún puesto mejor.

Pero hubo de observar, indignado, que ella no pareció tomar nada en serio su ofrecimiento, pues en aquel instante vio a la amiga (la del puesto peligroso) a través

de la ventana, se levantó y salió a toda prisa. A duras penas logró Mitchell pedirle su dirección.

Tras este pequeño incidente hubiera debido quedar destrozado, pero no, más bien estaba con la moral muy alta. Ahora sabía que debía ocurrir algo que pusiera fin a todo el maleficio. Entró en una taberna y se tomó varios whiskies, algunos más de los que era capaz de soportar. Sólo cuando comprobó que ya no veía *un* vaso allí donde había *un* vaso, se levantó y se fue.

Fue directamente a su casa.

En la sala, su padre y su hermana menor estaban escuchando *La Traviata* por la radio. El apagó la música y, sin mayores preámbulos, les comunicó que tendrían que dejar ese piso de ocho habitaciones por otro de dos, y que sus hermanas deberían buscarse algún trabajo de oficina, pues a él lo habían expulsado de su empresa por razones que no venían al caso.

Luego durmió como un lirón y a la mañana siguiente acompañó a sus hermanas, incluida la mayor, a una oficina de empleo. Estaban muy intimidadas. Mitchell pudo notar claramente que había recuperado parte del respeto perdido. La hermana mayor ni siquiera protestó cuando él le sugirió que mandara a paseo a su prometido si éste estaba descontento con su cuñado.

La segunda cosa que hizo fue telefonear a los dos hermanos del barco carbonero. Les dijo que firmaría el contrato con ellos y que preparasen los papeles. Fijaron el día de partida y convinieron en que la tarde anterior vendrían ellos al barco y le entregarían los papeles. Entretanto, él se encargaría de conseguir la tripulación. La tarde fijada cayó un martes.

La tercera cosa que hizo fue telefonear a una serie de personas e invitarlas, aquel martes por la noche, a una pequeña cena a bordo del *Almaida*. Entre ellas figuraban los caballeros de la pensión, Beth Heewater y hasta su antiguo armador. Todos aceptaron, incluido I. B. Watch. La relación de Mitchell con sus colegas y también con sus armadores seguía siendo, en el plano exterior, la misma que antes del «incidente». Aún le daban palmaditas en el hombro cuando se lo encontraban en algún sitio. Sólo que ninguno de ellos esbozaba ahora esa maldita sonrisa, que Mitchell tanto odiaba.

Luego invitó a un periodista conocido suyo, encargó una suculenta cena en el «Savoy», con los correspondientes camareros, para que fuera servida en el *Almaida*, y la mañana del martes la destinó al punto cuatro.

El punto cuatro era Jane.

Consiguió localizarla en una pensión miserable. Aún seguía sin trabajo. Un solo objeto le alegró la vista a Mitchell en aquel antro: su fotografía (rota). De algún modo se las había ingeniado Jane para quedarse con el retrato aquella noche decisiva, y lo tenía encima de su cómoda. No hizo, por lo demás, ningún gesto para intentar

quitarlo.

—¿No quiere ocultarla al menos de mí? —preguntó él. Pero ella negó con la cabeza. Tal situación facilitó relativamente todo el resto. Aún surgió un pequeño conflicto cuando él le quitó las gafas («Yo te guiaré y veré por los dos») y le hizo un nuevo peinado («Beth piensa que el pelo sobre la frente no es bonito»).

A bordo del *Almaida* todo iba a pedir de boca. Los camareros se sorprendieron un poco al ver la sala donde tenían que disponer sus finos y costosos manjares. Keynes, el periodista, ya estaba allí, y juntos se rieron mucho pensando en lo que se avecinaba.

Hacia las nueve aparecieron los primeros invitados, y a las diez menos cuarto ya estaban todos a bordo. Jane había hecho los honores, y la cara de Beth mostró que valoraba todo aquello como un acto de valentía por parte de Mitchell. Este se puso en pie e improvisó un breve discurso.

Explicó que, accediendo a los ruegos de los señores Knife (y se inclinó ligeramente en dirección a los hermanos), se había animado a llevar aquel barco a Rotterdam. Lo hacía porque semejante empresa era una prueba de valor, y su valor había sido puesto en duda últimamente. Y para que todos los que hubieran demostrado interés por su coraje en los últimos tiempos pudieran convencerse del mismo, se había permitido invitarlos a realizar con él esa breve travesía.

Y en aquel momento la vieja carraca empezó a vibrar como vibran los barcos al hacerse a la mar, y las máquinas entraron en funcionamiento, cosa que todos pudieron oír perfectamente.

La sorpresa general fue bastante notable.

En el improvisado comedor cundió un formidable pánico. Los hombres se precipitaron a la puerta, que estaba cerrada con llave. Las damas chillaban; y entonces Mitchell siguió hablando:

—Ladies and gentlemen —dijo—, si supieran ustedes en qué estado se halla el piso de mi *Almaida*, no correrían ni patalearían como lo están haciendo. La puerta contra la cual hacen presión es prácticamente el único trozo de madera en buen estado y no cederá. El estado general del barco es también la razón por la que fue asegurado a un precio tan alto, ¿verdad, señores Knife? Dada la escasa seguridad de que llegue a su destino, fue preciso asegurarlo. No es poco el valor que se necesita para andar en una cosa así por alta mar, pero yo tengo ese valor. Pienso que ustedes se alegrarán y me pedirán disculpas por una serie de cosas. También tú, Beth, dudaste de mi valor para hacer desaparecer cosas que ya nadie quiere ver. Pues bien, este barco, el *Almaida*, es una de esas cosas. Ten la seguridad de que lo haré desaparecer muy pronto. ¡Y usted, Watch, no me verá pedir auxilio a otro barco antes de que éste se haya hundido! Lo hice una vez y no volveré a hacerlo. Hay que combatir la cobardía, ¿no es verdad?

Para abreviar, les diré que hubo escenas bastante indignas. A la mayoría de los presentes les faltó valor en proporciones más que lamentables. I. B. Watch llegó a ofrecer a su ex capitán su antiguo puesto de trabajo, en presencia de testigos. Tommy White se comportó como un loco, y Harry Biggers estuvo a punto de morirse de veras.

Asqueado y a la vez satisfecho con su experimento, Mitchell tardó muy poco en llevar a sus huéspedes de nuevo a tierra firme. Cuando la puerta se abrió, éstos pudieron ver que su anfitrión se había limitado a colgar la barcaza sobre el río con cables de acero, para que se balanceara. Los coches de los invitados se veían desde la cubierta.

Keynes prometió a Mitchell guardar silencio, al menos provisionalmente.

—Pues no soy tan cobarde como para rechazar la oferta de I. B. Watch —dijo Mitchell alegremente.

—Si es que la mantiene —añadió Jane, apoyándose en él.

—Lo hará —replicó Keynes cínicamente.

El puesto de trabajo
o
No ganarás el pan
con el sudor de tu frente

En los decenios que siguieron a la Guerra Mundial, el desempleo general y la opresión de las clases bajas fueron de mal en peor. Un incidente ocurrido en la ciudad de Maguncia ilustra mejor que todos los tratados de paz, libros de historia y datos estadísticos, el estado de barbarie al que se vieron reducidos los grandes países europeos por la incapacidad de mantener su economía a flote sin recurrir a la violencia y a la explotación. Un día de 1927, en Breslau, la familia Hausmann —una pareja y dos niños pequeños—, que vivía en condiciones muy precarias, recibió una carta de un ex compañero de trabajo de Hausmann en la que le ofrecía su puesto de trabajo, un puesto de confianza al cual quería renunciar por una pequeña herencia que iba a recibir en Brooklyn. La carta provocó una agitación febril en la familia, que después de tres años de paro se hallaba al borde de la desesperación. El hombre se levantó en seguida de su lecho de enfermo, donde estaba convaleciendo de una pleuresía, ordenó a su mujer que empacara lo indispensable en una maleta vieja y varias cajas, cogió a los niños de la mano, decidió en qué forma la mujer habría de desmontar su miserable casa, y, pese a su estado de debilidad, se dirigió a la estación. (Esperaba que, llevando consigo a los niños, su colega se vería ya ante un hecho consumado.) Instalado en su compartimiento con fiebre alta y una apatía total, se alegró de que una joven empleada doméstica recién despedida del trabajo, que viajaba a Berlín en el mismo tren y lo tomó por un viudo, se hiciera cargo de los niños y hasta les comprase unas cuantas fruslerías con dinero de su bolsillo. El estado del hombre se agravó tanto en Berlín que hubo que ingresarlo en un hospital casi inconsciente. Allí murió cinco horas más tarde. No habiendo previsto este incidente, la empleada doméstica, una tal Leidner, no abandonó a los niños, sino que se los llevó consigo a una pensión de mala muerte. Ya había tenido muchos gastos con ellos y el fallecido, pero aquel par de indefensos gusanillos le dieron lástima, de modo que, un tanto a la ligera —pues sin duda hubiera hecho mejor poniéndose en contacto con Frau Hausmann para pedirle que viniera— viajó esa misma noche de vuelta a Breslau con los niños. Frau Hausmann recibió la noticia con esa atroz insensibilidad propia, a veces, de quienes se han acostumbrado a que su vida no siga ya ningún cauce normal.

Un día entero, el siguiente, dedicáronlo ambas mujeres a comprar a plazos unas modestas prendas de luto. Al mismo tiempo siguieron desmontando la casa, aunque esto hubiera perdido ya todo sentido. De pie en las habitaciones vacías, cargada con cajas y maletas, la mujer tuvo una terrible idea poco antes de su partida. El puesto de trabajo que perdiera al perder a su marido no había abandonado un solo instante su pobre cabeza. Era imprescindible salvarlo a cualquier precio: no cabía esperar semejante oferta del destino una segunda vez. El plan que, a último minuto, concibió para salvar aquel puesto era tan temerario como desesperada era su situación: consistía en sustituir a su esposo y ocupar, en la fábrica, el puesto de guardián, pues tal era la oferta, disfrazada de hombre. Sin darle más vueltas al asunto, se arrancó las ropas negras del cuerpo y, sacando de una de las maletas atadas con cordel el traje dominguero de su esposo, se lo puso torpemente ante la mirada de los niños y con la ayuda de su nueva amiga, que captó casi en seguida su idea. Y así, una nueva familia, integrada por no menos cabezas que antes, cogió el tren para Maguncia reanudando la ofensiva contra el prometido puesto de trabajo. De esa forma cubren los nuevos reclutas las bajas en los batallones diezmados por el fuego enemigo.

La fecha en que el titular del puesto debía embarcarse en Hamburgo no permitió a las mujeres bajarse en Berlín y asistir al entierro de Hausmann. Y mientras éste era sacado del hospital sin cortejo fúnebre para ser descendido a la fosa, su mujer, vestida con sus ropas y llevando su documentación en el bolsillo, se dirigía a la fábrica en compañía de su ex colega, con quien había llegado rápidamente a un acuerdo. En casa del colega se pasó otro día —como siempre, en presencia de los niños— ensayando infatigablemente la forma de andar, sentarse, comer y hablar de un hombre, bajo la mirada del colega y de su nueva amiga. Poco tiempo medió entre el instante en que la tumba acogió a Hausmann y aquel en que quedó ocupado el puesto que le fuera prometido.

Reintegradas a la vida —es decir, a la producción— por una combinación de fatalidad y de suerte, las dos mujeres llevaron su nueva vida con sus hijos de forma sumamente ordenada y circunspecta, como Herr y Frau Hausmann. El trabajo de guardián en una gran fábrica planteaba exigencias nada irrelevantes. Las rondas nocturnas a través de los patios, salas de máquinas y depósitos exigían fiabilidad y valor, atributos que desde siempre se han denominado *viriles*. El hecho de que la Hausmann reuniera esos requisitos —una vez obtuvo incluso un reconocimiento público de la dirección por haber capturado y neutralizado a un ladrón, un pobre diablo que intentó robar leña—, demuestra que el valor, la fuerza corporal y la presencia de ánimo pueden darse en cualquiera, hombre o mujer, que esté supeditado a adquirirlos. En pocos días la mujer se transformó en hombre, del mismo modo que el hombre se ha ido transformando en hombre a lo largo de milenios: mediante el proceso de producción.

Transcurrieron cuatro años de relativa seguridad para la pequeña familia, durante los cuales crecieron los niños y la desocupación siguió aumentando alrededor. Hasta entonces, la vida doméstica de los Hausmann no había despertado sospecha alguna entre el vecindario. Pero un día hubo que resolver un incidente. El portero del inmueble solía ir por las tardes a casa de los Hausmann, donde los tres jugaban a las cartas. El «guardián» lo esperaba allí sentado, en mangas de camisa, con las piernas muy abiertas y un jarro de cerveza delante (escena que publicarían más tarde con grandes titulares los periódicos ilustrados). Luego se iba a su trabajo, dejando al portero sentado junto a su joven esposa. Imposible evitar ciertas intimidades. Pero ya sea porque en una de esas a la Leidner se le fue la lengua, ya sea porque el portero vio cambiarse de ropa al guardián por una rendija de la puerta, lo cierto es que, a partir de un momento dado, los Hausmann empezaron a tener dificultades con él y tuvieron que ayudar financieramente al bebedor, a quien su trabajo le daba muy poco aparte de la vivienda. Particularmente difícil se tornó la situación cuando las visitas de Haase —que así se llamaba el portero— a casa de los Hausmann empezaron a llamar la atención de los vecinos, quienes también comentaban el hecho de que «Frau Hausmann» llevara a menudo restos de comida y botellas de cerveza al piso del portero. Los rumores sobre la indiferencia del guardián frente a los infamantes sucesos que ocurrían en su casa llegaron hasta la fábrica y, por un tiempo, quebrantaron la confianza que allí le tenían.

Tal situación obligó a los tres a simular, de cara al exterior, una ruptura en su amistad. Pero claro está que la explotación a la que el portero sometía a ambas mujeres no sólo prosiguió, sino que asumió proporciones cada vez mayores. Un accidente ocurrido en la fábrica puso punto final a toda la historia y sacó a luz el indignante caso.

Al explotar una noche una de las calderas, el guardián resultó herido, no de gravedad, pero sí lo bastante como para ser evacuado tras perder la conciencia. Cuando la Hausmann volvió en sí, se encontró en un hospital de mujeres. Imposible describir su horror. Con heridas y vendajes en piernas y espalda, torturada por las náuseas, pero agobiada por un terror mucho más moral que el que podía provocarle una herida en los huesos, de pronóstico nada claro, se arrastró por un pabellón lleno de enfermas que aún dormían y llegó hasta el cuarto de la jefa de enfermeras. Antes de que ésta pudiera abrir la boca —aún se estaba vistiendo, y por grotesco que parezca, el falso guardián tuvo que superar un pudor adquirido antes de entrar en la habitación de una mujer a medio vestir, cosa sólo permitida a personas del mismo sexo—, la Hausmann la abrumó con toda suerte de súplicas para que no comunicara a la dirección de la fábrica el fatal descubrimiento. No sin compasión respondió la jefa a la desesperada paciente, que se desmayó dos veces pero insistió en continuar la conversación, que los papeles ya habían sido enviados a la fábrica. Le ocultó, en

cambio, que la increíble historia se había esparcido por la ciudad como un reguero de pólvora.

La Hausmann abandonó el hospital vistiendo ropas masculinas. Llegó a su casa por la mañana, y a partir del mediodía empezó a agolparse el barrio entero en el zaguán de entrada de la casa y en la calle, esperando al falso hombre. Al atardecer, la policía se hizo cargo de la desdichada para poner fin a aquel escándalo. Aún iba vestida de hombre cuando subió al coche. No tenía otra ropa.

Aunque bajo custodia policial, siguió luchando por su puesto de trabajo, claro que sin éxito. Se lo dieron a uno de esos innumerables personajes que aguardan una vacante y tienen entre las piernas aquel órgano registrado en su partida de nacimiento. La Hausmann, que no podía reprocharse el haber dejado ningún resorte sin mover, trabajó luego un tiempo, según dicen, como camarera en un bar suburbano, entre fotos donde aparecía en mangas de camisa, jugando a las cartas y bebiendo cerveza en su papel de guardián (fotos hechas, en parte, *después* del desenmascaramiento), y era considerada como un monstruo por los jugadores de bolos. Luego desapareció definitivamente entre ese ejército de millones y millones de seres que, para ganarse un modesto pan cotidiano, se ven forzados a venderse total, parcial y, a veces, mutuamente; o a renunciar en pocos días a costumbres centenarias y que casi parecían eternas; o, como hemos visto, a cambiar incluso de sexo, y todo esto sin éxito alguno en la mayoría de los casos; se perdió entre toda esa gente, en suma, ya perdida, y, si se ha de prestar crédito a la opinión imperante, definitivamente perdida.

La muerte de una piadosa

La hermana de mi abuela era muy piadosa. Tenía una renta anual de cuatrocientas coronas y una habitación en casa de su hermana, mi abuela. Le entregaba a ésta su dinero, del cual le compraban lo que necesitaba. Y así no tenía que manejar ni una corona. Ganaba además un dinerillo extra tejiendo medias, a 25 ore el par. Con lo que sacaba, obsequiaba a los pobres. Jamás se ponía joyas, ni siquiera un broche; se sujetaba el vestido con un imperdible a la altura del cuello. Durante treinta años usó el mismo vestido. En la segunda mitad de su vida aprendió griego y latín sin profesor, pero así y todo siguió viviendo con sólo dos libros, una Biblia y un Pequeño Catecismo. Llegó a los ochenta y cinco años. Pero su agonía duró tres días enteros. En su delirio febril hablaba mucho de Napoleón, a quien había venerado en su juventud. Además, todo el tiempo intentaba rezar, pero se le habían olvidado las palabras del Padrenuestro, lo cual la haría sufrir mucho. Aquella muerte me hizo perder el resto de mi fe en Dios.

Ciertas omisiones hacen que una historia resulte extraña

Muchas historias extrañas lo son debido únicamente a ciertas omisiones. Se cuentan, por ejemplo, estas dos historias:

En Jutlandia, una madre regaló un pañuelo a su hijo menor que se hacía a la mar. Como le quedaba demasiado grande, ella le cortó un trozo. El barco en el que viajaba el muchacho se perdió en Kattegatt. Mucho tiempo después se encontró, semienterrado en la arena de la playa, un pañuelo al que le faltaba un trozo. La madre del joven marinero reconoció aquel pañuelo: el trozo que guardaba en su casa era el que le faltaba. Así se supo que el barco había naufragado.

En otro lugar, aunque siempre en Dinamarca, se perdió asimismo un barco y en la playa se encontró un pequeño cadáver. Llevaba puesto un traje dominguero y en el bolsillo tenía una navaja con un sobrenombre grabado, uno más bien raro. Esa navaja permitió que el joven fuera identificado por sus parientes, pudiéndose comprobar así que el barco se había hundido.

Quien contaba estas historias lo hacía en un tono que inducía a pensar: entre cielo y tierra hay más cosas de las que uno sueña. Pero si a estas historias añadimos que, naturalmente, hay periódicos que, cuando aparece un cadáver varado en la playa, difunden por todas partes hasta los más mínimos detalles que permitan identificarlo, dichas historias ya no tendrían nada de particular.

La misericordiosa Cruz Roja

Cuando empezó la guerra hacía falta mucho personal sanitario femenino. Las voluntarias eran sometidas a una prueba única. Se les preguntaba si preferían ser oficiales o enfermeras comunes. A las que preferían ser oficiales, las llevaban a una habitación donde les comunicaban que no las necesitarían, porque no necesitaban oficiales. A todas las demás las aceptaban. Entre ellas había muchas prostitutas, porque el oficio no era muy rentable en esos días. Las enfermeras resultaron malas desde el principio; durante largo tiempo, las inspectoras tuvieron que levantarse continuamente por la noche para inspeccionar que el personal de servicio no estuviera durmiendo. Cuando terminó la guerra ya no fueron necesarias y las echaron a la calle. Para eso no hizo falta prueba alguna.

Mésalliance

El rey Christian VII se casó con un ama de llaves. Cuando viajaban juntos por las provincias, hasta la baja nobleza mostraba cierto rechazo hacia la reina, quien por eso tuvo una vida difícil. Pero lo peor para ella fue que Christian se comportaba como un campesino en la mesa y en muchas otras circunstancias.

Recursos sutiles

Una vez comenté, en presencia de mi amiga Hjerdis: un buen puro, uno de aquellos que cualquiera podía fumarse, costaba en mis tiempos 10 ore. Ella entonces me interrumpió y dijo: Pues en los míos ya costaba 15. ¡Con lo cual quería dar a entender que es dos meses menor que yo!

La gran comida

En la isla Thurö vivían un hombre y una mujer en medio de una austeridad absoluta. Durante toda su vida el hombre sólo llevó camisas hechas de costales. En

invierno, y por no calentar la casa, los dos se sentaban ante la puerta del establo abierta, y aprovechaban el calor del ganado. Cuando murieron, uno poco después del otro, fueron enterrados juntos, y, con los bienes que dejaron o mediante una colecta, se organizó una cena fúnebre en la que participó todo el pueblo, como manda la costumbre. Fue la única comida abundante que ofreció la pareja.

Si uno quiere algo,
tendrá que quitárselo a otro

Gracias a mis buenos oficios, el hijo de un hombre sin ningún recurso pudo seguir un curso de capacitación y obtuvo luego un puesto de telegrafista en provincias. Cuando, feliz, tomó posesión de su cargo, me escribió que deseaba ser trasladado a Copenhague. Escribí cartas a diestra y siniestra, y fue trasladado a Copenhague. Allí se quedó un tiempo, pero luego vino a verme y dijo que prefería irse a Svendborg. Volví a abusar de mis relaciones, y el joven pasó a Svendborg. Cuando estuvo allí quiso regresar a Copenhague. Por supuesto que no puedo escribir más cartas por este asunto y quizá tampoco por otros. Aquel hombre es hoy en día grande, gordo y presuntuoso. Un don nadie. De no ser por mí, probablemente lo hubieran explotado de mala manera a lo largo de toda su vida; así me explotó él a mí. Por lo visto, uno no puede conseguir nada como no sea quitándoselo a otro. Y eso no está bien.

El problema

En su testamento, un campesino de Fünen repartió su ganado entre sus tres hijos de manera tal que al mayor le tocara la mitad del total; al segundo, un tercio, y al menor, una novena parte. Entregó el testamento a un viejo amigo suyo, administrador de una minúscula finca en los alrededores, con el encargo de dárselo a los hijos el día de su entierro.

Cuando el campesino hubo exhalado su penúltimo suspiro, los hijos abandonaron de prisa la cámara mortuoria para buscar el testamento, pero, claro está, no lo encontraron. Y dos días después, cuando llegaron los asistentes al sepelio, la casa estaba revuelta de arriba abajo y no había nada preparado para recibir y atender a las visitas. La mañana del entierro apareció en el patio el viejo campesino, sentado en una carreta tirada por un buey y llevando el testamento en el bolsillo. Cuando lo dio a leer, los hijos, que habían recibido su pésame con aire hosco, estuvieron a punto de matarlo. El problema matemático que planteaba el testamento no hizo más que aumentar su rabia. Una vez anotadas las partes con tiza en la pared del establo, se comprobó que las cabezas de ganado habían aumentado o disminuido desde la época en que el viejo redactara su testamento. En pocas palabras, el reparto se les presentaba extremadamente difícil. Había diecisiete bestias.

La comitiva fúnebre ya había llegado, y los tres hijos, aún con pantalones negros y en mangas de camisa, seguían incluyendo a los animales ora en uno, ora en otro de los grupos. La mayoría de la gente presenciaba el indigno espectáculo en silencio, pero con creciente indignación; sólo unos cuantos intervinieron en la solución del problema, dando consejos casi siempre inútiles.

Por último, y tras completar su atuendo fúnebre —mientras se anudaban la corbata no paraban de asomarse por la ventana para observar el patio, donde proseguía el reparto—, los hijos se sentaron con las visitas en la cámara mortuoria, rápidamente improvisada. Pero así y todo, los habituales y entrecortados comentarios de las visitas (sentadas, muy tiesas, en las sillas a lo largo de la pared) sobre los méritos y la dura vida del finado, se vieron interrumpidos por un renovado tintineo de cencerros que llegaba del patio e indicaba que uno de los hijos —que se había deslizado fuera sin ser visto— estaba distribuyendo los animales en nuevos grupos.

Viendo que la situación se ponía cada vez más embarazosa, el viejo amigo del difunto se levantó, avanzó hasta el centro de la habitación y ofreció a los hijos su

propio buey, el único que tenía. Esperaba, añadió, que si en el reparto les sobraba un buey, ellos le devolverían el suyo. Los presentes limitáronse a menear la cabeza con aire compasivo ante tal añadidura.

La concurrencia se trasladó entonces al patio y, con ayuda del buey regalado y recién desuncido de la carreta, el reparto se pudo llevar a cabo sin dificultades. El hijo mayor recibió nueve, el segundo seis y el tercero dos cabezas de ganado; los tres recibieron más de lo que hubieran podido reivindicar según los cálculos. Pues la mitad de 17 vacas no era, en ningún caso, más de ocho y media; un tercio, no más de cinco y dos tercios de vaca, etc. Así quedaron, en cambio, muy contentos, y su sorpresa fue mayúscula al ver que sobraba un buey: el del viejo labriego. Nueve bueyes, más seis bueyes, más dos bueyes sumaban sólo 17 bueyes.

Con general alivio se puso finalmente en marcha el cortejo fúnebre, precedido por el decimoctavo buey y teniendo en el centro a los tres hijos que, radiantes, comentaban la feliz solución del problema.

El decimoctavo buey sólo había servido como onza de cálculo.

El medicó Hunain y el califa

El médico Hunain fue llamado a comparecer ante el califa, que deseaba veneno para sus enemigos. Ofreció al médico riquezas, si obedecía, y la cárcel, si ponía dificultades. Al cabo de un año de prisión, Hunain fue nuevamente arrastrado hasta el trono del califa. A un lado del trono habían amontonado tesoros; al otro, instrumentos de tortura. El califa señaló primero uno de los montones, luego el otro.

—¿Cuál eliges? —preguntó.

Hunain le respondió:

—Yo sólo he aprendido el arte de curar y ningún otro.

El califa le hizo una seña al verdugo, y Hunain, sintiendo llegar su última hora, dijo:

—El día del juicio Dios me recompensará. Si el califa quiere pecar, es asunto suyo.

La sonrisa del califa rompió la tensión. Nunca había pretendido herir al médico. Sólo quiso poner a prueba su honorabilidad.

El soldado de La Ciotat

Tras la primera guerra mundial, durante una feria organizada para celebrar la botadura de un barco en el pequeño puerto de La Ciotat, al sur de Francia, vimos en una plaza pública la estatua de bronce de un soldado francés en torno a la cual se apiñaba una multitud. Nos acercamos y descubrimos que se trataba de un hombre de carne y hueso, con capote color caqui, casco de acero en la cabeza y bayoneta bajo el brazo, inmóvil en un pedestal de piedra bajo el candente sol de junio. Su cara y sus manos estaban revestidas de una capa de pintura color bronce. No se le movía un solo músculo, ni siquiera pestañeaba.

A sus pies, apoyado contra el pedestal, había un trozo de cartón en el cual se leía:

«El hombre estatua
(L'homme statue)

Yo, Charles Louis Franchard, soldado del regimiento…, adquirí, a raíz de quedar sepultado vivo cerca de Verdun, la insólita capacidad de permanecer totalmente inmóvil y comportarme *como una estatua* el tiempo que me plazca. Este talento mío ha sido examinado por muchos profesores y calificado de enfermedad inexplicable. ¡Ayude usted, por favor, a un padre de familia sin trabajo depositando aquí su pequeña dádiva!»

Arrojamos una moneda al plato colocado junto al cartón y, meneando la cabeza, seguimos nuestro camino.

De modo que aquí está él, pensamos, armado hasta los dientes, el indestructible soldado de tantos milenios, aquel con el que se ha hecho la historia, el que hizo posible todas las hazañas de Alejandro, César y Napoleón de las que hablan los libros de lectura escolares. Es éste. Ni siquiera pestañea. Este es el arquero de Ciro, el auriga del carro falcado de Cambises al que la arena del desierto no logró enterrar definitivamente, el legionario de César, el lancero de Gengis-Khan, el guardia suizo de Luis XIV y el granadero de Napoleón I. El posee la capacidad —no tan insólita, después de todo— de no dejar traslucir nada cuando se prueban en su persona los instrumentos de destrucción más inconcebibles. Se queda como una piedra, insensible

(dice él), cuando lo envían a la muerte. Agujereado por lanzas de las más diversas épocas —de piedra, bronce o hierro—; arrollado por carros de combate, los de Artajerjes y los del general Ludendorff; pisoteado por los elefantes de Aníbal y los escuadrones de caballería de Atila; destrozado por proyectiles voladores de los cañones cada vez más perfeccionados de diversos siglos, pero también por las piedras voladoras de las catapultas; desgarrado por balas de fusil grandes como huevos de paloma y pequeñas como abejas, él se yergue siempre de nuevo, indestructible, recibiendo órdenes en cientos de idiomas, pero sin saber nunca por qué ni para qué. No es él quien toma posesión de las tierras que conquista, como el albañil tampoco vive en la casa que ha construido. Tampoco el territorio que defiende es propiedad suya. Ni siquiera su arma o su equipo le pertenecen. Pero allí permanece erguido, teniendo sobre su cabeza la lluvia mortífera de los aviones y la brea ardiente de las murallas de la ciudad enemiga, bajo sus pies las minas y las trampas, y a su alrededor la peste y el gas mostaza; allí se mantiene erguido, aljaba de carne para dardos y flechas, punto de mira permanente, picadillo de tanque, infiernillo de gas, ¡con el enemigo por delante y el general por detrás!

¡Incontables son las manos que le habrán tejido el jubón, forjado la armadura, cortado las botas! ¡Incontables los bolsillos que se habrán llenado a expensas de él! ¡Inconmensurable el clamor que lo ha acicateado siempre en *todas* las lenguas del mundo! ¡No ha habido Dios que no lo bendijera! ¡A él, ser atacado por la horrible lepra de la paciencia, minado por el incurable mal de la insensibilidad!

¿A qué extraño enterramiento, pensamos, deberá este hombre su enfermedad, una enfermedad tan horrenda, atroz y contagiosa?

¿No será, pese a todo, curable?, nos preguntamos.

Para la sopa

En Mija, una aldea, los fascistas habían incendiado una de cada cinco casas e impedido, con ametralladoras, que los campesinos apagasen el fuego. Cuando el primer regimiento proletario pasó por el pueblo, de un establo salió una campesina con tres niños pequeños. No le había quedado sino una ternera, y se la regaló a los partisanos. Al proseguir éstos su camino, la mujer los siguió un trecho y, procurando que los niños no la vieran, de un pañuelito que llevaba bajo la blusa sacó un puñado de harina y se lo dio a los combatientes.

—¡Guárdatela! —dijeron los hombres—. Tus hijos también tienen hambre.

—Cogedla —insistió ella—. Os servirá para espesar la sopa. Tenéis que derrotar al enemigo.

Un error

Karl Krucke, un tornero de Halle an der Saale, pequeño y rechoncho, pasó a Francia en 1936 porque la Gestapo había mostrado excesivo interés por su persona. Sus amigos le consiguieron alojamiento en casa de un obrero metalúrgico francés, en un lugar muy cercano a París, dentro de la *banlieue.* No hablaba una palabra de francés, pero entendía lo que significaba *front populaire* y sabía que le decían cosas simpáticas cuando compartían con él su delicioso pan blanco. Convivía tranquilamente con aquella gente, iba regularmente a la *mairie* y a las reuniones organizadas por sus amigos alemanes, en las que podía discutir y leer los periódicos. Pero al cabo de unas semanas empezó a quejarse de un dolor agudo en el lado derecho del vientre y adquirió un color algo amarillento, por lo que sus amigos le dieron un papel con la dirección de un buen especialista que, según le dijeron, estaba dispuesto a examinarlo gratuitamente el viernes siguiente a las siete. Le recomendaron que fuera puntual, porque el médico era un hombre muy ocupado.

Recomendación innecesaria, pues Krucke era siempre puntual y sus dolores lo tenían muy preocupado.

Aquel viernes se levantó a las dos de la madrugada, se ciñó una pernera de calzoncillo a modo de faja y se puso en marcha, rumbo a París.

No carecía totalmente de medios, pero decidió ahorrarse los gastos de transporte, pues tenía un tiempo ilimitado, demasiado tiempo, en realidad.

Corría el mes de abril y la carretera aún estaba a oscuras. Caminó largo rato sin encontrar un alma. Era una carretera rodeada de campo raso, mala, llena de baches, pero no soplaba viento ni hacía mucho frío. De vez en cuando pasaba frente a una granja y oía ladridos. En la oscuridad no podía distinguir las granjas ni los campos, que no por eso le resultaban menos extraños. Sin lugar a dudas, aquello no era Alemania.

Felizmente iba por una carretera principal y no tenía que tomar decisiones en los cruces, pues hubiera tenido dificultades con los indicadores de dirección. De todas formas, podía preguntar a la gente; bastaría con decir «Barrí» en tono interrogativo, que así se llamaba París en aquellas latitudes.

Tras una hora de marcha oyó a su espalda el traqueteo de un carro de caballos. Se detuvo y lo dejó pasar. Iba cargado hasta los topes de verdura. Un viejo amojamado asintió con la cabeza cuando Krucke le dijo «Barrí» en tono interrogativo. Sin

embargo, no lo invitó a subir, aunque diez metros más adelante volvió la cabeza hacia él, como si aún considerase la posibilidad de hacerlo.

Cuando lo adelantó el siguiente vehículo, un carretón repleto de lecheras conducido por una mujer rolliza, él hizo unos cuantos gestos intentando preguntar si podía subir. Pero la mujer no se detuvo. Krucke pensó que habría desconfiado de su grueso bastón, que él se había fabricado con un retoño de sauce. Pues le costaba caminar con aquellas punzadas en el vientre.

Estas dos experiencias disuadieron al hombrecito de seguir intentando subirse a algún coche, pese a que ahora éstos pasaban con mayor frecuencia. Las interminables caravanas de vehículos cargados de verduras, leche y carne empezaban ya, en aquellas primeras horas del día, a dirigirse hacia la capital desde todos los puntos de la fértil campiña.

Durante un buen rato se oyó un traqueteo y un chacoloteo continuos. Krucke tenía que hacerse constantemente a un lado, pues al no haber casi ningún vehículo que viniera en sentido contrario, los campesinos no siempre avanzaban por su derecha. París dormía y nada tenía que comunicar al campo a horas tan tempranas.

En cierto momento el tornero avanzó bordeando una línea de ferrocarril y se detuvo cuando un tren pasó tronando a su lado. No alcanzó a leer los letreros de los vagones, pues el convoy pasó demasiado rápido, pero no podía venir de Alemania, aquello era el sur de la ciudad.

Hacia las cuatro y media el cielo empezó a clarear. El paisaje había cambiado de aspecto; atrás quedaban los campos, esos eran los suburbios.

Pequeñas casas con jardincillos y hermosos árboles. Larguísimas calles con uno que otro café ya abierto. Camareros soñolientos con delantales sucios y el pelo engominado, que distribuían sillas de paja en las aceras. Chóferes que, en las barras, se echaban al coleto un café y una copa.

Luego otra vez largos trechos con jardines, invernáculos, paredes cubiertas de carteles, bandos de la *mairie*. Una estructura de cemento.

Las carretadas de productos alimenticios ya debían de haber llegado a los mercados. Unos cuantos rezagados hostigaban aún a sus jamelgos. Pero ahora veíanse más automóviles. Podían darse el lujo de salir más tarde. Era ese tipo de coches con el capó en forma de ataúd, en su mayoría azules.

Y luego vino la zona de los buses y tranvías, todos repletos de obreros.

El pequeño y rechoncho tornero de Halle an der Saale caminaba a paso regular, un poco cansado, con más punzadas en el vientre. Al pasar frente a los cafés miraba ahora más a menudo los blancos relojes detrás de cada mostrador. Tenía que estar en el boulevard Saint Michel a las siete en punto.

A eso de las cinco ya había amanecido totalmente, y media hora después se sentía incluso el calor del sol. Había atravesado el límite de la ciudad.

La marcha se hizo más dificultosa por el adoquinado y el asfalto. Además, allí había mucho tráfico. En su mayoría obreros con bidones. Y grandes camiones de riego, ante cuyos chorros de agua había que saltar a un lado. Estaban limpiando y arreglando la ciudad. Las terribles luchas por la comida del mediodía, el alquiler de la vivienda, el colegio de los niños y los cigarrillos debían tener como escenario una ciudad limpia.

Pues toda aquella gente, esos franceses, trabajaban, luchaban y vivían. El tornero de Halle an der Saale entendía aquello, ya que él también había trabajado, luchado y vivido en Alemania.

A decir verdad, aún seguía, claro está, luchando, en cierto sentido todavía trabajaba, y ¿acaso no estaba vivo? Un muerto no siente punzadas en el vientre.

Su caminata hacia el boulevard Saint Michel era una acción bélica. Además, tenía aliados, los amigos que le dieron el papel con la dirección del médico, y el *front populaire* ¡un poderoso respaldo!

Su pregunta era ahora: «¿Bulvar Seng Mishel?»

Resultó ser una calle lateral y el número era el 123. Una casa alta, estrecha, distinguida. Eran las seis y media. Las seis y media no son las siete. La casa mostraba pocas señales de vida. Había que esperar.

El tornero se instaló en la acera de enfrente. Un criado salió de la casa, luego lo hizo una criada con cofia y, al poco rato, un hombre gordo de rostro sanguíneo que llegó hasta la escalera de piedra y miró a su alrededor. Por la calle bajó luego un *flic*, un policía, y el tornero tuvo que avanzar hasta la esquina siguiente para que no pareciera que tenía en mente algo prohibido. Así lo exigían todos los policías del mundo, sin distinción alguna.

Y entonces dieron las siete.

El rechoncho hombrecito cruzó la calle y subió las escaleras. La cara de globo rojo que viera momentos antes apareció en la ventanita del vestíbulo. ¡El «consiersh»! Krucke le mostró el papel con el nombre del médico. El «consiersh» dijo algo y acompañó sus palabras con una serie de gestos que no aclararon mucho la cuestión. Concluyó bruscamente, encogiéndose de hombros, y el estrecho paso quedó libre.

Sobre una alfombra roja de fibra de coco pudo subir las anchas escaleras. La casa era elegantísima. Debía de ser un buen médico.

Ahí estaba la placa. Bastaba con tocar el timbre.

Le abrió una criada. El tornero pronunció el nombre del doctor; el colega francés en cuya casa se alojaba le había enseñado a pronunciarlo la noche anterior.

Pero la criada se limitó a mover la cabeza, asombrada. Y también le dijo un montón de cosas en ese idioma endemoniado y, una vez más, sus gestos tampoco aclararon nada. ¿De qué le sirvió señalar con su bastón la sala de espera e indicar con

un dedo la zona del vientre donde sentía las punzadas? La muchacha cerró la puerta simple y llanamente.

Uno solo de sus gestos llegó a tener sentido a medias. Le había señalado la placa, en la que se leía: 5-8. Ese era, claro está, el horario de consulta. ¡Pero a él iba a examinarlo fuera de ese horario! ¡El no podía pagar nada! Por eso lo había citado a las siete de la mañana, una hora nada habitual, antes de que empezara el trajín cotidiano. Krucke había entendido que el médico haría una hora extra para atenderlo, pues luego estaría ocupadísimo: era un especialista para el que cada minuto significaba dinero y que vivía en una casa con alfombras de fibra de coco y criados, todo ello muy dispendioso.

En aquel momento le hubiera hecho falta saber francés.

Se había quedado de pie ante la puerta cerrada. Pero abajo, en el rellano de la escalera, apareció la cabeza de globo más roja que nunca. Probablemente sospechaba algo. Ya el bastón debió de resultarle sospechoso. Y los pantalones tampoco eran muy nuevos que digamos.

El tornero volvió a bajar las escaleras, pasó junto al «consiersh» y salió a la calle. No había nada que hacer.

Probablemente al doctor se le olvidó dejar dicho que lo esperaba a esa hora y que lo hicieran pasar un poco antes. ¡Un hombre así tiene tantas cosas en la cabeza! Y la revisión era gratis.

También era posible que lo hubieran llamado para alguna operación de urgencia. En ese caso habría que fijar una nueva cita, antes o después del horario habitual de consulta. Nada cabía esperar de una gestión precipitada. El domingo por la noche se reuniría con sus amigos y podrían discutir la nueva maniobra.

El hombrecito se sentó en el poyo de piedra de un portal, desenvolvió lo que su anfitrión le había dado para el viaje y mordisqueó el pan blanco.

Luego se puso lentamente en camino hacia el suburbio. Llegó a su casa por la tarde.

Cuando el médico francés, un hombre afable y servicial, preguntó al cabo de unos días por qué el anunciado paciente no había hecho acto de presencia, se quedó de una pieza al oír que el alemán había dado por supuesto que, como sólo podían atenderlo gratuitamente fuera del horario de consulta, no podía tratarse, en su caso, sino de las siete *de la mañana.*

Gaumer e Irk

Fue fácil abatir a Irk. Estaba muy atareado y cuidaba de mucha gente, mas no de sí mismo. Ya estaba muerto cuando Gaumer se dio cuenta de lo atrozmente difícil que sería enterrarlo.

Yacía en el suelo de la oficina, y Gaumer intentó primero cargarlo a hombros. Lo cual, por supuesto, era imposible. Los Gaumers no pueden cargar a los Irks.

De modo que lo cogió por el pie izquierdo y lo arrastró con todas sus fuerzas hacia la puerta. Pero la otra pierna de Irk se atascó tan firmemente en la jamba de la puerta que Gaumer tuvo que arrastrar de nuevo el cuerpo al interior del despacho, esta vez por la cabeza, que no ofrecía ningún buen asidero. Gaumer se alegró de tener nuevamente a Irk en la habitación donde había yacido poco antes. Bañado en sudor, se sentó en una silla y tomó aliento.

Luego se puso a reflexionar. Y reflexionó más profundamente que nunca. Había que sacar a Irk con la cabeza por delante. Esa era la solución. Siempre había alguna solución, bastaba con reflexionar profunda e impávidamente. Irk lo decía todo el tiempo.

Cayóse Gaumer dos veces al suelo mientras arrastraba hacia la puerta a Irk, cuya cabeza se le escapaba de las manos. Nada extraño, pues la cabeza no había sido pensada como asidero. De todas formas, el cuerpo yacía ahora en la caja de la escalera, y su propio peso (excesivo) debería impulsarlo escaleras abajo. Por parte de Gaumer bastó con un puntapié. Pero la baranda de abajo, al pie de la escalera, se rompió por la violencia del impacto. Estaba podrida, e Irk decía siempre que había que cambiarla. Lástima que Gaumer no hubiera cedido en este punto. Ahora la gente vería esa baranda rota cuando entrara a trabajar a la mañana siguiente.

Al menos Irk ya estaba abajo, lo cual suponía un progreso. Claro que sólo sería un progreso si Gaumer lograba sacarlo fuera, pues era mucho más probable que lo descubrieran allí que arriba, en la oficina.

Pero entonces ocurrió algo terrible. Tras dos horas de esfuerzos desesperados con el cuerpo, Gaumer se dio cuenta de que jamás podría sacarlo fuera por sus propios medios. El espacio que mediaba entre la escalera y la puerta era demasiado estrecho, y la puerta se abría hacia dentro. Gaumer no podía abrir la puerta y levantar el cuerpo al mismo tiempo. Ni siquiera lograba girarlo de costado, y tenía que hacerlo. Era indispensable girarlo.

Gaumer comprendió que tendría que buscar a su sobrino y explicarle lo ocurrido. Lo cual era horrible. Aquel petimetre haragán y pervertido le vendería muy cara su ayuda. Claro que si no hubiera sido haragán y pervertido, Gaumer jamás habría podido recurrir a él en una situación semejante. A partir de esa noche quedaría totalmente en manos del muchacho, es decir, también tendría que eliminarlo. ¡Menudas perspectivas lo aguardaban!

El sobrino lo miró con algo más que curiosidad cuando él le contó la historia. De todos modos, lo acompañó en seguida. Gaumer tuvo la impresión de que lo acompañó incluso con excesiva rapidez. Ocultar su alegría parecía costarle un gran esfuerzo. Entre los dos consiguieron abrir la puerta y arrastrar el cuerpo más allá del umbral. Y, de pronto, no pudiendo moverlo un paso más.

¿Qué había pasado? Ahí no había ya ningún obstáculo y ahora eran dos. El trabajo principal parecía hecho. Sólo al cabo de un rato advirtieron lo que había ocurrido. Al principio, Gaumer creyó que estaba viendo mal: su sobrino, que tiraba de la cabeza de Irk, le pareció hallarse extrañamente lejos de él, que sostenía las piernas del cadáver. Y de pronto el sobrino le dijo: ¡está creciendo!

Y en efecto, así era. Irk no había sido, en vida, mucho más alto que Gaumer, al menos a los ojos de éste. Incluso tras el asesinato en la oficina, y pese a lo difícil que pudiera ser cargarlo, había conservado un tamaño más o menos natural. Pero ahora, al aire libre, ¡se había vuelto de pronto inconcebiblemente grande! Sus piernas parecían dos columnas, y su cabeza, un laurel podado en forma esférica. Y seguía creciendo. Mientras los dos hombres lo miraban fijamente, horrorizados —el tío desde los pies, el sobrino desde la cabeza—, el maldito cuerpo seguía estirándose y engrosando a una velocidad monstruosa. Aquello ya no era un hombre: era un gigante.

¿Cómo enterrar esa descomunal masa de carne y huesos? ¿Cómo poner bajo tierra esa montaña?

Gaumer hizo cuanto pudo por dominar su pánico. Había que conseguir cuerdas en seguida, o mejor aún, cables de acero. Con un camión quizás podrían arrastrar a Irk hasta el canal que pasaba junto a la fábrica. Por suerte, Gaumer tenía todas las llaves y podía disponer de cosas tales como camiones y cables.

Pesadamente se encaminó a las cocheras.

Al sacar el camión de la cochera, en retroceso, pasó sobre la pierna de Irk. Fue como si hubiera pasado sobre un bloque de granito, las hojas de los muelles crujieron y una de ellas se rompió.

El cuerpo de Irk tendría ahora sus buenos cinco metros de largo y más de metro y medio de diámetro. Para levantar un pie y enrollarle el cable de acero, tuvieron que recurrir al gato del camión. Pero también éste se dobló. Y así fueron echando a perder todas las herramientas.

Al subir al camión, Gaumer pescó una mirada de su sobrino que lo inquietó

muchísimo. Era evidente que el muchacho le tenía miedo y eso lo volvía muy peligroso. A ojos vistas intuía ahora que Gaumer tendría que eliminarlo en cuanto concluyeran la tarea, y sin duda estaba maquinando cómo echarle el guante previamente a su tío. Gaumer tendría que liquidarlo cuanto antes, aunque sólo después de acabar la tarea, se entiende.

El cable se deslizó dos veces del pie de Irk. Y luego resultó que el motor era demasiado débil, simplemente calaba. Daban ganas de hacer pedazos al chófer. ¿Por qué no mantenía su máquina en buen estado? ¿O acaso lo hacía a propósito?

Sudando, Gaumer corrió a la segunda cochera.

Ahora tenían dos camiones enganchados al cuerpo; el tío conducía el delantero, y el sobrino, el de atrás. Pero así no podían ver qué ocurría con Irk. Al principio el convoy se atascó, luego hubo un tirón violento y el camión de atrás chocó contra el de adelante. Gaumer se apeó echando maldiciones. Habían arrastrado un trecho el cuerpo, pero el radiador del segundo camión se había abollado al chocar con el otro.

Volvieron a intentarlo. A partir de cierto punto, la plataforma de maniobras descendía hacia el canal, y allí empezaron a deslizarse también ellos; el cuerpo mismo actuaba como un camión cargado, aumentando enormemente la velocidad. Y, para colmo, la luz era tan mala que no se podía conducir como es debido. ¡Lástima que tampoco pudieran hacer aquel trabajo de día!

Con un estrépito que debió de oírse a varias millas de distancia, el camión de Gaumer se precipitó al canal pese a tener los frenos puestos, y lo mismo le ocurrió, detrás, al del sobrino.

Cuando Gaumer emergió de las aguas fangosas y llegó a la orilla, oyó un chapoteo y vio a su sobrino nadar hacia el talud. Los dos camiones habían desaparecido en el agua. Pero el cuerpo de Irk, pese a estar ya dentro del canal, no quedaba cubierto por el agua. Gigantesco, monstruoso, una masa imposible de ocultar, asomaba la cabeza y las rodillas por encima de la negra corriente.

Con un destello de locura en los ojos, Gaumer pisó los dedos con que su sobrino se aferró al talud cuando intentaba salir del agua.

El constructor de ciudades
(De las «Visiones»)

Cuando hubieron construido la ciudad, se reunieron y empezaron a mostrarse sus casas y las obras de sus manos. Y el Amable fue con ellos de casa en casa, todo el día, y los elogió a todos.

Pero él no habló de la obra de sus manos ni mostró a nadie su casa. Y cuando ya estaba oscureciendo., volvieron a reunirse todos en la plaza del mercado y empezaron a desfilar uno a uno por un podio desde el cual comunicaban el tipo y las dimensiones de su vivienda, así como el tiempo empleado en la construcción, con el fin de saber quién había construido la casa más grande, o la más bonita, y en cuánto tiempo lo había hecho. Y, siguiendo el orden alfabético, también fue llamado el Amable. Se presentó abajo, al pie del podio, arrastrando la jamba de una gran puerta. Y les dio su informe. El madero que allí veían, la jamba de la puerta, era todo lo que había construido de su casa. Se hizo un largo silencio. Luego se levantó el presidente de la asamblea:

—Estoy asombrado —dijo, y empezaron a oírse risas. Pero el presidente preguntó —: Estoy asombrado de que sólo ahora se hable de este asunto. Mientras duró la construcción, este hombre estuvo en todas partes, yendo de un lado a otro y ayudando a todo el mundo. Para aquella casa construyó el frontón, en esa otra hizo una ventana, ya no recuerdo cuál, luego trazó los planos de la casa de enfrente. No es de extrañar que ahora se presente aquí con una jamba, que encima es preciosa, pero que él mismo no tenga casa.

—Teniendo en cuenta todo el tiempo que invirtió en la construcción de nuestras casas, es un auténtico milagro que haya podido hacer esta hermosa jamba, por lo cual propongo otorgarle el premio al mejor constructor.

[La historia de Giacomo Ui]

1

Pocos saben hoy, cincuenta años después de su muerte, detalles más precisos sobre la persona y el destino de Giacomo Ui, un hombre que durante cierto tiempo mantuvo en vilo al mundo. Padua, ciudad que Italia entera contemplaba con horror, pero también con temor, mientras él la dominó, fue la primera en olvidarlo. Giacomo había intentado convertir en héroes a unos míseros comepatatas, y no se lo perdonaron. Todo aquel que estudie historia universal habrá sentido asco y vergüenza al ver cómo trata el pueblo, en general, a sus grandes hombres. Incapaz de elevarse y seguir el vuelo de sus ideas, nada dispuesta a sacrificar por un ideal algo más que los breves años de embriaguez que en ella suscitan la presencia y los discursos de sus caudillos, aquella gentuza de todas las naciones lleva ya desde un comienzo, cuando aún estira el brazo a guisa de saludo, el bolsillo lleno de piedras con las que lapidará al hombre que les exija ser algo más que unos míseros comepatatas. Lo único que quieren es mejorar su situación material, y pretenden que los héroes se encarguen de tan mezquina tarea. Para eso ha de servir la grandeza: a los héroes no les exigen otra cosa que conseguir patatas. De por sí miserable, la gentuza aquella prefiere ser gobernada por hombres insignificantes, que sólo se dediquen a algo tan fútil como mejorar su, claro está, siempre apurada situación. Y, pese a todo, aquellos pobres diablos siempre esperan escapar al exterminio al que, de una u otra forma, están predestinados. Una gran época sólo es para ellos una época de ímprobos esfuerzos; por eso se arredran ante cualquier auténtica grandeza y sólo intervienen de mal grado en empresas de dimensión histórica. Las guerras los asustan, y las privaciones los ponen de mal humor. Hasta los grandes proyectos los llenan de desconfianza. Su preciosa vida es lo que más valoran, por miserable que sea y por mucho que despotriquen de ella. Como si, en cierto modo, intuyeran que para el caudillo hay cosas más relevantes que hacerlos engordar, se oponen a sus trascendentales designios. No quieren ofrecer una imagen de grandeza histórica, sino comer patatas. El gran hombre que se comprometa con ellos estará, desde un principio, vendido y traicionado. Tarde o temprano se verá abandonado y denostado por todos los que pretendían una vida mejor y sólo recibieron una existencia histórica. ¿Cambiará alguna vez esto? ¿No existirá jamás un pueblo dispuesto a secundar a un gran hombre

sin ese mezquino egoísmo? Un pueblo decidido a sacrificarlo todo encontraría, sin duda, al gran hombre dispuesto a exigir de él cualquier sacrificio. Sólo el estudio continuo de la historia de sus grandes hombres puede hacer que un pueblo llegue a ese estado en el que es capaz de olvidar sus mezquinos intereses y ponerse, realmente, a la altura de un gran hombre.

Cierto es que también la historia de los grandes hombres se escribe con excesiva ligereza y, lo que es aún peor, los libros escritos sobre ellos se han conservado sin el debido cuidado. Sobre Ui tan sólo disponemos de una crónica que, en su mayor parte, fue destruida. Han quedado pocos capítulos, y ni siquiera seguidos: ¡raquíticos testimonios de su grandeza!

La gran guerra, que él tan admirablemente preparó, asoló a tal punto la península en su desdichado curso que hasta se perdió la mayor parte de los documentos que atestiguaban su grandeza. Pues ¿qué fue la quema de unos cuantos libros por parte de los uistas frente al exterminio de toda la literatura provocado por la guerra? Aquellos hombres, entregados en cuerpo y alma a construirse cuevas para el invierno y agenciarse los alimentos más indispensables, pasaron varios decenios en un estado de excesiva postración como para recopilar los documentos que dieran fe de la grandeza de sus grandes hombres —pues aparte de esos documentos (textos legales, discursos, libros, etc.), ¿qué cosa podría dar testimonio de aquella grandeza?

El contacto con el mundo circundante suele interrumpirse tras la aparición de esas figuras. El comercio y el tráfico languidecen. Las relaciones entre los pueblos se envenenan. Y las destrucciones, testimonios fácticos de su gran actuación, tampoco duran mucho. La diligencia y el celo de la gente humilde lo reconstruye todo. El campesino desconoce la piedad. Con burlona sonrisa pasa el arado por el campo de batalla. En las murallas semiderruidas de la ciudad se instala una cordelería. El profundo agujero abierto por la metralla sirve para guardar cáñamo. ¡Y la posteridad está supeditada a los libros, que al final son devorados por las ratas!

Sólo con ira ofrecemos aquí al público los ignominiosos restos de la crónica que narra la vida de Giacomo Ui, de Padua.

2

No es mucho lo que se sabe sobre los orígenes de Giacomo Ui. Un historiógrafo hostil a su figura juzgó divertido afirmar que siete ciudades se han disputado el honor de no haber sido su cuna. Otro asegura que, mientras duró su poderío, encontró suficientes investigadores dispuestos a propagar confusión sobre su origen. En realidad, y pese a ser oscuro y a que él mismo no pudiera considerarlo como una ventaja ni una referencia, su origen sólo contribuyó a acrecentar su fama. Pues en nada lo ayudó, antes bien, le acarreó una serie de inconvenientes. A diferencia de

otros, más afortunados, su nacionalidad no le fue dada desde la cuna, él mismo tuvo que agenciársela. Por línea materna parecía descender de un afilador de tijeras croata, de origen, a su vez, bohemio, y por parte de padre, de un sefardita que, al parecer, también llevaba sangre mora en las venas [2]. El mismo se presentó muy pronto como paduano de pura sangre. Y lo hizo principalmente porque, según su «doctrina», Padua sólo debía ser gobernada por paduanos.

Todos los que aspiran a tener éxito con alguna doctrina han aprendido de Ui que nunca hay que conformarse con lo más inmediato, con lo que la naturaleza nos pone entre las manos sin que medie ningún mérito propio. Acuñó su lema «Padua para los paduanos» —que en realidad significaba «El mundo para los paduanos»—, sin tener para nada en cuenta el hecho innegable de que él mismo no era paduano. Esto hubiera amedrentado a más de uno que no se habría considerado apto para formular semejante consigna; Ui en cambio, fue lo suficientemente hombre como para aceptar aquel reto que le planteaba la naturaleza. En realidad, Ui pudo haberse dicho: soy un paduano como no hay dos. Pues así como el mendigo llamado a tener el mayor éxito no es el que más sufre, sino aquél en el cual percibimos, o creemos percibir, los mayores sufrimientos —razón por la que nuestros mendigos profesionales, que suelen carecer de los sufrimientos necesarios para el ejercicio de su profesión, se llevan la palma con el público y eclipsan las miserias naturales con sus llagas y achaques artificiales—, así también un político que invierta toda su energía e imaginación en ser un paduano modélico, tendrá que derrotar a cualquier paduano común y, de algún modo, aleatorio.

3

Ui era techador de profesión, aunque desde un principio, e impulsado por su afán de superación, se presentó siempre como constructor. Los edificios que más tarde hizo levantar en Padua daban testimonio, según dicen, de las estrictas directrices que supo imponer a los constructores paduanos. La amistad de sus compañeros parece no haber sido nunca de su agrado, ya que esa gente carecía totalmente de aspiraciones y procuraba denigrarlo con toda suerte de bromas, a él, que por su vestimenta y su conducta trataba de sobresalir siempre en su medio. En aquella época aprendió Ui a despreciar a la masa, ese montón de gente que no aspiraba a destacar ni sentía en su interior el impulso de elevarse por sobre los demás. Marchó a la guerra muy contento. En el frente se comportó como un soldado particularmente activo, razón por la que no era muy bien visto por la tropa. Disfrutó, no obstante, del respeto de su brigada, un hombre sencillo e inculto que más tarde fundó una editorial y publicó el primer libro de Ui. El servicio militar lo había alejado por completo de su monótono y mal remunerado oficio. Y fue así como entró al servicio de algunos jefes del ejército en

calidad de agente secreto. Se mezclaba entre el pueblo y redactaba informes sobre discursos sediciosos y ciertas conspiraciones organizadas contra el poder estatal. En esta tarea manifestó tempranamente su astucia pronunciando él mismo discursos sediciosos en los bares y denunciando luego ante sus superiores a todo el que aprobaba sus palabras. Pronto adquirió un amplio conocimiento de las clases populares, que más tarde le sería muy beneficioso. Su solidaridad con el pueblo data de aquella época. Mientras tanto fue ejercitando sus dotes de orador y se acostumbró a reunir argumentos en apoyo incluso de opiniones que no fueran suyas. También desarrolló su valiosa capacidad de montar en cólera sin causa aparente y enfadarse hasta con quienes le resultaban indiferentes. Una hábil simulación y una observación incesante eran necesarias para inducir a la gente de la calle a hacer declaraciones que pudieran considerarse de alta traición; a menudo lo hacían sólo estando ebrios, por lo que Ui, que no toleraba el alcohol, acabó contrayendo una dolencia gástrica que más tarde le impediría tomar bebidas alcohólicas. En aquella etapa temprana, la bebida le fue tan útil como luego lo sería la abstinencia. La vista se le agudizó extraordinariamente con el ejercicio de esa actividad. Aprendió a detectar a la gente cuya penosa situación la inducía a sublevarse contra la superioridad; su facilidad de palabra se encargaba, luego, de soltarles la lengua. Pronto se convirtió en una personalidad dominante, y cuando en una de sus correrías descubrió un pequeño grupo de conjurados que se habían propuesto luchar contra los griegos, no tardó mucho en erigirse en su caudillo.

4

La manera como Ui consiguió sus primeros adeptos, eligiendo como piedra fundacional del gran movimiento que lo llevaría al poder un guijarro común y corriente, hallado por casualidad, demuestra su profundo conocimiento del alma humana. Así reclutó también, según dicen, el gran Ignacio de Loyola a sus primeros seguidores jugando al billar; les ganó un dinero que ellos no tenían, y para saldar su deuda tuvieron que incorporarse a la orden. El círculo con el que empezó Ui —él mismo poco menos que un fracasado— lo integraba gente sencilla, que se reunía tras el trabajo cotidiano para intercambiar opiniones en torno a una copa de vino barato. Odiaban, sobre todo, a los comerciantes griegos de Padua, que eran muy hábiles en los negocios y, siempre que podían, les pegaban un parche.

En seguida advirtió Ui que no bastaban las opiniones para otorgar cierta influencia pública a una asociación. Lo primero que hizo fue, pues, organizar una caja y cobrar cuotas a los asociados. La condición de éstos le tenía sin cuidado, siempre que aparecieran regularmente y respetaran los estatutos. Estos constituyeron el segundo paso. Estaban dirigidos básicamente contra los griegos y su formulación

era lo más genérica posible. Desde un principio aborreció Ui las formulaciones excesivamente precisas, que sólo ahuyentaban a los posibles socios. Mientras menos cosas dijeran los estatutos, más creerían ver en ellos los asociados. Ui no tenía nada en contra de prometer a la gente lo que deseaba, pero ¿cómo podía él conocer todos sus deseos? El partido de Ui, estructurado a partir de una serie de exigencias que podían complementarse según los partidarios, creció rápidamente en una ciudad donde a todos les iba mal.

5

La guerra acababa de terminar. En ella, Padua se había batido sola contra toda Italia. Pero la perdió y se vio obligada a firmar un tratado de paz muy duro. Como la guerra se hizo en defensa de los intereses de los hábiles y acaudalados, y la derrota les costó muy cara a los desheredados e incompetentes, en ambos bandos había muchos que deseaban otra guerra; unos querían obtener, pese a todo, los beneficios no obtenidos, y los otros, evitar las amenazadoras pérdidas. La victoria de *un* Estado sobre todos los demás hubiera sido, en Italia, un acto glorioso, de ahí que muchos considerasen la derrota como un oprobio. Y los motivos que habían conducido a la guerra siguieron subsistiendo aun después de la derrota. Padua era una región dotada de muchísimas riquezas naturales, pero su especificidad consistía en que las riquezas del subsuelo no se complementaban, de suerte que si bien poseía algunas de las materias primas necesarias para una buena industria, carecía de otras. De ahí que dependiera más que sus vecinos del intercambio con las regiones circundantes. Resulta obvio que, en una situación como esa, hacer la guerra es algo tan difícil como necesario. La guerra es necesaria para conseguir las materias primas que faltan, y éstas, a su vez, son necesarias para hacer la guerra. Un segundo conflicto resultaba además extremadamente difícil porque ya el primero había demostrado que el pueblo de Padua no estaba lo suficientemente unido para soportar épocas de estrechez. El sector de la población que más había sufrido era, sobre todo, el que menos resistencia había demostrado. Una gran parte de los gobernados no había asumido como propia la derrota de su gobierno, sino que la había utilizado para liberarse de él. Además, en fecha muy temprana echó Ui la culpa de todo a los comerciantes griegos. Eran esos griegos quienes, según Ui, habían socavado el heroísmo de los paduanos. Lo más importante era ahora devolver a éstos su conciencia nacional.

6

Sin perder de vista su gran objetivo, Ui no desdeñó ninguno de los pequeños

recursos con los que se organiza a la gente de la calle. Sabía que era preciso hacer gastar a los socios y procurar beneficios a determinadas tiendas. Por eso designó a un sastre para que los miembros del nuevo partido le comprasen sus camisas. Esas camisas eran de un verde tan chillón que los uistas se distinguían ya de lejos en todas las peleas y podían ver, por el color de la camisa, de qué lado estaba la razón en cualquier riña. El sastre, a su vez, entregaba una parte de sus ganancias al partido de Ui. Los hombres de la calle que reclutaba Ui eran en su mayoría mendigos, y justamente por eso les exigía que pagaran algo. Eso estimulaba sus esperanzas y les impedía abandonar las filas de los luchadores y romper con un partido que ya les había costado sacrificios económicos. A las camisas se sumaron pronto botas, a las botas, chaquetas, y luego se exigieron uniformes completos, de suerte que los uistas desfilaban por Padua como un ejército, distinguiéndose del resto de la población y convertidos en amos de todo el pueblo.

7

Ui se había dado cuenta de que a la gente se le puede exigir cualquier cosa cuando se le ofrece la oportunidad de distinguirse de los demás. La única doctrina de Ui era, como ya señalamos, la de la enorme diferencia existente entre los paduanos nativos y los griegos. Si, según la doctrina de Ui, los paduanos eran seres heroicos, nobles y sacrificados, los griegos, en cambio, eran unos advenedizos con mentalidad de mercachifle, cobardes y quisquillosos, que sólo buscaban su propia ventaja y, encima, la veían exclusivamente en los bienes más bajos, puramente materiales. Impelidos por una lascivia ilimitada, asediaban a las paduanas y paduanos, los despojaban del producto de su trabajo y los incitaban a cometer toda suerte de perversiones. De ellos sólo podían salir cosas malas, y todo lo malo que había en Padua provenía de ellos. De esa forma, el hombre de la calle se acostumbró a atribuir a los griegos el origen de todos sus padecimientos; intuyendo que por encima de él se tomaban continuamente decisiones que lo perjudicaban, se alegró de conocer por fin a los auténticos causantes de su infortunio. Mucho lo amargaba el verse despojado y explotado por gente extranjera. Ui sabía, por cierto, que el mundo estaba dominado por los más fuertes y que el orden natural consistía en que los grandes estuvieran por encima de los pequeños. Desde esta perspectiva, los padecimientos de los de abajo eran padecimientos naturales, e intentar suprimirlos no hubiera sido más que un intento criminal por trastocar el ordenamiento universal.

8

Y así, favorecido por la mala situación económica general y la depreciación del dinero, Ui organizó un gran partido. Para ello no necesitó gente particularmente valiosa ni una gran idea. Dejó la invención de ideas nuevas a cargo de esos individuos interesados exclusivamente en subvertir el orden existente y que, en vez de comportarse como hombres en las situaciones difíciles, intentan solucionar de cualquier forma los problemas. Es cierto que así desaparece la dificultad, pero con ella también el heroísmo. Ui se conformó con cultivar lo que ya había encontrado: el odio contra el helenismo, el deseo de ciertos círculos de contar con un gobierno fuerte, y el convencimiento de muchos de que Padua no podría subsistir sin conquistas territoriales. Llegó a ser lo que fue no por sus ideas, sino únicamente por su personalidad. A su aspecto exterior debía poco, y todo a su forma de aparecer en público. Era de estatura mediana, con tendencia a echar barriga. Según decían, su frente huidiza y, por lo tanto, el aspecto insignificante de su perfil, a punto estuvieron de ser la perdición del pintor Giacone; éste pasó unas semanas en prisión preventiva por un retrato que mostraba a Ui de perfil. Aunque llevara la cabeza cubierta, tenía un aspecto muy poco inteligente. Por eso andaba, invierno y verano, con la cabeza descubierta, y por eso estaba constantemente resfriado. Además, Ui era incapaz de reír y, menos aún, de sonreír; cuando lo intentaba, su cara adquiría en seguida una expresión lancinante.

También tuvo que combatir otras tendencias naturales suyas. Era histérico e irascible en grado sumo, y sucumbía fácilmente a accesos de llanto. Una extraña inhibición, que le impedía tomar decisiones, solía traerlo de cabeza a él y a quienes lo rodeaban.

En lo que a él mismo respecta, pudo decir, con derecho, que había sabido hacer algo de la nada.

Aprendió a hablar y a moverse en escena con un viejo actor que, como en sus tiempos de esplendor debió de haber representado al gran Colleone, le enseñó también su célebre postura con los brazos cruzados sobre el pecho. Pero en lo que más podía confiar era en sus ojos, que, sólo tras muchas apariciones en público, adquirieron un brillo extraordinario.

Concedía, y con razón, una importancia enorme a todos esos detalles exteriores. No disponía de nobleza de nacimiento ni de mucho dinero heredado, por lo que dependía enteramente de sí mismo.

Fragmento

A la espera de grandes temporales

En un viejo libro sobre los pescadores de las islas Lofoten leo lo siguiente: cuando se está a la espera de los grandes temporales, ocurre siempre que algunos pescadores amarran sus chalupas en la playa y se dirigen al interior, mientras que otros se hacen rápidamente a la mar. Si las chalupas se hallan en perfectas condiciones, estarán más seguras en alta mar que en la playa. Además, por grandes que sean los temporales, en alta mar es posible salvarlas gracias al arte de la navegación; en la playa, en cambio, son destrozadas hasta por las olas de tempestades pequeñas. Y para sus propietarios empieza, entonces, una vida muy dura.

El experimento

La trayectoria pública del gran Francis Bacon acabó como una burda parábola del engañoso refrán que dice: «Quien mal anda mal acaba». Siendo juez supremo del reino fue declarado culpable de un delito de corrupción y encerrado en la cárcel. Los años en que fue Lord canciller se cuentan, con todas las ejecuciones, concesiones de perjudiciales monopolios, órdenes de arresto ilegales y aprobaciones de sentencias prescritas, entre los más negros y oprobiosos de la historia de Inglaterra. Tras su desenmascaramiento y confesión, su fama mundial como humanista y filósofo dio a conocer sus delitos mucho más allá de las fronteras del reino.

Era ya un anciano cuando le permitieron abandonar la prisión y volver a su finca. Su cuerpo se hallaba debilitado por los esfuerzos que le había costado arruinar a otros y los sufrimientos que otros le infligieran al causar su ruina. Pero nada más llegar a casa, se sumergió en el estudio intensivo de las ciencias naturales. No habiendo logrado dominar a los hombres, consagró las fuerzas que le quedaban a investigar cómo podría la humanidad dominar mejor las fuerzas de la naturaleza.

Sus investigaciones, centradas en asuntos prácticos, lo sacaban continuamente del gabinete de trabajo para llevarlo a los campos, jardines y establos de su finca. Se pasaba horas enteras discutiendo con los jardineros sobre las posibilidades de mejorar mediante injertos los árboles frutales, o daba instrucciones a las criadas sobre cómo medir la producción lechera de las distintas vacas. Y un buen día reparó en un mozo de cuadra. Un valioso caballo había caído enfermo y el joven informaba al filósofo dos veces diarias sobre el estado del animal. Su celo y sus dotes de observación fascinaron al anciano.

Pero una noche, al entrar en el establo vio a una mujer mayor que, de pie junto al muchacho, le decía: «Es un hombre malo, cuídate de él. Pese a ser un gran señor y a tener dinero a porrillo, es malo. Te da de comer, de modo que haz tu trabajo a conciencia, pero no olvides que es una mala persona.»

El filósofo ya no oyó la respuesta del chico, porque dio media vuelta rápidamente y volvió a casa, pero a la mañana siguiente no advirtió ningún cambio en la actitud del joven hacia su persona.

Cuando el caballo estuvo otra vez sano, Bacon empezó a hacerse acompañar por el mozo en muchos de sus paseos y hasta le encomendó pequeñas tareas. Gradualmente se fue acostumbrando a hablar con él de algunos de sus experimentos,

y al hacerlo no utilizaba esas palabras que los adultos suelen considerar apropiadas al nivel de comprensión de los niños, sino que le hablaba como a una persona instruida. A lo largo de su vida había frecuentado a los más ilustres espíritus y raras veces lo habían comprendido, no porque fuera poco claro, sino porque lo era en demasía. No se preocupaba, pues, por las dificultades del joven, aunque lo corregía pacientemente cuando éste hacía sus pinitos con palabras extrañas para él.

El ejercicio principal del chico consistía en describir las cosas que veía y los procesos en los cuales participaba. El filósofo le hacía ver cuántas palabras había y cuántas eran necesarias para poder describir el comportamiento de una cosa de forma que fuera medianamente reconocible por la descripción y, sobre todo, que pudiera ser tratada en función de ella. También había unas cuantas palabras que más valía no emplear porque, en el fondo, no decían nada: palabras tales como «bueno», «malo», «bonito», etc.

Pronto se dio cuenta el mozo de que tenía muy poco sentido llamar «feo» a un escarabajo. Ni siquiera «rápido» era un calificativo suficiente; había que indicar cuán rápidamente se movía en comparación con otras criaturas de su talla, y lo que eso le permitía hacer. Había que ponerlo sobre una superficie inclinada y luego en otra plana, y hacer ruidos que lo ahuyentaran, o bien colocarle presas mínimas hacia las cuales pudiera desplazarse. Cuando uno llevaba un buen tiempo ocupándose de él, perdía «rápidamente» su fealdad. En cierta ocasión, el joven tuvo que describir un trozo de pan que llevaba en la mano cuando el filósofo se encontró con él.

—En este caso puedes emplear tranquilamente la palabra «bueno» —dijo el anciano—, porque el pan se hace para que los hombres lo coman y puede resultarles bueno o malo. Sólo cuando se trata de objetos más grandes, creados por la naturaleza no con fines determinados ni, mucho menos, para uso exclusivo de los hombres, resulta necio contentarse con palabras semejantes.

El joven pensó entonces en lo que le dijera su abuela sobre milord.

Fue haciendo rápidos progresos en la comprensión de muchas cosas, pues lo que había que entender era siempre muy tangible: que si el caballo había sanado por los remedios administrados, o si un árbol se secaba por culpa del tratamiento aplicado. También comprendió que siempre debía quedar una razonable duda respecto a si los métodos empleados eran realmente causantes de los cambios que se observaban. Aunque el chico apenas si captaba la importancia científica de las teorías del gran Bacon, la manifiesta utilidad de todas aquellas empresas lo entusiasmaba.

Entendía al filósofo de la siguiente manera: una nueva era había alboreado para el mundo. La humanidad acrecentaba sus conocimientos casi a diario, y todo este saber contribuía a incrementar el bienestar y la dicha terrenales. A la cabeza marchaba la ciencia, que exploraba el universo y todo cuanto existía en la Tierra —plantas, animales, suelo, agua, aire—, a fin de poder sacarle más provecho. Lo importante no

era lo que se creía, sino lo que se sabía. Se creían demasiadas cosas, y se sabían demasiado pocas. Por eso tenía que examinarlo todo uno mismo, con las manos, y hablar tan sólo de lo que viera con sus propios ojos y pudiera ser de algún provecho.

Tal era la nueva doctrina, y cada vez más gente se adhería a ella, entusiasmada y dispuesta a llevar a cabo las nuevas tareas.

Los libros desempeñaban un papel muy importante en todo aquello, aunque también los había malos. El muchacho tenía claro que debería aproximarse a los libros si deseaba contarse entre quienes iban a emprender esas nuevas tareas.

Por supuesto que nunca logró acceder a la biblioteca de la casa. Tenía que esperar a milord frente a los establos. Lo máximo que llegó a hacer una vez que el anciano llevaba varios días sin aparecer, fue fingir un encuentro con él en el parque. No obstante, cada vez era mayor su curiosidad por conocer el gabinete de trabajo, en el que noche tras noche ardía hasta muy tarde una lámpara. Desde un seto que había frente a la habitación pudo una vez echar una mirada a las estanterías.

Hasta que decidió aprender a leer.

Lo cual no era nada fácil. El párroco al que comunicó su deseo lo miró como a un bicho raro.

—¿Es que quieres leer el Evangelio del Señor a las vacas? —le preguntó malhumorado. Y el joven pudo darse con un canto en los pechos de marcharse sin recibir un bofetón.

Tuvo, pues, que elegir otro camino.

En la sacristía de la iglesia del pueblo había un misal. A ella podría acceder ofreciéndose para tirar de la cuerda de la campana. Y si lograba averiguar qué pasajes cantaba el cura durante la misa, quizás descubriera alguna relación entre las palabras y las letras. En cualquier caso, el muchacho empezó a memorizar las palabras latinas que oía cantar al cura, o al menos algunas de ellas. Hay que decir, eso sí, que éste pronunciaba las palabras muy confusamente, y muchas veces ni leía la misa.

De todas formas, al poco tiempo el joven ya era capaz de repetir algunos de los pasajes cantados por el párroco. El caballerizo lo sorprendió un día ensayando detrás del granero y le dio una paliza, pues creyó que estaba parodiando al cura. La bofetada llegó así finalmente a su destino.

Aún no había descubierto el chico en qué pasaje del misal figuraban las palabras cantadas por el cura, cuando sobrevino una gran catástrofe que, en principio, puso fin a sus esfuerzos por aprender a leer. Milord cayó víctima de una enfermedad mortal.

Había pasado todo el otoño muy delicado de salud, y aún no se había recuperado cuando, ya en invierno, emprendió un viaje en trineo abierto hasta una finca situada a varias millas de distancia. El joven, al que se le permitió acompañarlo, iba de pie en el patín trasero, junto al asiento del conductor.

Concluida la visita, el anciano volvía con paso torpe al trineo en compañía de su

anfitrión, cuando vio un gorrión helado a la orilla del camino. Se detuvo y le dio la vuelta con su bastón.

—¿Cuánto tiempo cree usted que lleva aquí? —le oyó preguntar al anfitrión el joven, que venía detrás con un botellón de agua caliente.

La respuesta fue:

—Desde una hora hasta una semana o más.

El pequeño anciano siguió caminando, pensativo, y se despidió de su anfitrión muy distraídamente.

—La carne aún está fresquísima, Dick —dijo volviéndose al joven cuando el trineo ya estaba en marcha.

Recorrieron un tramo de camino a gran velocidad, pues la noche empezaba a caer sobre los campos nevados y el frío aumentaba velozmente. Y fue así como, al doblar hacia el portón que daba acceso a la finca, atropellaron a un pollo aparentemente escapado del gallinero. El anciano observó los esfuerzos del cochero por esquivar al ave, que aleteaba torpemente, y le ordenó detenerse al ver que la maniobra había fallado.

Liberándose de las mantas y pieles que lo cubrían, se apeó del trineo y, apoyando un brazo en el muchacho, se dirigió, pese a las advertencias del cochero de que el frío era muy intenso, hacia el lugar donde yacía el pollo.

Estaba muerto.

El anciano dijo a Dick que lo levantara.

—¡Quítale las entrañas! —ordenó.

—¿No podría hacerlo en la cocina? —preguntó el cochero viendo a su amo allí de pie, tan frágil en aquel viento helado.

—No, es mejor aquí —dijo éste—. Seguro que Dick lleva consigo una navaja, y además necesitamos nieve.

El joven hizo lo que le ordenaron, y el anciano, que por lo visto había olvidado su enfermedad y el frío, se agachó y, haciendo un esfuerzo, cogió un puñado de nieve con la que rellenó cuidadosamente el interior del ave.

El joven comprendió. También él recogió nieve y se la dio a su maestro para que pudiera rellenar totalmente el pollo.

—Así se mantendrá fresco varias semanas —dijo el anciano muy animado—. Ponlo en el sótano, sobre las baldosas de piedra frías.

Recorrió a pie el trecho que quedaba hasta la puerta, un tanto agotado y apoyándose pesadamente en el joven, que llevaba el pollo relleno de nieve bajo el brazo.

Cuando entró en el salón, sintió escalofríos.

A la mañana siguiente estaba con fiebre altísima.

El muchacho iba de un lado a otro, preocupado, tratando de pescar cualquier

noticia sobre el estado de salud de su maestro. Se enteró de poco; en la gran finca la vida seguía imperturbablemente su curso. Sólo al tercer día se produjo un cambio: fue llamado al gabinete de trabajo.

El anciano yacía en un estrecho catre de madera, bajo muchas mantas, pero las ventanas del cuarto estaban abiertas y hacía frío. No obstante, el enfermo parecía estar ardiendo. Con voz temblorosa preguntó en qué estado se hallaba el pollo relleno de nieve.

El muchacho le dijo que se veía tan fresco como al principio.

—Estupendo —replicó el anciano en tono satisfecho—. Vuelve a informarme dentro de dos días.

Cuando salía, el joven lamentó no haber llevado consigo al ave. El maestro parecía estar menos enfermo de lo que afirmaban en el ala de la servidumbre.

Dos veces al día renovaba la nieve del relleno, y el pollo no había sufrido merma alguna en su integridad cuando, una vez más, Dick se encaminó a la habitación del enfermo.

Tropezó con una serie de obstáculos totalmente insólitos.

De la capital habían llegado varios médicos. En el pasillo vibraban voces susurrantes, imperiosas y sumisas, y por todas partes veíanse caras extrañas. Un criado que llevaba al cuarto del enfermo una bandeja cubierta por un gran paño lo hizo salir bruscamente.

Varias veces, a lo largo de toda la mañana y de la tarde, realizó vanos intentos por entrar en la habitación del enfermo. Los médicos desconocidos parecían querer instalarse en el castillo. Se le antojaban gigantescos pajarracos negros que se posaban sobre un hombre enfermo y ya indefenso. Al anochecer se escondió en un cuartito que daba al pasillo y en el que hacía mucho frío. No dejó de tiritar un instante, pero lo consideró un buen presagio, pues, en interés del experimento, era preciso que el pollo se conservara frío a cualquier precio.

Durante la cena bajó un poco la marea negra y el joven pudo colarse en la habitación del enfermo.

Este se hallaba solo; todos estaban comiendo. Junto al pequeño catre había una lámpara de cabecera con pantalla verde. La cara del anciano tenía un aire extrañamente apergaminado y una palidez cérea. Los ojos estaban cerrados, pero las manos se movían inquietas sobre la tiesa manta. El calor era muy fuerte en el cuarto, habían cerrado las ventanas.

El joven dio unos cuantos pasos hacia la cama, sosteniendo nerviosamente el pollo, y dijo varias veces en voz baja «milord». No obtuvo respuesta. Pero el enfermo no parecía dormir, pues sus labios se agitaban de rato en rato, como si estuviera hablando.

El muchacho decidió llamar su atención, convencido de la importancia de recibir

nuevas instrucciones en relación con el experimento. Pero antes de que pudiera tirar de la manta —tuvo que dejar en un sillón la caja donde guardaba el pollo—, sintió que lo aferraban por detrás y tiraban de él violentamente. Un hombre gordo de cara gris lo miró como a un asesino. El se liberó con gran presencia de ánimo y, cogiendo velozmente la caja, se escurrió fuera por la puerta.

En el pasillo tuvo la sensación de que el mayordomo que en aquel momento subía las escaleras lo había visto. Mal asunto. ¿Cómo podría él probar que estaba allí por orden de milord, para llevar a cabo un importante experimento? El anciano se hallaba totalmente a merced de los médicos; las ventanas cerradas de su habitación así lo demostraban.

Y, en efecto, vio a un criado atravesar el patio en dirección al establo, de modo que renunció a su cena y, después de bajar nuevamente el pollo al sótano, se escondió en el henil.

La indagación que pendía sobre él no lo dejó dormir tranquilo. No sin temor salió a la mañana siguiente de su escondite.

Nadie le prestó atención. En el patio reinaba un terrible alboroto. Milord había fallecido al amanecer.

El joven deambuló sin rumbo el día entero, como aturdido por un mazazo. Tenía la sensación de que jamás podría consolarse de la pérdida de su maestro. Cuando, al caer la noche, bajó al sótano con una escudilla llena de nieve, su pesar por la pérdida se transformó en pesar por el experimento inacabado, y derramó lágrimas sobre la caja. ¿Qué ocurriría con el gran descubrimiento?

Al volver al patio —sentía los pies tan pesados que se volvió a mirar si sus huellas en la nieve eran más profundas que de costumbre—, comprobó que los médicos londinenses aún no se habían marchado. Sus coches seguían allí.

Pese a su repulsa, decidió confiarles el descubrimiento. Eran hombres sabios y tendrían que darse cuenta de la trascendencia del experimento. Cogió la caja con el pollo congelado y se instaló detrás del pozo, ocultándose hasta que pasó uno de aquellos señores, un hombre regordete y de aspecto no demasiado temible. El chico salió de su escondite y le mostró la caja. Al principio la voz se le atascó en la garganta, pero luego consiguió articular su deseo en frases inconexas.

—Milord lo encontró muerto hace seis días, Excelencia. Lo rellenamos con nieve. Milord pensaba que se conservaría fresco. ¡Y mírelo usted mismo! ¡Se ha conservado fresquísimo!

El hombre regordete miró la caja, asombrado.

—¿Y qué más? —preguntó.

—No se ha descompuesto —dijo el muchacho.

—¡Ajá! —replicó el hombre regordete.

—¡Mírelo usted mismo! —insistió el otro.

—Ya lo veo —dijo el hombre regordete moviendo la cabeza. Y siguió su camino sin dejar de moverla.

El joven lo siguió con la mirada, boquiabierto. No lograba entender al hombre regordete. ¿Acaso no había muerto el anciano por apearse del trineo para realizar su experimento en el frío? Con sus propias manos había recogido la nieve del suelo. Aquello era un hecho.

Volvió lentamente hacia la puerta del sótano, pero se detuvo poco antes de llegar a ella; luego se volvió rápidamente y echó a correr en dirección a la cocina. Encontró al cocinero muy atareado, pues esperaban a cenar a algunos vecinos de la comarca que deseaban expresar su pésame.

—¿Qué quieres hacer con ese pájaro? —rezongó el cocinero, molesto—. ¡Está todo congelado!

—No importa —dijo el joven—. Milord dijo que no importaba.

El cocinero lo miró un momento con aire ausente, luego se dirigió pesadamente hacia la puerta con una gran sartén en la mano, sin duda para tirar algo.

El joven lo siguió, impaciente, con su caja en la mano.

—¿No se podría probar? —preguntó suplicante.

Al cocinero se le agotó la paciencia. Con sus poderosas manos cogió el pollo y lo tiró violentamente al patio.

—¿No se te ocurre nada mejor? —rugió fuera de sí—. ¡Milord acaba de morir!

Indignado, el muchacho recogió el pollo y desapareció con él.

Los dos días siguientes se destinaron a las ceremonias fúnebres. El chico estuvo muy atareado enganchando y desenganchando caballos, y dormía casi con los ojos abiertos, aunque cada noche renovaba la nieve de la caja. Todo le parecía sumido en la desesperanza, y la nueva era, concluida.

Pero al tercer día, el día del entierro, recién bañado y con sus mejores galas, sintió renacer su optimismo. Era un hermoso y sereno día invernal, y desde el pueblo llegaba el tañido de las campanas.

Lleno de nuevas esperanzas, bajó al sótano y contempló larga y atentamente al pollo muerto. No pudo descubrir en él la menor huella de putrefacción. Con cuidado metió al animal en la caja, la llenó de nieve blanca y limpia, se la puso bajo el brazo y se encaminó al pueblo.

Silbando de alegría entró en la diminuta cocina de su abuela. Ella lo había criado, pues sus padres murieron muy jóvenes, y gozaba de su confianza. Sin mostrarle de entrada el contenido de la caja, Dick explicó a la anciana, que se estaba vistiendo para ir al entierro, el experimento de milord.

Ella lo escuchó pacientemente.

—Pero eso lo sabe cualquiera —dijo por último—. Con el frío se ponen tiesos y se conservan un tiempo. ¿Qué hay de particular en todo eso?

—Creo que aún se puede comer —respondió el joven, esforzándose por parecer indiferente.

—¿Comerse un pollo muerto hace una semana? ¡Pero si es venenoso!

—¿Por qué? Si no ha sufrido ningún cambio desde que murió. Y lo mató el trineo de milord, de modo que estaba sano.

—¡Pero por dentro, por dentro ha de estar podrido! —dijo la anciana impacientándose un poco.

—No lo creo —dijo el joven con firmeza, clavando sus ojos claros en el ave—. Por dentro ha estado lleno de nieve todo el tiempo. Creo que lo cocinaré.

La anciana se indignó.

—Vendrás conmigo al entierro —dijo en tono concluyente—. Pienso que milord hizo por ti lo suficiente como para que ahora acompañes su ataúd como corresponde.

El joven no contestó. Mientras ella se ataba un pañuelo de lana negro a la cabeza, él sacó el pollo de la nieve, sopló los últimos restos que le quedaban y lo puso sobre dos leños que había frente a la estufa. Tenía que descongelarse.

La anciana ya ni lo miró. Cuando estuvo lista, lo cogió de la mano y se dirigió con él hacia la puerta.

El chico la siguió sumisamente un largo trecho. Aún había gente que iba al entierro, hombres y mujeres. De pronto, Dick lanzó un grito de dolor. Había metido un pie en un bache cubierto por la nieve. Lo sacó haciendo una mueca de dolor, avanzó a saltitos hasta una gran piedra y se sentó encima de ella, friccionándose el pie.

—Me lo he dislocado —dijo.

La anciana lo miró con desconfianza.

—Puedes caminar perfectamente —dijo.

—No —repuso él malhumorado—. Pero si no me crees, siéntate a mi lado hasta que mejore.

La anciana se sentó junto a él sin decir palabra.

Transcurrió un cuarto de hora. Aún seguían pasando vecinos del pueblo, aunque cada vez menos. Abuela y nieto continuaban, obstinados, a la orilla del camino. Hasta que la anciana preguntó en tono serio:

—¿No te enseñó que no hay que mentir?

El joven no respondió. La anciana se puso en pie suspirando. Sentía demasiado frío.

—Si no estás conmigo en diez minutos —dijo— le diré a tu hermano que te zurre la badana.

Y se puso otra vez en marcha, más de prisa, para no perderse la oración fúnebre.

El muchacho aguardó a que se hubiera alejado lo suficiente, y se levantó con toda calma. Luego dio media vuelta y echó a andar, aunque volviendo la mirada a menudo

y cojeando todavía un rato. Sólo cuando un seto lo ocultó a las miradas de la anciana recuperó su paso habitual.

En la choza se sentó junto al pollo y se puso a mirarlo, esperanzado. Lo herviría en una olla de agua y se comería un ala. Y entonces vería si era o no venenoso.

Aún estaba sentado cuando a lo lejos se oyeron tres salvas de artillería. Las habían disparado en honor de Francis Bacon, barón de Verulam, vizconde de St. Albans, ex Lord canciller de Inglaterra, un hombre que despertó aversión en no pocos de sus contemporáneos, pero que también supo entusiasmar a muchos por las ciencias prácticas.

El manto del hereje

Giordano Bruno, el hombre de Nola al que las autoridades de la Inquisición romana condenaron, el año 1600, a morir en la hoguera por herejía, es universalmente considerado un gran hombre no sólo por sus audaces —y luego comprobadas— hipótesis sobre los movimientos de los astros, sino también por su valerosa actitud frente a la Inquisición, a la que dijo: «Pronunciáis vuestra sentencia contra mí quizá con más temor del que yo siento al escucharla.» Cuando leemos sus escritos y encima echamos una ojeada a los informes sobre su actuación pública, sentimos que en verdad no nos falta nada para calificarlo de gran hombre. Y, sin embargo, hay una historia que acaso pueda aumentar todavía más nuestro respeto por él.

Es la historia de su manto.

Antes hay que saber cómo cayó en las manos de la Inquisición.

Un patricio veneciano, un tal Mocenigo, invitó al sabio a pasar una temporada en su casa para que lo instruyera en los secretos de la física y la mnemotecnia. Le brindó hospitalidad durante varios meses y obtuvo, a cambio, la instrucción acordada. Pero en vez de las clases de magia negra que él había esperado recibió tan sólo las de física. Quedó muy descontento porque éstas no le servían para nada. Los gastos que le ocasionara su huésped empezaron a pesarle, y repetidas veces lo exhortó seriamente a que le revelara los conocimientos secretos y lucrativos que un hombre tan famoso debía de poseer, sin duda alguna; al no conseguir nada de esta forma, lo denunció por carta a la Inquisición. Escribió que aquel hombre perverso y malagradecido había hablado mal de Cristo en su presencia, diciendo que los monjes eran asnos que estupidizaban al pueblo y afirmando asimismo, en contra de lo que decía la Biblia, que había no sólo uno, sino innumerables soles, etc. etc. Por consiguiente, él, Mocenigo, lo había encerrado en su desván y rogaba que enviasen pronto funcionarios a buscarlo.

Los funcionarios se presentaron un lunes, muy de madrugada, y se llevaron al sabio a las mazmorras de la Inquisición.

Aquello sucedió el lunes 25 de mayo de 1592, a las tres de la mañana, y desde entonces hasta el día en que subió a la hoguera, el 17 de febrero de 1600, el nolano no volvió a abandonar las mazmorras.

Durante los ocho años que duró el terrible proceso, Bruno luchó sin descanso por su vida, pero el combate que libró en Venecia, el primer año, contra su traslado a

Roma fue, quizá, el más desesperado.

En aquel período se sitúa la historia del manto.

En el invierno de 1592, cuando aún vivía en un albergue, se había mandado hacer un grueso manto a medida por un sastre llamado Gabriele Zunto. En el momento de su detención aún no había pagado la prenda.

Al enterarse del arresto, el sastre se precipitó a casa del señor Mocenigo en las proximidades de San Samuele para presentar su factura. Era demasiado tarde. Un criado del señor Mocenigo le señaló la puerta. «Ya hemos gastado más que suficiente en ese impostor», gritó tan alto en el umbral que algunos transeúntes volvieron la cabeza. «Mejor diríjase al Tribunal del Santo Oficio y dígales que tiene tratos con ese hereje.»

El sastre se quedó paralizado de temor en plena calle. Un grupo de golfillos lo había oído todo, y uno de ellos, un chiquilín harapiento y cubierto de granos, le lanzó una piedra. Cierto es que una mujer pobremente vestida se asomó por un portal y asestó una bofetada al pillastre, pero Zunto, un hombre viejo, sintió claramente que era peligroso ser alguien que «tuviera tratos con ese hereje». Echó a correr mirando alrededor medrosamente y volvió a su casa dando un largo rodeo. A su mujer nada le contó de su infortunio, y durante una semana ella no supo explicarse las razones de su abatimiento.

Pero el 1 de junio, mientras hacía cuentas, descubrió que un manto no había sido pagado por un cliente cuyo nombre estaba en boca de todo el mundo, pues el nolano era la comidilla de la ciudad. Corrían los rumores más terribles sobre su perversidad. No sólo había echado pestes contra el matrimonio, tanto en libros como en conversaciones, sino que había tratado de charlatán al mismo Cristo y afirmado las cosas más desquiciadas sobre el Sol. No era, pues, nada extraño que no hubiera pagado su manto. Y la buena mujer no tenía la menor intención de resignarse a esa pérdida. Tras una violenta discusión con su marido, la septuagenaria, vestida con sus mejores galas, se dirigió a la sede del Santo Oficio y reclamó, con cara de malas pulgas, los treinta y dos escudos que le debía el hereje allí encarcelado.

El funcionario con el que habló tomó nota de su petición y le prometió ocuparse del asunto.

Zunto no tardó en recibir una citación, y, temblando como un azogado, se presentó en el temido edificio. Para su gran sorpresa, no fue interrogado, sino solamente informado de que su petición sería tenida en cuenta cuando se examinaran los asuntos financieros del detenido. De todas formas, el funcionario le insinuó que no se hiciera muchas ilusiones.

El anciano quedó tan contento de salir bien librado por tan poco, que le agradeció humildemente. Pero su mujer no estaba nada satisfecha. Para compensar esa pérdida no le bastaba con que su marido renunciara a su copa vespertina y siguiera cosiendo

hasta muy entrada la noche. Con el pañero habían contraído deudas que no podían eludir. Se puso a chillar en la cocina y en el patio que era una vergüenza encerrar a un delincuente antes de que hubiera pagado sus deudas. Si fuera necesario, añadió, iría a ver al Santo Padre en Roma para recuperar sus treinta y dos escudos. «En la hoguera no necesitará ningún manto», gritó.

Contó a su confesor lo que les había pasado. Este le aconsejó pedir que al menos les devolvieran el manto. Viendo en ello el reconocimiento, por parte de una instancia eclesiástica, de que su reivindicación era legítima, la mujer declaró que no se contentaría con el manto, que sin duda ya habría sido usado y, además, estaba hecho a medida. Le hacía falta el dinero. Y como alzara un poco la voz llevada por su fervor, el sacerdote la echó fuera.

Esto la hizo entrar un poco en razón y la mantuvo tranquila unas semanas. Del edificio de la Inquisición no trascendió nada nuevo sobre el caso del hereje encarcelado. Pero en todas partes se rumoreaba que los interrogatorios iban sacando a luz monstruosas infamias. La vieja oía ávidamente todo aquel chismorreo. La atormentaba oír que el asunto del hereje tuviera todas las de perder. Aquel hombre jamás sería liberado ni podría pagar sus deudas. La mujer dejó de dormir por las noches, y en agosto, cuando el calor acabó de arruinar sus nervios, empezó a ventilar su queja a chorretadas en las tiendas donde compraba y ante los clientes que iban a probarse ropa. Insinuaba que los monjes cometían un pecado al despachar con tanta indiferencia las justas reclamaciones de un pequeño artesano. Los impuestos eran opresivos, y el pan acababa de subir nuevamente.

Una mañana, un funcionario se la llevó a la sede del Santo Oficio, donde la conminaron enérgicamente a poner fin a su malévolo cotilleo. Le preguntaron si no le daba vergüenza comadrear sobre un proceso religioso tan serio por unos cuantos escudos. Le dieron a entender que disponían de toda suerte de medios contra la gente de su calaña. Esto surtió efecto un tiempo, aunque cada vez que pensaba en la frase «por unos cuantos escudos», pronunciada por aquel fraile rechoncho, enrojecía de ira.

Hasta que en septiembre se rumoreó que el Gran Inquisidor de Roma había pedido el traslado del nolano. El asunto se estaba debatiendo en la Signoria.

La ciudadanía discutió acaloradamente esta petición de traslado, y la opinión era, en general, contraria. Los gremios no querían aceptar ningún tribunal romano por encima de ellos.

La vieja estaba fuera de sí. ¿Dejarían ahora que el hereje fuera trasladado a Roma sin haber saldado antes sus deudas? Aquello era el colmo. No bien hubo oído la increíble noticia cuando, sin molestarse siquiera en ponerse un vestido mejor, se precipitó a la sede del Santo Oficio.

Esta vez la recibió un funcionario de mayor rango que, curiosamente, fue mucho más complaciente con ella que los anteriores. Era casi de su misma edad y escuchó

sus quejas tranquila y atentamente. Cuando terminó, él le preguntó, tras una breve pausa, si deseaba hablar con Bruno.

En seguida dijo que sí. Y fijaron una entrevista para el día siguiente.

Aquella mañana, un hombrecillo enjuto, con una oscura barba rala, la abordó en un cuartucho minúsculo con ventanas enrejadas y le preguntó cortésmente qué deseaba.

Ella lo había visto cuando él fue a probarse el manto y recordaba bien su cara, pero esta vez no lo reconoció de inmediato. La tensión de los interrogatorios debía de haberle provocado un cambio.

La mujer dijo precipitadamente:

—El manto. No llegó a pagarlo.

El la miró asombrado unos segundos. Cuando por fin se acordó, le preguntó en voz baja:

—¿Cuánto le debo?

—Treinta y dos escudos —dijo ella—. Le enviamos la cuenta.

El se volvió hacia el funcionario alto y grueso que vigilaba la entrevista y le preguntó si sabía cuánto dinero se había depositado en la sede del Santo Oficio junto con sus demás pertenencias. El hombre lo ignoraba, pero prometió averiguarlo.

—¿Cómo está su esposo? —preguntó el prisionero volviéndose otra vez hacia la vieja, como si el asunto estuviera prácticamente zanjado, se hubieran establecido relaciones normales y aquello fuera una visita habitual.

Y la mujer, desconcertada por la amabilidad del hombrecillo, murmuró que estaba bien y hasta añadió algo sobre su reuma.

Sólo al cabo de dos días regresó a la sede del Santo Oficio, pues juzgó de buen tono darle tiempo al caballero para que efectuase sus pesquisas.

Y volvió a obtener permiso para hablar con él. Tuvo que esperar más de una hora en el cuartucho de las ventanas enrejadas, pues estaban interrogando al prisionero.

Por fin apareció éste con aire muy agotado. Como no había sillas, se apoyó ligeramente contra la pared. Pero fue en seguida al grano.

Con voz muy débil le dijo que, por desgracia, no estaba en condiciones de pagarle el manto. Entre sus pertenencias no había encontrado dinero en efectivo. Pero tampoco se trataba de perder las esperanzas, añadió. Le había dado vueltas al asunto y creía recordar que un hombre que había editado libros suyos en la ciudad de Frankfurt aún le debía dinero. Le escribiría, si allí se lo permitían. Al día siguiente solicitaría el permiso. Durante el interrogatorio de aquel día había tenido la impresión de que el ambiente no era particularmente favorable, por lo que había preferido no preguntar para no echarlo todo a perder.

La vieja lo escrutaba con sus penetrantes ojos mientras él iba hablando. Conocía los subterfugios y vanas promesas de los deudores morosos. Sus obligaciones les

importaban un rábano, y cuando se veían acorralado, fingían estar moviendo cielo y tierra.

—¿Para qué necesitaba entonces un manto si no tenía dinero con qué pagarlo? —preguntó con dureza.

El prisionero hizo un gesto con la cabeza para demostrarle que seguía su razonamiento. Y respondió:

—Siempre he ganado dinero con mis libros y mis clases. Por eso pensé que también ahora ganaría algo. Y creí necesitar el manto porque pensaba que aún seguiría rodando por el mundo.

Dijo esto sin la menor amargura, como si sólo hubiera querido no dejar a la anciana sin respuesta.

La vieja volvió a examinarlo de pies a cabeza, furibunda, pero a la vez con la sensación de que no llegaría a comprenderlo, y, sin añadir una sola palabra, dio media vuelta y salió precipitadamente del cuartucho.

—¿Quién se atrevería a enviar dinero a un hombre procesado por la Inquisición? —le espetó indignada a su marido aquella misma noche, en la cama. A él ya no le inquietaba la postura de las autoridades eclesiásticas sobre su persona, pero seguía desaprobando los infatigables intentos de su mujer por conseguir el dinero.

—Ahora tiene cosas más importantes en qué pensar —rezongó.

Ella no dijo nada.

Los meses siguientes transcurrieron sin que aconteciera nada nuevo en relación con el penoso asunto. A principios de enero se rumoreó que la Signoria estaba estudiando la posibilidad de acceder al deseo del Papa y entregar al hereje. Y los Zunto recibieron una nueva citación en la sede del Santo Oficio.

No se especificaba ninguna hora concreta, y la señora Zunto se apersonó una tarde. Llegó en un mal momento. El prisionero esperaba la visita del procurador de la República, de quien la Signoria había solicitado un dictamen sobre el asunto del traslado. La señora fue recibida por el funcionario de alto rango que tiempo atrás le consiguiera la primera entrevista con el nolano; el viejo le dijo que el prisionero había manifestado su deseo de hablar con ella, pero la invitó a que considerara si aquél era el momento adecuado, ya que el prisionero estaba pendiente de una entrevista sumamente importante para él.

Ella dijo que lo mejor sería preguntárselo.

Un funcionario salió y volvió al poco rato con el nolano. La entrevista tuvo lugar en presencia del funcionario de alto rango. Antes de que el prisionero, que sonrió a la señora desde el umbral, pudiera decir algo, la anciana le espetó:

—¿Por qué se comporta usted así si quiere seguir rodando por el mundo?

El hombrecillo pareció desconcertarse unos instantes. Había respondido a muchísimas preguntas aquellos tres meses y casi no recordaba el final de la última

entrevista que tuviera con la mujer del sastre.

—No me ha llegado el dinero —dijo por último—; he escrito dos veces pidiéndolo, pero no me ha llegado. He estado pensando que tal vez os interesaría recuperar el manto.

—Ya sabía yo que llegaríamos a esto —replicó ella en tono despectivo—. Está hecho a medida y es demasiado pequeño para la gran mayoría.

El nolano miró a la anciana con aire atormentado.

—No había pensado en esto —dijo volviéndose hacia el monje—. ¿No se podrían vender todas mis pertenencias y darle el dinero a esta gente?

—Me temo que no será posible —terció el funcionario que lo había acompañado, el alto y grueso—. El señor Mocenigo las reclama. Usted ha vivido largo tiempo a costa suya.

—Fue él quien me invitó —replicó el nolano con voz cansina.

El anciano levantó la mano.

—Eso aquí no viene a cuento. Pienso que hay que devolver el manto.

—¿Y qué haremos nosotros con él? —dijo la vieja obstinadamente.

El anciano se ruborizó ligeramente. Luego dijo con voz pausada:

—Querida señora, no le vendría mal un poco de caridad cristiana. El acusado está pendiente de una entrevista que puede ser de vida o muerte para él. No puede usted pedir que se interese únicamente por su manto.

La vieja lo miró insegura. De pronto recordó dónde estaba y se preguntó si no haría mejor en irse, cuando oyó que, a sus espaldas, el prisionero decía en voz baja:

—En mi opinión tiene derecho a protestar.

Y cuando la vieja se volvió hacia él, añadió.

—Le ruego que disculpe todo esto. No vaya a pensar que su pérdida me resulta indiferente. Elevaré una instancia al respecto.

El funcionario alto y grueso había abandonado el cuarto a una señal del anciano. En aquel momento regresó y, abriendo los brazos, dijo:

—El manto no nos ha sido entregado. Mocenigo se habrá quedado con él.

El nolano se asustó visiblemente. Luego dijo con firmeza:

—No es justo. Me querellaré contra él.

El anciano movió la cabeza.

—Mejor preocúpese de la conversación que habrá de mantener dentro de unos minutos. No puedo permitir que aquí se siga discutiendo por unos cuantos escudos.

A la vieja se le subió la sangre a la cabeza. Había guardado silencio mientras hablaba el nolano, mirando, enfurruñada, uno de los rincones de la habitación. Pero en ese momento se le agotó la paciencia:

—¡Unos cuantos escudos! —exclamó—. ¡Es la ganancia de todo un mes! Para usted es muy fácil practicar la caridad. ¡No pierde nada!

En aquel instante se acercó a la puerta un monje muy alto.

—Ha llegado el procurador —dijo a media voz, mirando con sorpresa a la vieja chillona.

El funcionario alto y grueso cogió al nolano por la manga y lo condujo fuera. El prisionero se volvió a mirar a la mujer hasta que cruzó el umbral. Su enjuto rostro estaba muy pálido.

La vieja bajó las escaleras de piedra del edificio un tanto conturbada. No sabía qué pensar. Después de todo, el hombre había hecho cuanto estaba a su alcance.

No quiso entrar en el taller cuando, una semana más tarde, el funcionario alto y grueso les trajo el manto. Pero pegó la oreja a la puerta y le oyó decir:

—Lo cierto es que pasó estos últimos días muy preocupado por el manto. Presentó una instancia dos veces, entre interrogatorios y entrevistas con las autoridades de la ciudad, y varias veces solicitó audiencia con el nuncio para tratar del asunto. Al final logró imponerse. Mocenigo tuvo que devolver el manto que, dicho sea de paso, ahora le hubiera venido de maravilla, pues ha sido entregado y esta misma semana lo trasladarán a Roma. Era cierto. Estaban a finales de enero.

La herida de Sócrates

Sócrates, el hijo de la comadrona, que en sus diálogos supo ayudar a sus amigos con tanta facilidad y entre jugosas bromas a dar a luz ideas bien proporcionadas, proveyéndolos así de hijos propios, en vez de endilgarles bastardos como hacían otros maestros, pasaba por ser no sólo el más inteligente de todos los griegos, sino también uno de los más valientes. Su fama de hombre valeroso nos parece totalmente justificada cuando leemos en Platón con qué tranquilidad e impavidez apuró la copa de cicuta que las autoridades acabaron ofreciéndole como reconocimiento por los servicios prestados a sus conciudadanos. No obstante, algunos de sus admiradores han creído necesario hablar también de su valor en el campo de batalla. Es un hecho que combatió en la batalla de Delium entre las tropas de infantería ligera, ya que ni por su condición —era zapatero—, ni por sus ingresos —era filósofo— fue admitido a servir en las armas de mayor prestigio y relevancia. Sin embargo, su valentía era de índole muy peculiar, como podrá suponerse.

La mañana de la batalla Sócrates se había preparado lo mejor posible para el sangriento suceso mascando cebollas, cosa que, en opinión de los soldados, infundía valor. Su escepticismo en muchos campos lo predisponía a la credulidad en muchos otros; estaba en contra de la especulación mental y a favor de la experiencia práctica; por eso no creía en los dioses, pero sí en las cebollas.

Por desgracia no sintió ningún efecto real, al menos no inmediato, de modo que echó a caminar, con aire sombrío, entre un destacamento de hoplitas que avanzaba en fila india a tomar posición en alguna rastrojera. Delante y detrás de él marchaban a trompicones jóvenes atenienses de los suburbios, que le hicieron ver que los escudos de las armerías atenienses eran demasiado pequeños para proteger a la gente gorda como él. Sócrates ya había pensado lo mismo, sólo que en términos de gente *ancha*, que no quedaba cubierta ni a medias por aquellos escudos estrechos y ridículos.

El intercambio de opiniones entre el hombre que lo precedía y el que venía detrás sobre los beneficios obtenidos por los grandes forjadores de armas con esos escudos tan pequeños se vio interrumpido por la voz de «¡Alto, ocupar las posiciones!»

Se dejaron caer sobre la rastrojera, y el capitán le echó una reprimenda a Sócrates por intentar sentarse encima de su escudo. Más que el rapapolvo mismo lo inquietó la voz asordinada del oficial. Por lo visto, el enemigo debía de andar cerca.

La lechosa niebla matinal impedía la visibilidad. Pero los ruidos de pasos y el

entrechocar de las armas indicaban que la llanura estaba ocupada.

Con sumo desagrado recordó Sócrates una conversación que mantuviera la noche anterior con un joven noble, a quien había conocido un día entre los bastidores de un teatro y que era oficial de caballería.

«¡Un plan fantástico!», había exclamado el joven lechuguino. «La infantería se queda simplemente en su puesto, en perfecto orden de combate, y para la acometida del enemigo. Entretanto, la caballería avanza por la hondonada y lo ataca por la retaguardia.»

La hondonada debía de estar bastante lejos, hacia la derecha, perdida entre la niebla. Por allí estaría avanzando la caballería en aquel momento.

A Sócrates el plan le había parecido bueno o, en cualquier caso, no tan malo. Continuamente se hacían planes, sobre todo cuando se era menos fuerte que el enemigo. Pero en realidad la gente se limitaba a pelear, es decir, a machacarse unos a otros. Y no avanzaba por donde el plan lo prescribía, sino por donde el enemigo lo permitía.

Y en aquel momento, a la grisácea luz del alba, Sócrates encontró ese plan francamente pésimo. ¿Qué significaba eso de que la infantería debía «parar la acometida del enemigo»? En general uno se alegra cuando puede esquivar una acometida, y resulta que ahora el arte consistía en pararla. Mal asunto que el general fuera de caballería.

El soldado de a pie necesitaba más cebollas de las que había en el mercado.

¡Y qué antinatural era, en vez de estar descansando en la cama, quedarse sentado allí en el suelo, en medio del campo y a esa hora tan temprana, con al menos diez libras de hierro pegadas al cuerpo y en la mano un cuchillo de carnicero! Era justo defender la ciudad si la atacaban, pues de lo contrario uno quedaba expuesto a grandes contratiempos; pero, ¿por qué atacaban la ciudad? Porque los armadores, viñeros y traficantes de esclavos establecidos en Asia Menor habían puesto miles de obstáculos a los armadores, viñeros y traficantes de esclavos oriundos de Persia. ¡Vaya motivo!

De pronto se quedaron todos de piedra.

A través de la niebla llegó un vocerío sordo por el lado izquierdo, acompañado de un estruendo metálico que se propagó con extraordinaria rapidez. El ataque del enemigo había comenzado.

El destacamento se levantó. Con ojos desorbitados se dedicaron a escrutar la niebla que los rodeaba. A diez pasos de distancia cayó un hombre de rodillas y farfulló una invocación a los dioses. Demasiado tarde, en opinión de Sócrates.

Y al instante, como una respuesta, resonó un bramido horrendo algo más a la derecha. El grito de auxilio parecía haberse convertido en un alarido de muerte. De entre la niebla vio surgir Sócrates una barrita de hierro. ¡Un dardo!

Y luego aparecieron, difuminadas por la bruma, unas siluetas compactas: los enemigos.

Abrumado por la sensación de haber esperado quizá demasiado tiempo, Sócrates se volvió torpemente y echó a correr. Su peto y las pesadas espinilleras suponíanle un considerable estorbo. Eran mucho más peligrosas que los escudos, pues no era fácil desprenderse de ellas.

Acezando corría el filósofo por la rastrojera. Todo dependía de que pudiera sacarles suficiente ventaja. Confiaba en que los valientes muchachos que venían detrás parasen la acometida durante un rato.

De pronto lo atravesó un dolor infernal. La planta del pie izquierdo le ardió tanto que creyó que no lo soportaría. Se dejó caer al suelo, gimiendo, pero volvió a incorporarse con un nuevo grito de dolor. Con ojos extraviados miró a su alrededor y lo comprendió todo. ¡Se había metido en un zarzal!

Era una maraña de setos bajos erizados de espinas muy punzantes. Una de ellas debía de habérsele clavado en el pie. Cautelosamente, con los ojos empañados por las lágrimas, buscó en el suelo un lugar donde poder sentarse. Dio unas cuantas vueltas a la pata coja antes de caer sentado por segunda vez. Tenía que arrancarse la espina en seguida.

Prestó oído atento al fragor de la batalla: se hallaba aún bastante lejos a ambos lados, aunque frente a él debía de estar a unos cien pasos. De todas formas, parecía acercarse lenta, pero inconfundiblemente.

Sócrates no podía quitarse la sandalia. La espina había atravesado la fina suela de cuero para incrustarse profundamente en la carne. ¡Cómo podían darles un calzado tan ligero a unos soldados que iban a defender a su patria contra el enemigo! Cada tirón que daba a la sandalia era seguido de un dolor punzante. Exhausto, el pobre hombre hundió sus macizos hombros. ¿Qué hacer?

Su turbia mirada descubrió la espada que había a su lado. Y una idea iluminó su mente, una idea que obtuvo mejor acogida que cualquiera de las que solían ocurrírsele en sus discusiones. ¿Podría utilizarse la espada como cuchillo? Y echó mano de ella.

En aquel momento oyó un ruido de pasos sordos. Un pequeño destacamento irrumpió de entre los matorrales. ¡Gracias a los dioses, eran de los suyos! Se detuvieron unos segundos al verlo. «Es el zapatero», les oyó decir. Luego siguieron su camino.

Pero por la izquierda llegó también un ruido. Y voces de mando en una lengua extraña: ¡los persas!

Sócrates intentó ponerse otra vez en pie, pisando con el pie derecho. Se apoyó en la espada, que le resultó un poco corta, aunque muy poco. Y en seguida vio aparecer por la izquierda, en un pequeño claro, un ovillo de soldados combatiendo. Oyó

gemidos y el sordo impacto del hierro contra el hierro o el cuero.

Desesperado, retrocedió saltando sobre el pie sano, y al tratar de apoyar nuevamente el herido se derrumbó gimiendo. Cuando el ovillo de combatientes, que no era muy grande (quizá unos veinte o treinta hombres), hubo llegado a pocos pasos de distancia, el filósofo ya se había sentado sobre sus posaderas, entre dos arbustos espinosos y observaba, desamparado, al enemigo.

Le resultaba imposible moverse. Cualquier cosa era preferible a sentir una vez más aquel dolor en la planta del pie. No sabía qué hacer, y de pronto empezó a vociferar.

Para ser más exacto: se oyó bramar a sí mismo. De su poderosa caja torácica oyó salir un bramido como de trompa:

—¡Por aquí, tercer batallón! ¡Duro con ellos, muchachos!

Y al mismo tiempo se vio a sí mismo coger la espada y blandiría en derredor trazando círculos, pues frente a él había un soldado persa que, armado con una lanza, acababa de surgir de los arbustos. La lanza, proyectada lateralmente, arrastró al hombre tras de sí.

Y Sócrates se oyó bramar por segunda vez y decir:

—¡Ni un paso atrás, muchachos! ¡Ya los tenemos donde queríamos a esos hijos de perra! ¡Crapolos, adelante con el sexto! ¡Nullos, a la derecha! ¡Haré trizas al primero que retroceda!

Con gran sorpresa vio que, junto a él, dos de los suyos lo miraban aterrados.

—¡Rugid! —dijo en voz baja—. ¡Por lo que más queráis, rugid!

A uno de ellos se le desencajó la mandíbula de puro miedo, pero el otro empezó realmente a rugir. Y el persa que tenían delante se incorporó torpemente y desapareció entre las malezas.

Desde el claro llegaron trastabillando una docena de hombres exhaustos. Los persas habían huido al oír el griterío. Temían una emboscada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó a Sócrates, que seguía sentado en el suelo, uno de sus compatriotas.

—Nada —dijo éste—. No os quedéis allí mirándome boquiabiertos. Corred de un lado a otro dando órdenes, no sea que se den cuenta de cuán pocos somos.

—Mejor retrocedamos —dijo el hombre con voz titubeante.

—Ni un solo paso —protestó Sócrates—. ¿Os habéis vuelto gallinas?

Y como a un soldado no le basta con tener miedo, sino que también necesita suerte, se oyó de pronto a bastante distancia, aunque muy claramente, un galope de caballos y un salvaje vocerío: ¡gritos proferidos esta vez en griego! Todo el mundo sabe lo desastrosa que fue la derrota de los persas aquel día. Puso fin a la guerra.

Cuando Alcibíades llegó al zarzal a la cabeza de la caballería, vio un grupo de soldados de infantería que llevaba a hombros a un hombre gordo.

Al detener su caballo reconoció a Sócrates, y los soldados le contaron cómo aquel hombre, con su inquebrantable resistencia, había logrado que la vacilante fila de combate se mantuviera firme.

Lo llevaron triunfalmente hasta la columna de avituallamiento, donde, a pesar de sus protestas, fue instalado sobre uno de los carros de forraje. Así, rodeado de soldados sudorosos y vociferantes, volvió el filósofo a la ciudad.

Fue llevado a hombros hasta su modestísima casa.

Xantipa, su mujer, le estaba preparando una sopa de judías. Arrodillada ante el hogar, soplaba el fuego con ambos carrillos y de rato en rato le lanzaba miradas furtivas. El seguía en la silla en que lo habían sentado sus camaradas.

—¿Qué *te* ha ocurrido? —preguntó ella en tono suspicaz.

—¿A mí? —murmuró él—. Nada.

—¿Y qué hay de cierto en lo que cuentan sobre tus hazañas? —quiso saber ella.

—Exageraciones —dijo Sócrates—. ¡Qué bien huele esa sopa!

—¿Cómo va a oler, si todavía no he encendido el fuego? Seguro que habrás hecho otra de tus payasadas, ¿eh? —replicó ella furiosa—. Mañana volveré a ser el hazmerreír de todo el mundo cuando salga a buscar un panecillo.

—No he hecho ninguna payasada. He combatido.

—¿Estabas borracho?

—No, logré que se mantuvieran firmes cuando empezaban a retroceder.

—Pero si ni siquiera eres capaz de mantenerte firme tú mismo —dijo ella levantándose porque la leña ya ardía—. Alcánzame el salero de la mesa.

—No sé —dijo él lentamente y con aire pensativo—, no sé si me convendría más no comer nada. Tengo el estómago un poco estropeado.

—Ya lo decía yo, estás borracho. Intenta ponerte en pie y camina un poco por la habitación, que luego ya veremos.

La injusticia de su mujer lo exasperaba. Pero bajo ningún concepto quería levantarse y hacerle ver que no podía apoyar el pie. Ella era habilísima cuando se trataba de descubrir algún aspecto desfavorable de su persona. Y desfavorable sería para él revelarle la razón fundamental de su firmeza durante la batalla.

Mientras seguía ocupada con la marmita que había puesto al fuego, Xantipa le comunicó lo que pensaba.

—Estoy convencida de que tus nobles amigos te consiguieron algún puesto seguro en la retaguardia, junto a la cocina de campaña. Un buen arreglo bajo cuerda.

A través del ventanuco, Sócrates, atormentado, miró la calle por la que pasaba mucha gente llevando linternas blancas, pues estaban celebrando la victoria.

Sus nobles amigos no habían intentado nada similar, y él tampoco lo habría aceptado, en todo caso no así como así.

—¿O acaso encontraron lógico y natural que el zapatero remendón marchara con

ellos? No moverían un dedo por ti. Es zapatero, dicen, y zapatero ha de morir. Cómo, si no, podríamos ir a verlo a su cubículo y charlar horas con él para luego oír que todos dicen: fijaos, por muy remendón que sea, siempre hay gente distinguida que se sienta a su lado y conversa con él sobre filersofía. ¡Vaya gentuza!

—Se dice filerfobia —replicó él impasible.

Xantipa le lanzó una mirada torva.

—Siempre me andas corrigiendo. Ya sé que soy una ignorante. Si no lo fuera, no tendrías a nadie que de vez en cuando te acercara un cubo de agua para lavarte los pies.

Sócrates se estremeció al oírla y confió en que no hubiera notado nada. Ese día había que evitar a toda costa el pediluvio. Gracias a los dioses, Xantipa reanudó su discurso:

—De modo que no estabas borracho ni tus amigos te consiguieron un puesto seguro en la retaguardia. Pues entonces te habrás comportado como un carnicero. A que tienes las manos ensangrentadas, ¿verdad que sí? Pero cuando yo aplasto una araña, pones el grito en el cielo. No me creo eso de que estuvieras a la altura de las circunstancias, pero supongo que alguna picardía habrás hecho para que ahora te den palmaditas en la espalda. Ya averiguaré la verdad, no te preocupes.

La sopa estaba lista. Olía tentadoramente. La mujer retiró la marmita y, cogiendo las asas con su vestido, la colocó sobre la mesa y empezó a servir.

Sócrates se preguntó si no le convendría recuperar el apetito. Pero la idea de tener que acercarse a la mesa lo contuvo a tiempo.

No las tenía todas consigo. Sentía claramente que el asunto aún no había concluido. Seguro que en los días siguientes lo esperaban momentos muy desagradables. No dejarían en paz a alguien que hubiera decidido una batalla contra los persas. Ahora, en los primeros instantes de júbilo por la victoria, era lógico que no pensaran en aquel a quien se la debían. Todos estaban ocupadísimos pregonando sus propias hazañas. Pero al día siguiente o dentro de dos días, cada cual vería a su colega reivindicar para sí todo el mérito, y entonces preferirían encumbrarlo a él. Muchos podrían enmendarle la plana a otros muchos proclamando al zapatero como el auténtico héroe de la jornada. A Alcibíades, por ejemplo, le guardaban cierta inquina. Con mucho gusto le gritarían: tú ganaste la batalla, pero un remendón la peleó hasta el final.

Y la espina le dolía más que nunca.

Si no se quitaba pronto la sandalia, podría venirle una septicemia.

—No hagas ruido al comer —dijo distraído.

La mujer se quedó con la cuchara en la boca.

—¿Que no haga qué?

—Nada —se apresuró a asegurar él, asustado—. Estaba pensando en algo.

Ella se levantó fuera de sí, puso la marmita sobre el fuego y salió precipitadamente.

Sócrates lanzó un suspiro de alivio. Al instante se levantó de la silla como pudo y avanzó cojeando hasta su lecho, al tiempo que miraba alrededor nerviosamente. Cuando ella volvió por su mantón para salir, observó con recelo al marido que yacía inmóvil en su hamaca revestida de cuero. Por un instante pensó que algo debía de ocurrirle. Hasta consideró la posibilidad de preguntárselo, pues le tenía un gran afecto. Pero se lo pensó dos veces y abandonó, malhumorada, la habitación para asistir con su vecina a los festejos.

Sócrates durmió mal y se despertó preocupado. Había logrado quitarse la sandalia, mas no la espina. Tenía el pie muy hinchado.

Aquella mañana su mujer estaba menos irascible.

La noche anterior había oído a toda la ciudad hablar de su marido. Algo tenía que haber sucedido realmente para que la gente estuviera tan impresionada. Pero que él solo hubiera detenido a una columna de combatientes persas, era algo que no le cabía en la cabeza. El no, se decía a sí misma. Tener en vilo a toda una audiencia con sus preguntas, eso sí que podía. Pero no a una fila de combatientes. ¿Qué habría podido ocurrir?

Estaba tan insegura que le acercó la leche de cabra a la cama.

El no hizo ningún ademán de levantarse.

—¿No te apetece salir? —preguntó ella.

—Para nada —rezongó él.

No eran maneras de responder a una amable pregunta de su esposa, pero Xantipa pensó que tal vez sólo quería evitar exponerse a las miradas de la gente, y dejó pasar la respuesta.

A primera hora de la mañana empezaron a llegar visitas.

Unos cuantos jóvenes, hijos de familias adineradas, el círculo habitual del filósofo. Lo trataban siempre como a su maestro, y algunos hasta anotaban lo que él iba diciendo, como si fuera algo muy especial.

Aquel día le contaron en seguida que toda Atenas se hacía eco de su hazaña. Era una fecha histórica para la filosofía (de modo que ella había tenido razón, se decía filersofía y no otra cosa). Sócrates había demostrado, añadieron, que un gran espíritu contemplativo también puede ser un gran hombre de acción.

Sócrates los escuchó sin su habitual espíritu burlón. Mientras hablaban, él creyó oír muy a lo lejos, como se oye una tormenta remota, una carcajada monstruosa, la carcajada de toda una ciudad, incluso de todo un país, muy lejana, pero que se acercaba irresistiblemente, contagiando a todo el mundo: a los transeúntes en las calles, a los mercaderes y políticos en el mercado, a los artesanos en sus pequeños talleres.

—Lo que decís es totalmente absurdo —dijo con súbita resolución—. Yo no he hecho nada.

Los jóvenes se miraron sonrientes. Luego uno de ellos dijo:

—Exactamente lo que dijimos nosotros. Sabíamos que te lo tomarías así. ¿A qué viene de pronto tanto griterío? preguntamos a Eusópulo frente a los gimnasios. Sócrates leva ya diez años realizando las mayores proezas intelectuales y nadie se ha vuelto nunca a mirarlo. Ahora acaba de ganar una batalla y toda Atenas habla de él. ¿No os dais cuenta de lo vergonzoso que es todo esto?, preguntamos.

Sócrates lanzó un gemido.

—Pero si yo no la he ganado. Me defendí porque me atacaron. Esa batalla no me interesaba. No soy armero ni tengo viñedos en los alrededores. No sabría para qué librar batallas. Me hallaba entre gente sensata proveniente de los suburbios, gente sin ningún interés en combatir, e hice exactamente lo que ellos hacían; a lo sumo me les adelanté unos segundos.

Los jóvenes estaban atónitos.

—Así es —exclamaron—; es lo mismo que dijimos nosotros. No hizo otra cosa que defenderse. Es su manera de ganar batallas. Permítenos volver a toda prisa a los gimnasios. Interrumpimos un diálogo sobre este tema sólo para darte los buenos días.

Y se marcharon, voluptuosamente enfrascados en una discusión.

Sócrates yacía en silencio, apoyado en ambos codos y mirando el techo ennegrecido por el humo. Sus sombríos presentimientos no lo habían engañado.

Su mujer lo observaba desde uno de los rincones de la habitación. Estaba zurciendo mecánicamente una vieja prenda de vestir.

De pronto preguntó en voz baja:

—Bueno, ¿qué hay detrás de todo esto?

El se estremeció y le lanzó una mirada insegura.

Era una mujer consumida por el trabajo, con los pechos lisos como una tabla y un par de ojos muy tristes. El sabía que podía confiar en ella. Xantipa le seguiría brindando apoyo cuando sus propios discípulos dijeran de él. ¿Sócrates? ¿No es aquel zapatero perverso que reniega de los dioses? Le había tocado en suerte un mal marido, pero ella no se quejaba, excepto a él mismo. Y no había habido una sola noche en la que él, al volver hambriento de donde sus discípulos ricos, no hubiera encontrado un panecillo y un trozo de tocino en la repisa.

Se preguntó si no debería contárselo todo. Pero luego pensó que en los días siguientes se vería obligado a decir delante de ella todo tipo de mentiras y falsedades cuando viniera a verlo gente que, como aquellos jóvenes, le hablara de sus proezas. Y eso le sería imposible si ella sabía la verdad, porque él la respetaba.

Dejó, pues, las cosas como estaban y sólo comentó:

—La habitación entera huele otra vez a la sopa de judías de ayer.

Ella se limitó a lanzarle otra mirada recelosa.

Claro que no estaban en condiciones de tirar la comida. El solamente intentaba distraer la atención de Xantipa, cada vez más convencida de que algo le ocurría a su marido. ¿Por qué no se levantaba? Siempre se levantaba tarde, pero sólo porque se acostaba siempre tarde. El día anterior se había ido a la cama muy temprano. Y ahora la ciudad entera estaba en pie debido a los festejos. Las tiendas de la calle habían cerrado todas. Una parte de la caballería había regresado a las cinco de la madrugada tras perseguir al enemigo, todos habían oído el ruido de los cascos. Las multitudes eran una de sus pasiones. En días así él se quedaba de la mañana a la noche en la calle, hablando con todo el mundo. ¿Por qué esta vez no se levantaba?

El vano de la puerta se oscureció y entraron cuatro magistrados. Se quedaron de pie en el centro de la habitación, y uno de ellos dijo en tono rutinaria, aunque extremadamente cortés, que tenía la misión de conducir a Sócrates al Areópago. El general Alcibíades había solicitado personalmente que se le rindieran honores por sus hazañas bélicas.

Un murmullo procedente de la calle vino a indicar que los vecinos se estaban agolpando ante la casa.

Sócrates sintió que empezaba a sudar frío. Sabía que esta vez tendría que levantarse y, aunque se negara a ir con ellos, decir por lo menos algo amable y acompañar luego a esa gente hasta la puerta. Y sabía que no podría dar más de dos pasos, como mucho. Y que entonces ellos se fijarían en su pie y se enterarían de todo. Y ahí mismo estallaría la descomunal carcajada.

De modo que, en vez de levantarse, se dejó caer otra vez sobre su dura almohada y dijo en tono malhumorado:

—No necesito honores de ningún tipo. Decid en el Areópago que estoy citado con unos amigos a las once para discutir sobre una cuestión filosófica que nos interesa y que, por consiguiente, lamento mucho no poder acudir. Soy la persona menos indicada para participar en actos públicos y, además, estoy cansadísimo.

Añadió esto último porque le molestaba haber mezclado a la filosofía en aquel lío, y dijo lo primero porque esperaba que la forma más fácil de liberarse de ellos sería mostrándose grosero.

Los magistrados entendieron también este lenguaje. Giraron sobre sus talones y se marcharon, pisando a la gente del pueblo congregada fuera.

—Ya te enseñaré a ser cortés con las autoridades —comentó su mujer malhumorada y se dirigió a la cocina.

Sócrates esperó a que saliera y, girando rápidamente su pesado corpachón, se sentó al borde de la cama e intentó, sin dejar de mirar hacia la puerta, apoyar con infinita precaución el pie enfermo en el suelo. Parecía algo imposible.

Bañado en sudor, volvió a recostarse.

Pasó media hora. Cogió un libro y se puso a leer. Manteniendo el pie inmóvil, no sentía casi nada.

Luego apareció su amigo Antístenes.

Sin quitarse el pesado manto, se quedó al pie de la cama, tosió algo convulsivamente y se rascó la hirsuta barba del cuello al tiempo que miraba a Sócrates.

—¿Sigues en la cama? Pensé que sólo encontraría a Xantipa. Me he levantado expresamente para preguntar por ti. Ayer estuve muy resfriado y por eso no pude unirme a vosotros.

—Siéntate —dijo Sócrates lacónico.

Antístenes cogió una silla del rincón y se sentó junto a su amigo.

—Esta misma noche reanudaré las lecciones. No hay motivo alguno para interrumpirlas por más tiempo.

—No.

—Claro que me pregunto si vendrán. Hoy son los grandes festines. Pero viniendo a tu casa me encontré con el joven Festón, y cuando le dije que esta noche daría álgebra, se mostró entusiasmadísimo. Le dije que podía venir con casco. Protágoras y los otros se pondrán furiosos cuando oigan comentar que Antístenes dio su lección de álgebra la noche después de la batalla.

Sócrates se columpiaba suavemente en su hamaca, apoyando la palma de la mano contra la pared un tanto oblicua para darse impulso. Con sus ojos saltones miraba inquisitivamente a su amigo.

—¿Te encontraste con alguien más?

—Con mucha gente.

Sócrates miró hacia el techo, malhumorado. ¿Debía confesarle a Antístenes la cruda verdad? Se sentía bastante seguro de su amigo. El mismo nunca aceptaba dinero por sus lecciones y no le hacía, por lo tanto, ninguna competencia a Antístenes. Tal vez debería exponerle el difícil caso.

Antístenes clavó en el amigo sus chispeantes ojos de grillo, llenos de curiosidad, y le dijo:

—Gorgias anda contándole a todo el mundo que seguramente intentaste huir y, en la confusión, seguiste un camino equivocado, avanzando en vez de retroceder. Unos cuantos jóvenes de pro quieren darle una paliza por haber dicho eso.

Sócrates lo miró desagradablemente sorprendido.

—Absurdo —comentó enojado. Y de repente vio qué armas pondría en manos de sus enemigos si se quitaba la careta.

Aquella noche, ya hacia la madrugada, pensó que quizás podría presentar todo el caso como un experimento y decir que había querido ver hasta dónde llegaba la credulidad de la gente. «Llevo veinte años predicando el pacifismo por calles y

plazas, y basta un rumor para que mis propios discípulos me consideren un guerrero furibundo», etc., etc. Pero en ese caso hubieran debido perder la batalla. Aquel era, a todas luces, un mal momento para el pacifismo. Después de una derrota, hasta los de arriba eran durante un tiempo pacifistas; después de una victoria, hasta los de abajo eran partidarios de la guerra, al menos mientras se daban cuenta de que, para ellos, no había mucha diferencia entre victoria y derrota. No, en ese momento no podía esgrimir como arma el pacifismo.

Desde la calleja llegó un ruido de cascos. Un grupo de jinetes se detuvo ante la casa y, con paso alado, hizo su entrada en ella Alcibíades.

—Buenos días, Antístenes. ¿Qué tal va el negocio de la filosofía? Están fuera de sí —exclamó radiante—. En el Areópago están furiosos por tu respuesta, Sócrates. Por gastarles una broma, cambié mi petición de que te ciñeran la corona de laurel por la de que te dieran cincuenta bastonazos. Y claro que esto los irritó, porque era exactamente lo que estaban deseando. Pero tendrás que ir. Iremos los dos juntos, a pie.

Sócrates suspiró. Se llevaba muy bien con el joven Alcibíades. Muchas veces habían bebido juntos. Era muy amable de su parte haberlo buscado esta vez. Seguro que no lo había hecho sólo por incordiar al Areópago, deseo éste por demás honroso y digno de ser apoyado. Por último dijo en tono circunspecto, sin dejar de mecerse en su hamaca:

—Prisa se llama el viento que derriba el andamio. Siéntate.

Alcibíades se rió y acercó una silla. Antes de sentarse, le hizo una cortés reverencia a Xantipa que, de pie en la puerta de la cocina, se estaba secando las manos mojadas en la túnica.

—Vosotros los filósofos sois gente muy extraña —dijo un tanto impaciente—. Quizá ya estés arrepentido de habernos ayudado a ganar la batalla. Apostaría a que Antístenes te ha hecho ver que no existían razones suficientes para ello.

—Estábamos hablando de álgebra —se apresuró a decir Antístenes y volvió a toser.

Alcibíades sonrió burlonamente.

—No me esperaba otra cosa. ¡Sobre todo no dar importancia a algo semejante! ¿Verdad? Pues, en mi opinión, fue simple y llanamente valentía. Nada extraordinario, si queréis, pero ¿qué de extraordinario tiene un puñado de hojas de laurel, después de todo? Aprieta los dientes y aguanta, viejo. Aquello pasa pronto y no duele. Y luego iremos a empinar el codo.

Miró con curiosidad al ancho y robusto personaje que ahora se columpiaba con bastante fuerza.

Sócrates reflexionó a toda prisa. Acababa de ocurrírsele algo que sí podía decir. Podía decirles que la noche anterior o esa misma mañana se había torcido un pie.

Cuando los soldados que lo llevaban cargado lo bajaron al suelo, por ejemplo. En ello había incluso una agudeza. Su caso demostraba con qué facilidad puede uno verse perjudicado por los homenajes de sus conciudadanos.

Sin dejar de columpiarse, el filósofo se inclinó hacia adelante hasta quedar sentado, se frotó con la mano derecha el brazo izquierdo, que llevaba descubierto, y dijo pausadamente:

—Pues ocurre que mi pie…

Al pronunciar esta palabra, su mirada, no del todo firme porque había llegado el momento de pronunciar la primera auténtica mentira en todo ese asunto —hasta entonces se había limitado a guardar silencio—, recayó sobre Xantipa, que seguía en la puerta de la cocina.

Sócrates se quedó sin habla. De pronto se le fueron las ganas de contar su historia. No se había torcido el pie.

La hamaca se inmovilizó.

—Escucha, Alcibíades —dijo por último en un tono de voz enérgico y muy fresco —, no se puede hablar de valentía en este caso. Tan pronto como empezó la batalla, es decir en cuanto vi aparecer a los primeros persas, puse pies en polvorosa y, además, en la dirección adecuada: hacia la retaguardia. Pero era un campo lleno de arbustos espinosos. Se me clavó una espina en el pie y no pude continuar. Al punto empecé a repartir golpes a mi alrededor como un salvaje y poco faltó para que alcanzara también a varios de los nuestros. En mi desesperación, me puse a chillar algo acerca de otros destacamentos para que los persas creyeran que había varios, idea absurda, pues claro está que no entendían griego. Parece ser, sin embargo, que ellos también estaban bastante nerviosos. Supongo que no pudieron aguantar aquel griterío después de todo lo que habían tenido que soportar durante el avance. Se quedaron paralizados un instante, y entonces llegó nuestra caballería. Eso es todo.

Durante unos segundos no se oyó el menor ruido en la habitación. Alcibíades miró fijamente al filósofo. Antístenes tosió haciendo pantalla con la mano, esta vez con toda naturalidad. Desde la puerta de la cocina, donde estaba Xantipa de pie, llegó una sonora carcajada.

Y Antístenes dijo en tono seco:

—Es evidente que no podías ir así al Areópago y trepar cojeando la escalinata para recibir tu corona de laurel. Ahora lo entiendo.

Alcibíades se retrepó en su silla y, entornando los ojos, contempló al filósofo tumbado en su lecho. Ni Sócrates ni Antístenes lo miraban.

Luego volvió a inclinarse hacia delante y ciñó con ambas manos una de sus rodillas. Su fino rostro adolescente se contrajo ligeramente, pero no dejó traslucir nada de sus pensamientos o sentimientos.

—¿Por qué no dijiste que tenías cualquier otra herida? —preguntó.

—Porque tengo una espina en el pie —repuso Sócrates en tono brusco.

—¡Ah! ¿Por eso? —dijo Alcibíades—. Ya entiendo.

Y levantándose de prisa, se acercó al lecho.

—Lástima que no haya traído mi propia corona. Se la di a mi asistente para que la guardase. De lo contrario, te la hubiera dejado. Créeme si te digo que, en mi opinión, eres un hombre muy valiente. No conozco a nadie que, en circunstancias similares, hubiese contado lo que tú acabas de contar.

Y salió rápidamente.

Más tarde, cuando Xantipa hubo lavado el pie y extraído la espina, comentó malhumorada:

—Te hubiera podido venir una septicemia.

—Como mínimo —dijo el filósofo.

Los trofeos de Lúculo

A principios del año 63 a. de C. vivía Roma momentos de gran inquietud. Pompeyo había conquistado Asia para los romanos tras largos años de expediciones militares, y ahora éstos aguardaban atemorizados el retorno del triunfador. Después de su victoria, claro está que no sólo Asia, sino también Roma se había sometido incondicionalmente a sus designios.

Uno de aquellos días de tensión, un hombre pequeño y delgado salió de uno de los palacios situados en los enormes jardines a orillas del Tíber y avanzó hasta la escalinata de mármol para recibir a un visitante. Era el ex general Lúculo, y su visitante, que además venía a pie, era el poeta Lucrecio.

El viejo general había iniciado en su día la campaña de Asia, pero Pompeyo lo había desplazado del mando mediante toda suerte de intrigas. Como Pompeyo sabía que, a los ojos de mucha gente, Lúculo era el verdadero conquistador de Asia, éste tenía sobrados motivos para aguardar con preocupación la llegada del vencedor. No recibía demasiadas visitas por aquellos días.

El general saludó cordialmente al poeta y lo condujo a una salita para que tomara un refrigerio. Pero el poeta sólo comió unos cuantos higos. No andaba muy bien de salud. El pecho le ocasionaba molestias; no soportaba las nieblas primaverales.

En la conversación no se dedicó, al principio, una sola palabra a los acontecimientos políticos. Se discutieron algunos problemas filosóficos.

Lúculo expresó ciertas reservas sobre el tratamiento que Lucrecio brindaba a los dioses en su poema didáctico *Sobre la naturaleza de las cosas.* Señaló que, en su opinión, era peligroso rechazar la religiosidad como si fuera simple superstición. Religiosidad era lo mismo que moral. Renunciar a una suponía renunciar a la otra. Las ideas supersticiosas que podían refutarse estaban, según él, vinculadas a otras ideas cuyo valor no se podía demostrar, pero que, pese a todo, eran necesarias, etc., etc.

Por supuesto que Lucrecio le llevó la contraria, y el viejo general narró entonces, en apoyo de sus opiniones, un sueño que había tenido durante sus campañas asiáticas; en la última, para ser preciso.

—Fue después de la batalla de Gasiura. Nuestra situación era casi desesperada. Necesitábamos conseguir victorias rápidas. Triario, a la sazón mi sustituto, había caído en una emboscada con sus tropas de reserva. Si no lo socorría de inmediato,

todo estaría perdido. Y justo en aquel momento la insubordinación adquirió proporciones amenazadoras en el seno del ejército, debido a la prolongada suspensión de pagos.

»Estaba agotado por el exceso de trabajo, y una tarde me quedé dormido sobre el mapa y tuve el sueño que ahora quiero contarle.

»Habíamos acampado a orillas de un gran río, el Halys, que estaba muy crecido, y soñé que me encontraba en mi tienda, de noche, elaborando un plan que destruyera definitivamente a mi enemigo Mitrídates. En ese momento era imposible cruzar el río que, en mi sueño, dividía al ejército de Mitrídates en dos partes. Si yo atacaba a la mitad que se encontraba en nuestra margen, ésta no podría recibir ninguna ayuda del otro lado del río.

»Y llegó la mañana. Mandé formar al ejército y realizar los sacrificios en presencia de las legiones. Había hablado con los sacerdotes, y todos los augurios resultaron excepcionalmente favorables. Pronuncié una gran arenga, hablé sobre la incomparable oportunidad de destruir definitivamente al enemigo, del respaldo que nos brindaban los dioses, que habían hecho crecer el río, de los presagios extraordinariamente propicios que demostraban que los dioses deseaban la batalla, etc., etc. Y mientras hablaba, ocurrió algo extraordinario.

»Me encontraba a bastante altura y podía dominar perfectamente la llanura que se extendía tras las líneas de combate. A una distancia no muy grande se veía el humo de las fogatas del campamento de Mitrídates. Entre los dos ejércitos había campos cultivados; los cereales estaban ya bastante crecidos. A un lado, junto al río, había una granja a punto de ser inundada por las aguas. Una familia campesina estaba rescatando sus pertenencias de la casa de abajo.

»De pronto vi que los labriegos hacían señas en dirección a nosotros. Algunos de mis legionarios parecían oír voces y se volvieron hacia los campesinos. Cuatro o cinco se pusieron en marcha hacia ellos, primero a paso lento e inseguro, luego a toda carrera.

»Pero los labriegos señalaban en la dirección opuesta. Y entonces comprendí lo que querían decir. A nuestra derecha se alzaba un terraplén que el agua había socavado y estaba a punto de desmoronarse.

»Todo esto es lo que vi mientras hablaba sin parar. Y se me ocurrió una idea.

»Señalé con la mano extendida el terraplén, de suerte que todas las miradas convergieron en él, y dije, alzando la voz: “¡La mano de los dioses, soldados! Ellos han ordenado al río que destruya el dique del enemigo. ¡Adelante, en nombre de los dioses!”

»Por cierto que mi sueño no era del todo claro, pero recuerdo perfectamente el momento en que todo el ejército, en cuyo centro me encontraba, observó el vacilante dique mientras yo hacía una breve pausa.

»Duró muy poco. Y de pronto, sin transición de ningún tipo, cientos de soldados echaron a correr en dirección al dique.

»Los pocos que ya habían acudido antes en auxilio de los campesinos empezaron a vociferar también, al tiempo que ayudaban a la familia a sacar el ganado de los establos. Yo oía solamente: “¡El dique! ¡El dique!”

»Ya eran miles los que corrían hacia allí, todos.

»Los que estaban detrás pasaron corriendo a mi lado, hasta que sentí que me arrastraban. Era un torrente humano que se precipitaba hacia el torrente de agua.

»Grité a los que estaban más cerca —o, mejor dicho, corrían más cerca—: “¡Al enemigo!’’ “¡Sí, al río!”, chillaron ellos como si no me hubieran entendido. “Pero ¡y la batalla!”, exclamé yo. “¡Más tarde!”, me consolaron.

»Entonces me interpuse en el camino de una cohorte desbandada:

»“¡Os ordena deteneros!”, les grité con voz de mando.

«Dos o tres se detuvieron. Entre ellos había un larguirucho de cara torcida al que no he podido olvidar hasta ahora, pese a haberlo visto sólo en sueños. En algún momento se volvió hacia sus compañeros y les preguntó: “¿Quién es ése?” Y no era ninguna insolencia. Su pregunta era sincera. Y con toda sinceridad, según pude ver, los otros le respondieron: “No tenemos ni idea.” Y siguieron corriendo en dirección al dique.

»Poco después me quedé solo. A mi lado aún ardían los sacrificios en los altares de campaña. Pero hasta los sacerdotes corrían tras los soldados en dirección al río. Algo más lentamente, claro está, porque eran más gordos.

»Obedeciendo a un impulso de excepcional violencia, decidí inspeccionar yo mismo el dique. Intuía vagamente que también ahí hacía falta cierta organización. Y me puse en marcha, presa de sentimientos encontrados. Mas pronto eché a correr, preocupado por la idea de que los trabajos no se hubieran organizado debidamente y el dique acabara cediendo. En tal caso, pensé por un momento, no sólo se perdería la granja de esos campesinos, sino también los campos con los cereales a medio crecer. Como ve, ya estaba totalmente contagiado por los sentimientos generales.

»Sin embargo, cuando llegué reinaba el orden más perfecto. Fue una gran ayuda que nuestros legionarios llevaran consigo palas para construir muros defensivos en torno al campamento. Nadie dudaba en clavar la espada en las fajinas para aumentar la resistencia. Los escudos se empleaban para acarrear tierra.

»Viéndome deambular por ahí inactivo, un soldado me cogió de la manga y me puso una pala en las manos. Empecé a cavar, siguiendo las indicaciones de un centurión. A mi lado alguien comentó: “En mi tierra, el Piceno, también se rompió un dique el año ochenta y dos. Se perdió la cosecha.’’ Lógico, pensé, la mayoría eran hijos de campesinos.

»Sólo una vez, recuerdo, volvió a mi mente el enemigo. “Espero que el enemigo

no aproveche esta oportunidad'', dije al hombre que tenía a mi lado. "¡Qué va!", replicó él chorreando sudor, "no es el momento". Y al levantar la vista, pude ver que, en efecto, también había soldados de Mitrídates trabajando en la reparación del dique, río abajo. Colaboraban con los nuestros y se entendían por señas y gestos, pues hablaban otro idioma (observe la precisión de mi sueño hasta en esos detalles).

El viejo general interrumpió aquí su relato. Su pequeño rostro amarillento y surcado de arrugas tenía una expresión entre preocupada y divertida.

—Hermoso sueño —dijo el poeta plácidamente.

—Sí. ¿Cómo? No.

El general lanzó una mirada insegura. Luego se rió.

—No me hizo nada feliz —añadió a toda prisa—. Al despertar me sentí desagradablemente afectado. Me pareció la prueba de una gran debilidad.

—¿De veras? —preguntó el poeta, asombrado.

Se produjo un silencio. Luego Lucrecio reanudó el diálogo:

—¿Qué conclusión sacó en aquel momento de su sueño?

—Que la autoridad es algo muy inseguro, por supuesto.

—¡En sueños!

—Así es, aunque…

Lúculo dio unas palmadas y los criados se apresuraron a retirar las bandejas. Aún estaban llenas. El general tampoco había comido nada. No tenía apetito aquellos días.

Propuso a su huésped que visitaran la sala azul, donde podían verse algunas obras de arte recién adquiridas. Atravesaron columnatas abiertas hasta llegar a un ala lateral del gigantesco palacio.

El pequeño general continuó hablando mientras golpeaba con su bastón las losas de mármol.

—No fue la indisciplina del hombre de la calle lo que me costó la victoria, sino la indisciplina de los grandes. Su amor a la patria es amor a sus palacios y estanques llenos de peces. En Asia, los recaudadores romanos se aliaron con los terratenientes locales contra mi persona. Prometieron neutralizarnos a mí y al ejército. A cambio de lo cual, los terratenientes les entregaron a los campesinos de Asia Menor. Con mi sucesor se entendieron mejor esos señores. «Al menos éste es un general», decían, «sabe conquistar». Y no se referían a fortificaciones. A un rey de Asia Menor le impuso un tributo de cincuenta millones. Pero como el dinero debía ser ingresado en las arcas oficiales, le «prestó» la suma y ahora cobra un interés anual del cuarenta por ciento. ¡Esas son conquistas!

Lucrecio apenas escuchaba la cháchara del viejo, que también se había traído su buena tajada de Asia; aquel palacio, por ejemplo. Seguía pensando en el sueño, que le parecía la extraña contrapartida de un incidente real ocurrido durante la conquista de Amiso por las tropas de Lúculo.

Amiso, ciudad hija de la gloriosa Atenas y llena de insustituibles obras de arte, había sido saqueada e incendiada por los soldados de Lúculo, aunque el general —llorando, según decían— hubiera suplicado a los saqueadores que respetaran las obras de arte. Su autoridad tampoco había sido acatada aquella vez.

Uno de los acontecimientos había sido un sueño, el otro, realidad. ¿Podría acaso decirse que la autoridad que prohibiera a los soldados hacer lo uno, no pudo negarles o otro? Era algo que Lúculo parecía haber intuido, aunque no reconocido.

La mejor de las nuevas obras de arte era una estatuilla de barro que representaba a Niké. Lucrecio la cogió con ternura entre sus descarnadas manos y la contempló sonriente.

—¡Un buen maestro! —dijo en voz baja—. ¡Qué cándida se la ve! ¡Y con qué gracia sonríe! Su idea fue representar a la diosa de la victoria como una diosa de la paz. La estatuilla debe provenir de una época en la que esos pueblos aún no habían sido sometidos.

Lúculo lanzó una mirada recelosa al poeta y cogió la estatuilla.

—La humanidad —dijo repentinamente— suele recordar más tiempo los abusos y malos tratos que las caricias recibidas. ¿Qué queda de los besos? Las heridas, en cambio, dejan cicatrices.

El poeta guardó silencio, pero le lanzó, a su vez, una mirada llena de curiosidad.

—¿Qué? —preguntó el general—. ¿Lo he sorprendido?

—La verdad es que sí, un poco. ¿Teme usted realmente ser difamado en los libros de historia?

—Quizás sólo tema… que no se hable de mí. No sé lo que temo. Por lo demás, éste es un mes de temores, ¿verdad? El miedo está causando estragos en estos días. Como siempre después de una victoria.

—Así es. Si no estoy mal informado, en estos días debería usted temer más la fama que el olvido.

—Muy cierto. La fama es peligrosa para mí. Lo más peligroso, dicho sea entre nosotros, hay algo muy extraño en todo esto. Soy soldado, y la verdad es que la muerte jamás me ha asustado. Pero ahora se ha operado en mí un cambio. Una hermosa vista sobre los jardines, las comidas bien preparadas, las obras de arte exquisitas figuran entre mis grandes debilidades, y aunque sigo sin temer a la muerte, empiezo a temer el temor a la muerte. ¿Puede usted explicarme esto?

El poeta guardó silencio.

—Ya sé —prosiguió el general con cierta prisa—. Tengo muy presente aquel pasaje de su poema, creo que hasta me lo sé de memoria, lo cual también es mal síntoma.

Y, en un tono de voz seco, empezó a recitar los ya célebres versos de Lucrecio sobre el miedo a la muerte:

«¡Nada es, pues, la muerte y en nada nos afecta!
Así, cuando veas a un hombre lamentarse de su destino,
por haber de pudrirse en el sepulcro después de la muerte,
o desaparecer en las llamas o entre las mandíbulas de las fieras,
puedes pensar que algo falso suena en su voz,
y que un oculto aguijón se esconde en su pecho,
por más que afirme no creer que subsista el sentir después de la muerte.
Pues, creo yo, no da lo que promete ni dice sus razones:
incapaz de arrancarse de la vida y de cortar sus raíces,
hace, sin saberlo, que una parte de sí le sobreviva.
En efecto, cuando en vida se imagina que su cadáver
ha de ser desgarrado por las aves y las fieras, se compadece de sí mismo.
Porque no se ve distinto de aquél, ni se retira bastante
de su cuerpo caído, y se figura que él es todavía ese cuerpo y,
sin moverse de su lado, le presta su propio sentimiento.
Por esto se indigna de haber sido creado mortal,
y no ve que en la muerte real no existirá otro «él mismo»
que pueda vivir para llorar su propia muerte
y quedarse de pie junto a su propio cuerpo yacente,
sufriendo de verlo desgarrado y quemado.»

El poeta había escuchado atentamente la recitación de sus versos, luchando un poco con su tos irritativa. ¡El aire nocturno! Sin embargo, sucumbió a la tentación de recitarle a su anfitrión unas cuantas estrofas que había suprimido de la obra para no contrariar demasiado a sus lectores. En ellas había expuesto los motivos que sustentan ese aferrarse a la vida por parte de quien se va extinguiendo. Dijo los versos con voz ronca, muy clara y lentamente, pues tenía que ir recordándolos:

«Cuando se lamentan de que se les roba la vida,
piensan en el robo del que son objeto y que ellos mismos perpetraron;
pues también era robada la vida que se les roba,
¡Ah! Ávidamente arrebata el comerciante al pescador
el pescado que éste ha arrebatado al mar.
Pero la mujer que fríe ese pescado,
vierte a disgusto el aceite en la sartén,
y con mirada afligida ve menguar sus reservas.
¡Oh miedo a quedarse sin aceite!
¡Terror a no tener ya nada ni recibir nada! ¡Pánico a ser despojado!
Ningún atropello amedrentó a nuestros padres.

Sólo con gran esfuerzo y delinquiendo conservan su herencia
los herederos.
Angustiado, el tintorero oculta a los ojos del cliente su valiosa receta.
¿Qué ocurriría si la divulgara? Y en el círculo de artistas
que entrechocan sus copas, un poeta se muerde la lengua:
¡Ha revelado una idea!
Con halagos consigue llevarse el seductor a la doncella detrás del matorral,
el sacerdote exige sacrificios a la hambrienta familia de un arrendatario,
y el médico se apodera de la dolencia corporal como de una fuente de riqueza.
¿Quién podría, en semejante mundo, tolerar la idea de la muerte?
Entre el “¡Suéltalo!” y el “¡No, que es mío!”, se mueve la vida, y a ambos,
al que retiene y al que arrebata, en curva garra se les muda la mano».

—Vosotros, los que escribís versos, lo veis todo muy claro —dijo pensativo el pequeño general—. Pero, ¿puede usted decirme por qué precisamente ahora, en estos días, he vuelto a desear que no se olvide todo cuanto he hecho, aunque la fama me resulte peligrosa y yo mismo no permanezca indiferente ante la muerte?

—¿No será su apetencia de gloria a la vez miedo a la muerte?

El general pareció no haber oído. Miró nerviosamente alrededor y, por señas, le indicó al portador de antorchas que se marchara. Cuanto éste se hubo alejado algunos pasos, Lúculo preguntó casi en un susurro y no sin cierto pudor:

—¿En qué, según usted, podría consistir mi gloria?

Emprendieron el regreso. Una suave ráfaga de viento turbó la quietud vespertina sobre los jardines. El poeta dijo tosiendo:

—¿La conquista de Asia, quizás?

Advirtió que el general lo tenía cogido por la manga y miraba asustado en derredor, y prosiguió:

—O quizás también la exquisita preparación del festín de la victoria. No sé.

Había hablado sin mayor interés, pero de pronto se detuvo. Y extendiendo el dedo señaló un cerezo que, sobre una pequeña colina, mecía al viento sus blancas ramas floridas.

—¿No es una de las cosas que trajo usted de Asia?

El general asintió con la cabeza.

—Quizás sea esa su gloria —dijo el poeta entusiasmado—. ¡El cerezo! No creo que llegue a evocar su nombre en quien lo mire. Pero no importa. Asia se volverá a perder. Y la pobreza general hará que, muy pronto, sus platos ya no puedan ser preparados. Pero el cerezo… nunca faltará quien sepa que usted lo trajo. Y de no ser así, cuando todos los trofeos de todos los conquistadores se hayan convertido en polvo, éste, el más hermoso de sus trofeos, seguirá meciéndose cada primavera bajo el viento de las colinas, Lúculo, como el trofeo de un conquistador desconocido.

La anciana indigna

Mi abuela tenía setenta y dos años cuando falleció mi abuelo. Este poseía un pequeño taller de litografía en un pueblo de Baden, y en él trabajó con dos o tres ayudantes hasta su muerte. Mi abuela atendía el hogar sin criada, cuidaba del viejo y destartalado caserón y cocinaba para los hombres y sus hijos.

Era una mujer pequeña y delgada, con un par de ojos vivarachos, de lagartija, pero de hablar muy lento. Con escasísimos medios había criado a cinco de los siete hijos que tuvo en total. Debido a ello se había ido consumiendo con los años.

Sus dos hijas mujeres emigraron a América, y dos de los hijos varones también se marcharon fuera. Sólo el menor, que era muy delicado de salud, se quedó en el pueblo. Llegó a ser impresor y tuvo una familia demasiado numerosa para él.

De modo que al morir mi abuelo, ella se quedó sola en casa.

Los hijos empezaron a escribirse cartas para decidir qué hacían con ella. Uno se ofreció a llevársela consigo, mientras que el impresor quería instalarse con los suyos en casa de la anciana. Pero la abuela rechazó ambas propuestas y sólo quiso aceptar una pequeña ayuda monetaria de los hijos que estuvieran en condiciones de brindársela. La venta del taller de litografía, caído en desuso hacía tiempo, no aportó prácticamente nada, y encima había deudas.

Los hijos le escribieron diciéndole que tampoco podía vivir del todo sola, pero al ver que persistía en su actitud, cedieron y empezaron a enviarle mensualmente algo de dinero. Después de todo, pensaron, el impresor se había quedado en el pueblo.

Y fue éste quien se encargó de enviar de vez en cuando a sus hermanos noticias de su madre. Sus cartas a mi padre, así como lo que éste logró averiguar durante una visita y tras el entierro de mi abuela, que murió dos años más tarde, me permiten hacerme una idea de lo que ocurrió en esos dos años.

Parece ser que, desde un principio, el impresor quedó muy decepcionado de que mi abuela se negara a acogerlo en el caserón, bastante grande y a la sazón vacío. El, con cuatro hijos a cuestas, vivía en una casa de tres habitaciones. Pero la anciana sólo mantenía con él una relación muy libre. Invitaba a los niños a merendar los domingos por la tarde; eso era todo.

Visitaba a su hijo una o dos veces por trimestre y ayudaba entonces a su nuera a preparar mermelada de arándanos. Por ciertas cosas que decía la joven dedujo que la vivienda del impresor le resultaba demasiado estrecha a su suegra. Y mi tío no pudo

evitar poner un signo de admiración en su informe sobre el particular.

A una pregunta escrita de mi padre sobre lo que la anciana hacía en esos días, él respondió bastante escuetamente que iba al cine.

Hay que entender que eso no era nada normal, o, en cualquier caso, no lo era para sus hijos. Hace treinta años, el cine no era lo que es hoy. Iba asociado a locales miserables y mal ventilados, a menudo instalados en viejas boleras a cuya entrada había carteles chillones que anunciaban crímenes y tragedias pasionales. A decir verdad, al cine sólo iban adolescentes o, debido a la oscuridad, parejas de enamorados. Una anciana sola seguro que llamaba la atención.

Pero aún había algo más que considerar en el hecho de ir al cine. Las entradas eran, sin duda, baratas, pero como tal placer se situaba aproximadamente por debajo de las golosinas, equivalía a «dinero tirado». Y tirar el dinero no era algo respetable.

A ello se sumaba el que mi abuela no sólo no mantenía un contacto regular con el hijo que vivía en su pueblo, sino que tampoco visitaba ni invitaba a ninguno de sus conocidos. Jamás acudía a las tertulias locales. En cambio iba muy asiduamente al taller de un zapatero remendón en una callejuela pobre y hasta un tanto desacreditada, en la cual, sobre todo por la tarde, circulaban personajes no muy respetables que digamos: camareras sin trabajo y menestrales ambulantes. El remendón era un hombre de mediana edad que había rodado medio mundo sin abrirse jamás camino. También decían que era dado a la bebida. En cualquier caso, no era una compañía idónea para mi abuela.

El impresor insinuó en una de sus cartas que se lo había comentado a la anciana pero había recibido una respuesta francamente fría. «Es un hombre que ha visto mundo», fue la contestación que puso fin al diálogo. No era fácil discutir con mi abuela sobre temas que no le apetecía abordar.

Casi medio año después de la muerte del abuelo, el impresor escribió a mi padre que la abuela comía ahora un día sí y otro no en la fonda.

¡Vaya noticia! ¡La abuela, que durante toda su vida había cocinado para una docena de personas y había comido siempre las sobras, comía ahora en la fonda! ¿Qué mosca la había picado?

Poco después, mi padre hizo un viaje de negocios muy cerca del pueblo de mi abuela y fue a visitarla.

La encontró cuando se disponía a salir. Ella volvió a quitarse el sombrero y sirvió a su hijo un vaso de vino tinto y unas galletas. Parecía estar perfectamente ecuánime, ni demasiado alegre ni demasiado taciturna. Preguntó por nosotros, aunque sin insistir mucho; quiso saber sobre todo si también había cerezas para los niños. En eso seguía siendo la misma. Su habitación se veía impecable, por supuesto, y ella misma tenía aspecto saludable.

El único detalle que aludía a su nueva vida fue que se negara a ir con mi padre al

cementerio a visitar la tumba de su esposo. «Puedes ir solo», le dijo lacónicamente, «es la tercera de la izquierda en la fila doce. Yo tengo que hacer».

El impresor comentó más tarde que quizá tenía que ir a casa de su remendón. Se quejó amargamente.

«Yo vivo aquí, en este cuchitril, con mi familia, trabajo sólo cinco horas al día, y encima mal pagadas, y, para colmo, el asma vuelve a darme guerra y el caserón de la Hauptstrasse está vacío.»

Mi padre había alquilado una habitación en la hostería, esperando que, siquiera por simple cumplido, su madre lo invitaría a quedarse en la casa, pero ella ni mencionó el tema. ¡Y pensar que antes, aunque la casa estuviera llena de gente, la abuela siempre le había criticado que no viviera con ellos y encima gastara dinero en hoteles!

Pero ahora parecía haber roto definitivamente con su vida familiar para emprender nuevos rumbos, ahora que su existencia empezaba a declinar. Mi padre, que tenía una buena provisión de humor, la encontró «muy animada» y dijo a mi tío que dejara a la anciana hacer lo que le apeteciera.

Pero, ¿qué le apetecía?

La siguiente noticia que se tuvo de ella fue que había alquilado un break y se había ido de excursión un jueves cualquiera. Un break era un coche de caballos de grandes ruedas, con cabida para toda una familia. Muy ocasionalmente, cuando los nietos íbamos de visita, mi abuelo alquilaba un break. La abuela se quedaba siempre en casa. Rechazaba las invitaciones a pasear con un desdeñoso gesto de la mano.

Y tras lo del break vino el viaje a K., una ciudad más grande que, en ferrocarril, quedaba a unas dos horas del pueblo. Iban a celebrarse allí unas carreras de caballos, y a las carreras fue mi abuela.

El impresor estaba ya muy alarmado por entonces. Quería que la viese un médico. Mi padre meneó la cabeza al leer la carta, pero se opuso a la idea de llevarla a un médico.

La abuela no había viajado sola a K. Se había llevado consigo a una muchacha que, según escribió el impresor, era medio débil mental y trabajaba en la cocina de la fonda donde la anciana comía un día sí y otro no.

Aquella «subnormal» desempeñó a partir de entonces un papel en su vida.

La anciana parecía haberse encaprichado con ella. La llevaba al cine y a casa del remendón —que, por lo demás, resultó ser socialdemócrata—, y se rumoreaba que las dos mujeres se ponían a jugar a las cartas en la cocina, con un vaso de tinto por delante.

«Ahora le ha comprado a la subnormal un sombrero rematado por rosas», escribió un día el impresor, desesperado. «¡Y nuestra Anna no tiene vestidito de primera comunión!»

Las cartas de mi tío eran cada vez más histéricas; ya sólo hablaban del «indigno comportamiento de nuestra querida madre» y no decían nada más. El resto de la historia lo sé por mi padre.

El posadero le había susurrado con un guiño:

—A Frau B. le ha dado por divertirse, según dicen.

En realidad, mi abuela no vivió nada opulentamente esos últimos años. Cuando no iba a la fonda, su comida solía limitarse a un plato de huevos, un poco de café y, sobre todo, sus adoradas galletitas. Se agenciaba, en cambio, un vino tinto barato del que bebía un vasito con cada comida. Mantenía muy limpia toda la casa, y no sólo el dormitorio y la cocina, espacios que utilizaba normalmente. No obstante, sin que sus hijos se enterasen hipotecó el caserón. Nunca se supo qué hizo con el dinero. Parece que se lo dio al remendón, quien a la muerte de mi abuela se trasladó a otra ciudad y, según dicen, abrió un negocio más grande de calzado a medida.

Bien mirado, la anciana vivió dos vidas sucesivas. Una de ellas, la primera, como hija, esposa y madre, y la segunda simplemente como Frau B., una persona sola, sin obligaciones y de recursos modestos, pero suficientes. La primera vida duró aproximadamente seis decenios; la segunda, no más de dos años.

Mi padre se enteró de que, en sus últimos seis meses de vida, la abuela se permitió ciertas libertades que la gente normal desconoce totalmente. Así, por ejemplo, en verano solía levantarse a las tres de la madrugada y dar un paseo por las desiertas calles del pueblo, que de esa forma tenía para ella sola. Y, según afirmaban todos, al párroco que fue a visitarla con el propósito de acompañar a la anciana en su soledad ¡ella lo invitó al cine!

No estaba en absoluto sola. Por casa del remendón circulaba al parecer gente muy alegre, que contaba toda suerte de historias. Ella siempre tenía allí una botella de su propio vino tinto y se bebía un vasito mientras los demás contaban cosas y arremetían contra las dignas autoridades locales. Aquel tinto le estaba reservado, aunque a veces traía bebidas más fuertes para los contertulios.

Murió repentinamente, una tarde de otoño, en su dormitorio, pero no en la cama, sino en su silla de madera, junto a la ventana. Había invitado a la «subnormal» al cine aquella noche, de suerte que la muchacha estaba a su lado cuando murió. Tenía setenta y cuatro años.

He visto una fotografía que le hicieron para sus hijos y la muestra en su lecho mortuorio.

En ella se ve una carita menuda con muchas arrugas y una boca de labios finos, pero grande. Mucha pequeñez, mas ninguna mezquindad. Había saboreado plenamente los largos años de servidumbre y los breves años de libertad, consumiendo el pan de la vida hasta las últimas migajas.

El círculo de tiza de Augsburgo

En tiempos de la guerra de los Treinta Años vivía en la ciudad imperial libre de Augsburgo sobre el Lech un protestante suizo llamado Zingli, propietario de una gran curtiduría y de un negocio de cueros. Estaba casado con una joven de Augsburgo que le había dado un hijo. Cuando los católicos marcharon sobre la ciudad, sus amigos le aconsejaron vivamente que huyera, pero, ya fuera porque su reducida familia lo retuviese, ya porque no quería abandonar su curtiduría, lo cierto es que no pudo decidir su partida a tiempo.

Aún seguía, pues, en la ciudad cuando las tropas imperiales la invadieron, y mientras la saqueaban por la noche, él se escondió en un foso del patio donde se guardaban los tintes. Su mujer hubiera debido refugiarse con el niño en casa de unos parientes, fuera de la ciudad, pero se entretuvo demasiado recogiendo sus cosas —vestidos, joyas, ropa de cama— y, cuando acordó, desde una de las ventanas del primer piso vio irrumpir súbitamente en el patio un pelotón de soldados imperiales. Presa del pánico, lo dejó todo como estaba y huyó de la casa por una puerta trasera.

El niño se quedó, pues, solo en su cuna en medio del gran salón, jugando con una bolita de madera suspendida del techo por un cordón.

Aparte del niño sólo quedaba en la casa una joven criada que, mientras fregaba en la cocina cacharros de cobre, oyó ruidos provenientes de la calle. Se precipitó a la ventana y vio cómo, desde el primer piso de la casa de enfrente, la soldadesca tiraba a la calle el variadísimo producto de su pillaje. Corrió hacia el vestíbulo, y cuando ya se disponía a sacar al niño de la cuna, oyó que daban fuertes golpes contra la puerta de roble de la casa. Aterrada, echó a correr escaleras arriba.

El salón se llenó de soldados borrachos que se dedicaron a destrozarlo todo. Sabían que estaban en casa de un protestante. De puro milagro, Anna, la criada, no fue descubierta durante el registro y el saqueo. Cuando se retiró el pelotón, la joven salió del armario en el que se había escondido y encontró al niño sano y salvo en el salón. Lo cogió rápidamente en sus brazos y se deslizó con él al patio. Entretanto había anochecido, pero el rojizo resplandor de una casa que ardía en las proximidades iluminaba el patio y, horrorizada, la joven descubrió el cadáver deshecho de su amo. Los soldados lo habían sacado del foso y asesinado.

Sólo entonces se dio cuenta Anna del peligro que corría si la pillaban en la calle con el hijo del protestante. Muy apesadumbrada lo devolvió a su cuna, le dio de beber

un poco de leche y, tras acunarlo hasta que se durmiese, se encaminó hacia la zona de la ciudad donde vivía su hermana casada.

Hacia las diez de la noche, y en compañía del marido de su hermana, se abrió paso por entre la soldadesca que celebraba su victoria para intentar localizar en los suburbios a Frau Zingli, la madre del niño. Llamaron a la puerta de una enorme casa que, al cabo de mucho rato, se entreabrió ligeramente. Un anciano menudo, el tío de Frau Zingli, asomó por ella la cabeza. Anna le comunicó, casi sin aliento, que Herr Zingli había muerto, pero que el niño se hallaba sano y salvo en la casa. El viejo la miró fríamente con sus ojos de pescado y le dijo que su sobrina ya no estaba allí y que él no quería saber nada de aquel bastardo protestante. Tras lo cual cerró la puerta. Mientras se alejaban, el cuñado de Anna vio moverse la cortina de una de las ventanas y quedó convencido de que Frau Zingli seguía allí. Por lo visto no se avergonzaba de negar a su propio hijo.

Anna y su cuñado caminaron un buen rato en silencio. De pronto, la joven le explicó que quería volver a la curtiduría en busca del niño. El cuñado, un hombre tranquilo y ordenado, la escuchó asustado e intentó disuadirla de tan peligrosa idea. ¿Qué tenía ella que ver con esa gente? Ni siquiera le habían dado un trato decente.

Anna lo escuchó en silencio y le prometió no hacer ningún disparate. Pero se mantuvo firme en su propósito de ir en seguida a la curtiduría y ver si el niño necesitaba algo. E insistió en ir sola.

Al final se salió con la suya. En medio del devastado salón, la criatura dormía plácidamente en su cuna. Cansada, Anna se sentó a su lado y se puso a contemplarlo. No se había atrevido a encender ninguna luz, pero la casa vecina seguía ardiendo y el resplandor le permitía ver perfectamente al niño. Tenía un diminuto lunar en el cuellecito.

Tras permanecer largo rato, una hora quizá, viendo cómo la criatura respiraba y se chupaba el puñito, Anna se dio cuenta de que había estado allí sentada demasiado tiempo y visto demasiado como para poder irse sin el niño. Se incorporó torpemente y, con movimientos lentos, lo envolvió en la colcha de lino, lo cogió en sus brazos y abandonó el patio con él, mirando furtivamente alrededor como alguien con mala conciencia, como una ladrona.

Al cabo de dos semanas, y tras largas deliberaciones con su hermana y su cuñado, Anna se llevó al niño al campo, al pueblo de Grossaitingen, donde su hermano mayor trabajaba como granjero. La granja pertenecía a su mujer, y él no tenía más derechos que los derivados del matrimonio. Habían convenido en que Anna sólo diría a su hermano quién era realmente el niño, pues nunca habían visto a la joven campesina e ignoraban con qué talante acogería a un huésped tan pequeño como peligroso.

La joven llegó al pueblo hacia el mediodía. Su hermano, la mujer y los criados estaban comiendo. No es que fuera mal recibida, pero una sola mirada a su nueva

cuñada bastó para decidirla a presentar al niño como propio. Sólo cuando hubo contado que su marido estaba trabajando en el molino de una aldea algo lejana y la esperaba allí con su hijo dentro de pocas semanas, la cuñada rompió el hielo y el niño fue debidamente admirado.

Por la tarde, Anna acompañó a su hermano al bosquecillo a buscar leña. Una vez allí se sentaron en sendos tocones y la joven le confesó todo. Pudo observar que él no las tenía todas consigo. Su posición en la granja no era aún muy firme, y elogió mucho a Anna por no haber abierto la boca en presencia de su mujer. Evidentemente no confiaba en que su joven esposa adoptara una actitud abierta y generosa para con el pequeño protestante. Deseaba que se mantuviese el engaño.

Cosa nada fácil a la larga.

Anna trabajaba en la cosecha y cuidaba de «su» hijo a ratos, yendo continuamente del campo a la casa mientras los otros descansaban. El pequeño fue creciendo y hasta engordó; reía en cuanto veía aparecer a Anna y hacía grandes esfuerzos por alzar la cabeza. Pero llegó el invierno, y la cuñada empezó a preguntar por el marido de Anna.

No había ningún inconveniente en que la joven se quedara en la granja, pues siempre podía ayudar en algo. Lo malo era que los vecinos se extrañaban más y más de que el padre de la criatura no viniese nunca a verlo. De no presentar Anna a nadie como el padre de su hijo, las murmuraciones no tardarían en asediar la granja.

Un domingo por la mañana enganchó el granjero su caballo y llamó a gritos a Anna para que lo acompañara a traer una ternera de un pueblo vecino. Entre el traqueteo del coche le explicó que le había buscado y encontrado un marido. Era un aldeano gravemente enfermo que apenas pudo levantar su descarnada cabeza de la mugrienta almohada cuando los dos hermanos entraron en la casucha en que vivía.

Se declaró dispuesto a casarse con Anna. Junto a la cabecera del camastro vieron a una vieja de piel amarillenta: la madre. Tendrían que recompensarla económicamente por el servicio prestado a la joven.

El trato quedó cerrado en diez minutos, y Anna y su hermano pudieron seguir viaje y adquirir la ternera. La boda tuvo lugar a finales de esa misma semana. Mientras el párroco murmuraba la fórmula de bendición nupcial, el enfermo no volvió ni una sola vez sus vidriosos ojos hacia Anna. El hermano de la joven no dudaba de que en pocos días les llegaría el certificado de defunción. Entonces dirían que el marido de Anna y padre del niño había muerto en algún pueblo próximo a Augsburgo cuando se dirigía a buscarla, y nadie se extrañaría ya de que la viuda se quedara en casa de su hermano.

Anna volvió contenta de su extraña boda, en la que no había habido campanas ni instrumentos de metal, ni damas de honor, ni invitados. Su banquete de bodas consistió en un trozo de pan y una rebanada de tocino que devoró en la misma

despensa; luego se acercó con su hermano hasta la caja en que dormía el niño, que ahora tenía un apellido. Lo arropó bien y le sonrió a su hermano.

Pero el certificado de defunción se hacía esperar.

Pasó una semana y luego otra sin que llegaran noticias de la vieja. Anna había contado en la granja que su marido se hallaba en camino hacia el pueblo. Cuando le preguntaban dónde estaba, decía que la fuerte nevada debía de haberle dificultado el viaje. Pero al cabo de otras tres semanas, el hermano, seriamente preocupado, se dirigió a la aldea cercana a Augsburgo.

Volvió ya muy entrada la noche. Anna aún estaba despierta y corrió a la puerta en cuanto oyó chirriar el carro en el patio. Al ver con qué lentitud desenganchaba su hermano sintió que el corazón se le encogía.

Traía malas noticias. Al entrar en la casucha había encontrado al que creían casi muerto sentado a la mesa en mangas de camisa y devorando a dos carrillos. Estaba totalmente restablecido.

El hermano no se atrevió a mirarla a la cara cuando prosiguió su relato. El aldeano —que, dicho sea de paso, se llamaba Otterer— y su madre parecían igualmente sorprendidos por el nuevo giro de los acontecimientos y aún no habían decidido qué harían. Otterer no le había causado mala impresión. Habló poco, pero cuando la madre quiso quejarse de que ahora le habían endilgado a su hijo una esposa indeseada y una criatura ajena, él la hizo callar. Durante la conversación siguió comiendo con aire pensativo su plato de queso, y aún comía cuando el granjero se despidió.

Anna estuvo, como es natural, muy preocupada los días siguientes. Entre una y otra de sus faenas domésticas le enseñaba a caminar al niño. Cuando éste consiguió soltarse de la rueca y avanzó hacia ella tambaleándose y con los bracitos extendidos, la joven tuvo que reprimir un sollozo y lo abrazó con fuerza al atraparlo.

En cierta ocasión preguntó a su hermano: «¿Qué tipo de hombre es el tal Otterer?» Solamente lo había visto en su lecho de moribundo y, además, de noche, a la luz de una débil vela. Y se enteró entonces de que su marido era un cincuentón desgastado por el trabajo, «algo normal en un aldeano».

Poco después lo vio. Adoptando aires muy misteriosos, un buhonero le había dicho que «cierto conocido suyo» quería reunirse con ella tal día, a tal hora y en la aldea tal, allí donde arranca el sendero que lleva a Landsberg. Y así se encontraron los esposos a mitad de camino entre sus aldeas —como los generales de la antigüedad entre sus respectivas líneas de batalla—, en medio del campo, que ya estaba cubierto de nieve.

El hombre no le gustó a Anna.

Tenía dientes pequeños y grises y la miró de arriba abajo, aunque la gruesa piel de oveja en que ella iba envuelta no permitía ver mucho. Luego utilizó las palabras

«sacramento del matrimonio». Anna le dijo brevemente que tendría que replanteárselo todo, pero le rogó que a través de cualquier comerciante o carnicero que pasara por Grossaitingen le hiciera llegar, en presencia de su cuñada, el recado de que ya no tardaría mucho y que de momento había caído enfermo en el camino.

Otterer asintió con su habitual aire pensativo. Le llevaba más de una cabeza a Anna y, al hablar, no paraba de mirar el lado izquierdo del cuello de la joven, cosa que la acabó exasperando.

Pero el recado no llegaba, y Anna empezó a considerar la posibilidad de abandonar la granja con el niño y buscar trabajo un poco más al sur, en Kempten o Sonthofen. Sólo la retenía la inseguridad de los caminos, de la que tanto se hablaba, y el hecho de que estuvieran en pleno invierno.

La estancia en la granja se iba haciendo cada día más difícil. A la hora de la comida, y en presencia de toda la servidumbre, la cuñada le hacía preguntas suspicaces sobre su marido. Cuando un día llegó al extremo de llamar al niño «pobre gusanillo», mirándolo con falsa compasión, Anna decidió irse en seguida, pero el niño cayó enfermo.

Estaba inquieto en su caja, con la carita muy roja y los ojos turbios, y Anna velaba junto a él noches enteras, oscilando entre la angustia y la esperanza. Una mañana, cuando el pequeño se encontraba ya en franca mejoría y había recuperado su sonrisa, llamaron a la puerta y entró Otterer.

En la habitación no había nadie fuera de Anna y el niño, de modo que ésta no se vio obligada a fingir, cosa que, además, le hubiera sido imposible dado el susto que llevaba encima. Permanecieron largo rato en silencio, hasta que Otterer anunció que él, por su parte, le había dado vueltas al asunto y había venido a llevársela. Volvió a mencionar el sacramento del matrimonio.

Anna se enfadó muchísimo. Con voz firme, aunque contenida, le dijo que no pensaba irse a vivir con él, que se había casado sólo por el crío y lo único que quería era que les diese su apellido a ella y al niño.

Cuando la oyó mencionar al niño, Otterer lanzó una fugaz mirada hacia la caja donde estaba la criatura; rezongó algo, pero no se acercó, lo cual predispuso todavía más a Anna en contra suya.

El soltó entonces unos cuantos tópicos: que ella debería pensárselo todo una vez más, que su madre y él no tenían mucho que llevarse a la boca, pero que la anciana podía dormir en la cocina. Luego entró la cuñada, lo saludó con gran curiosidad y lo invitó a comer. Ya en la mesa, Otterer saludó al granjero esbozando una indolente inclinación de cabeza con la cual ni simulaba desconocerlo ni dejaba traslucir que lo conocía. A las preguntas de la cuñada respondió, con monosílabos y sin alzar la mirada del plato, que había encontrado un trabajo en Mering y Anna podía irse con él. No dijo, sin embargo, que tuviera que hacerlo de inmediato.

Por la tarde rehuyó la compañía del granjero y estuvo cortando leña detrás de la casa, tarea que nadie le había encomendado. Después de la cena, en la que tampoco abrió la boca, la propia granjera llevó un edredón al dormitorio de Anna para que él pudiera pernoctar allí, pero, cosa curiosa, el hombre se levantó torpemente y murmuró que debía volver aquella misma noche. Antes de irse clavó una mirada ausente en la caja donde dormía el niño, pero no dijo nada ni lo tocó.

Esa misma noche cayó Anna enferma con unas fiebres que le duraron varias semanas. Se pasó la mayor parte del tiempo en su lecho, inactiva, y sólo unas pocas veces —por la mañana, cuando la fiebre bajaba un poco— lograba arrastrarse hasta la caja y arropar bien al crío.

A la cuarta semana de su enfermedad se presentó Otterer en el patio con un carro de adrales y se los llevó a ella y al niño. Anna lo aceptó todo sin rechistar.

Sólo muy lentamente fue recuperando sus fuerzas, cosa nada extraña con las sopas aguadas que tomaba en la casucha del aldeano. Pero una mañana, viendo lo sucio que tenían al niño, decidió levantarse.

El pequeño la recibió con su amigable sonrisa que, según decía siempre el granjero, le venía de ella. Había crecido y gateaba con increíble rapidez por todo el dormitorio, palmeando con sus manitas y lanzando grititos cada vez que se caía de bruces. Anna lo bañó en una tina de madera y recuperó la confianza en sí misma.

A los pocos días, sin embargo, no pudiendo resistir más tiempo la vida con Otterer, envolvió al niño en un par de mantas, cogió una hogaza y un poco de queso y se marchó.

Se había propuesto llegar hasta Sonthofen, pero no fue muy lejos. Tenía aún muy débiles las piernas, el camino estaba cubierto de nieve que empezaba a fundirse, y la gente de los pueblos se había vuelto desconfiada y avara debido a la guerra. Al tercer día de camino se dislocó un pie en la cuneta y tuvo que esperar muchas horas angustiada por el niño, hasta que los recogieron y llevaron a una granja, donde fue instalada en el establo. El pequeño gateaba por entre las patas de las vacas y se limitaba a reír cuando ella lanzaba gritos de angustia. Al final no tuvo más remedio que revelar a los granjeros el nombre de su marido y éste vino a llevárselos de vuelta a Mering.

A partir de entonces no volvió Anna a intentar ninguna fuga y aceptó resignada su destino. Trabajaba duramente. Era difícil sacar algún provecho de esa parcela tan pequeña y mantener a flote la reducida economía doméstica. Pero el hombre no era descortés con ella y el pequeño comía hasta saciarse. Su hermano también aparecía por ahí de vez en cuando llevando algún regalo, y un día ella pudo incluso mandar teñir de rojo una chaquetita para el crío. Eso debía sentarle bien al hijo de un tintorero, pensó.

Con el tiempo acabó considerándose feliz y vivió muchas alegrías educando al

pequeño. Así transcurrió aquel año.

Pero un día fue al pueblo a comprar jarabe y, al volver, no encontró al niño en la casucha. Su marido le contó que una señora bien vestida había pasado en un lujoso carruaje y se había llevado al pequeño. Aterrada, Anna avanzó tambaleando hasta la pared, y esa misma noche se puso en camino hacia Augsburgo con un atado de víveres por todo equipaje.

Lo primero que visitó en la ciudad imperial fue la curtiduría. No la dejaron entrar y no pudo ver al pequeño.

La hermana y el cuñado intentaron en vano consolarla. Anna se presentó ante las autoridades gritando, fuera de sí, que le habían robado a su hijo. Llegó al extremo de insinuar que los ladrones habían sido protestantes. Mas no tardó en enterarse de que corrían otros tiempos y se había sellado la paz entre católicos y protestantes.

Apenas hubiera conseguido algo de no haber venido en su ayuda una circunstancia particularmente feliz. Su caso cayó en manos de un juez que era una persona muy peculiar.

Se trataba del juez Ignaz Dollinger, célebre en toda Suavia por su erudición y ordinariez, bautizado por el príncipe elector de Baviera, cuyo litigio con la ciudad imperial él había zanjado, con el mote de «palurdo latinajero», pero elogiado por el pueblo en una larguísima copla.

Ante él se presentó Anna acompañada por su hermana y su cuñado. El anciano, de baja estatura y desmedida corpulencia, los recibió sentado en un minúsculo cuartucho sin ningún adorno, entre pilas de pergaminos. Tras escuchar muy brevemente a la joven anotó algo en una hoja y gruñó: «¡Párate ahí, pero rápido!», señalando con su pequeña y tosca mano un punto del cuarto en el que caía la luz por un estrecho ventanuco. Observó detenidamente el rostro de la joven durante unos minutos y, lanzando un profundo suspiro, le indicó por señas que se marchara.

Al día siguiente la mandó llamar con un alguacil, y, cuando ella aún estaba en el umbral, le gritó:

—¿Por qué no dijiste de entrada que había una curtiduría y una jugosa propiedad de por medio?

Anna dijo tenazmente que a ella sólo le importaba el niño.

—¡No te hagas ninguna ilusión con la curtiduría! —exclamó el juez—. Si el bastardo es realmente tuyo, la propiedad pasará a los parientes de Zingli.

Anna asintió con la cabeza, sin mirarlo. Luego dijo:

—El no necesita la curtiduría.

—¿Es tuyo? —ladró el juez.

—Sí —dijo ella en voz baja—. ¡Ojalá pudiera estar conmigo hasta que sepa todas las palabras! De momento sólo sabe siete.

El juez tosió y ordenó los pergaminos que había encima de su mesa. Luego dijo

en tono más calmado, aunque aún con cierta irritación:

—Tú quieres al renacuajo, y la cabra aquella de las cinco enaguas de seda también lo quiere. Pero él necesita a su verdadera madre.

—Así es —dijo Anna mirando al juez.

—Ahora lárgate —gruñó Dollinger—. El sábado celebraré el juicio.

Aquel sábado, la calle mayor y la plaza del ayuntamiento, junto a la torre de Perlach, eran un hervidero de gente ansiosa por asistir al juicio sobre el «niño protestante». El extraño caso había causado gran revuelo desde el primer momento, y en las casas y tabernas se discutía sobre cuál sería la verdadera madre y cuál la impostora. Además, el viejo Dollinger era ampliamente conocido por el tono popular de sus juicios, en los que sacaba a relucir dichos mordaces y sabias sentencias. Sus procesos atraían más gente que las ferias o la consagración de una iglesia.

Por eso se agolparon frente al ayuntamiento no sólo muchos augsburgueses. También un respetable número de campesinos de los alrededores habían hecho acto de presencia. El viernes era día de mercado, y muchos habían pernoctado en la ciudad esperando asistir al proceso.

La sala en la que Dollinger administraba justicia era el denominado «Salón Dorado», famoso por ser el único de sus proporciones en toda Alemania que no tenía columnas. El artesonado estaba suspendido del caballete del tejado mediante cadenas.

El juez Dollinger, una montaña de carne pequeña y redonda, se había sentado frente al portón de bronce que permanecía cerrado en una de las paredes laterales. Una sencilla cuerda delimitaba el espacio reservado al público. Pero el juez no se instalaba en un estrado ni tenía mesa alguna. El mismo lo había dispuesto así años atrás; daba mucha importancia al decorado.

Dentro del espacio acordonado se hallaban Frau Zingli con su tío, los parientes suizos del difunto Herr Zingli —dos caballeros dignos y bien vestidos, con aspecto de comerciantes acaudalados, que acababan de llegar a la ciudad— y Anna Otterer con su hermana. Junto a Frau Zingli se veía a una nodriza con el niño.

Todos, partes y testigos, estaban de pie. El juez Dollinger solía decir que las vistas eran más breves cuando los litigantes tenían que estar en esa posición. Aunque tal vez los hiciera quedarse de pie sólo para que lo ocultaran ante el público, que si quería ver al juez tenía que ponerse de puntillas o estirar mucho el cuello.

Nada más iniciarse la vista se produjo un incidente. En cuanto vio al niño, Anna lanzó un grito y avanzó hacia él; la criatura también quiso ir a su encuentro y empezó a patalear con fuerza y a berrear en los brazos de la nodriza. El juez ordenó que lo sacaran de la sala.

Luego llamó a Frau Zingli.

Esta avanzó precedida por el fru-fru de sus enaguas y, llevándose de rato en rato un pañuelito a los ojos, contó cómo los soldados imperiales habían raptado al niño

durante el saqueo. Aquella misma noche se había presentado la criada en casa de su tío para decirles, esperando recibir probablemente una propina, que el niño seguía en la casa saqueada. Sin embargo, una cocinera de su tío a la que enviaron a la curtiduría no encontró allí al niño, por lo que ella supuso que esa persona (y señaló a Anna) se había apoderado de la criatura para conseguir dinero mediante algún tipo de chantaje. Y tarde o temprano habría presentado sus reclamaciones si antes no le hubieran quitado al niño.

El juez Dollinger llamó entonces a los dos parientes de Herr Zingli y les preguntó si en aquel momento se habían interesado por el difunto y qué les había dicho Frau Zingli.

Ellos respondieron que ésta les hizo saber que su marido había sido asesinado y ella había confiado al niño a una criada suya con la que estaba en buenas manos. Hablaron de la viuda en términos muy pocos cordiales, lo cual no era de extrañar, pues si Frau Zingli perdía el proceso, la propiedad pasaría a manos de ellos.

Después de su declaración, el juez volvió a dirigirse a Frau Zingli para preguntarle si durante el asalto no habría perdido simplemente la cabeza y abandonado al niño.

Frau Zingli lo miró con sus ojos celestes fingiendo asombro y replicó, ofendida, que ella no había abandonado a su hijo.

El juez Dollinger carraspeó y le preguntó, interesado, si creía que había madres capaces de abandonar a su hijo.

Que no lo creía, dijo ella con voz firme.

El juez le preguntó entonces si creía que una madre que, pese a todo, lo hiciera, merecería una paliza en el trasero independientemente de las enaguas que llevara puestas.

Frau Zingli no respondió, y el juez llamó a declarar a Anna, la ex criada. Esta compareció en seguida y repitió en voz baja lo que ya había dicho en la instrucción previa. Pero hablaba como si al mismo tiempo estuviera escuchando, y de rato en rato dirigía la mirada hacia la puerta por la que se habían llevado al niño, como temiendo oír aún su llanto.

Declaró que, efectivamente, aquella noche había ido a casa del tío de Frau Zingli, pero que luego no volvió a la curtiduría por miedo a las tropas imperiales y porque estaba preocupada por su propio hijo ilegítimo, que se hallaba al cuidado de gente muy buena en la vecina localidad de Lechhausen.

El viejo Dollinger la interrumpió bruscamente para comentar que al menos una persona en la ciudad había sentido algo parecido al miedo, y que le complacía poder constatarlo, pues ello demostraba que al menos una persona había conservado un mínimo de sentido común aquella noche. De todas formas, no había estado bien que la testigo sólo se hubiera preocupado por su propio hijo, aunque, como rezaba el

dicho popular, la sangre llama, y una madre de verdad hasta llegaría a robar por su hijo, algo, sin embargo, estrictamente prohibido por la ley, pues la propiedad es la propiedad y quien roba, miente, y mentir también estaba prohibido por la ley. Y acto seguido pronunció una de sus sabias y burdas lecciones sobre la artería de quienes engañan a los tribunales hasta que la cara se les pone azul, y tras una breve digresión sobre los campesinos que mezclan con agua la leche de inocentes vacas, y el magistrado de la ciudad que exige impuestos abusivos a los campesinos —digresión que nada tenía que ver con el proceso—, anunció que la declaración testimonial había concluido sin dar ningún resultado.

Luego hizo una larga pausa en la que evidenció todos los signos de la perplejidad, mirando a su alrededor como si esperase alguna sugerencia para llegar a una solución.

Los asistentes se miraban atónitos, y algunos estiraban el cuello para intentar echarle una ojeada al desvalido juez. En la sala reinaba, sin embargo, un silencio absoluto, y sólo llegaba el bullicio de la multitud desde la calle.

Por último, el juez tomó nuevamente la palabra, suspirando.

—No se ha podido establecer quién es la verdadera madre —dijo—. Es lamentable por el niño. Todos sabemos que hay padres que escurren el bulto y no quieren ser padres, los muy granujas, pero resulta que aquí se han presentado dos madres a la vez. Este tribunal las ha escuchado todo el tiempo que merecían ser escuchadas, es decir, cinco minutos cada una, y ha llegado al convencimiento de que ambas mienten como condenadas. Sin embargo, y como ya dijimos, hay que pensar también en el niño, que necesita una madre. Por lo tanto, y sin dar crédito a simples habladurías, tenemos que determinar cuál es la verdadera madre de la criatura.

Y con voz enojada llamó al alguacil y le ordenó que trajera una tiza.

El alguacil fue y volvió con un trozo de tiza.

—Con ella traza en el suelo un círculo en cuyo interior quepan tres personas —le indicó el juez.

El alguacil se arrodilló y trazó con la tiza el círculo deseado.

—Ahora trae al niño —ordenó el juez.

Trajeron al crío, que al punto rompió a llorar y quiso irse con Anna. El viejo Dollinger no se preocupó del lloriqueo y pronunció su alocución en un tono de voz más alto.

—La prueba que ahora vamos a realizar —anunció—, la encontré en un libro antiguo y es considerada excelente. La idea en que se basa la prueba del círculo de tiza es que la verdadera madre será reconocida por su amor al niño. Hay que poner a prueba, pues, la intensidad de ese amor. ¡Alguacil, coloca al niño dentro del círculo!

El alguacil cogió al niño, que no paraba de berrear en brazos de su nodriza, y lo instaló dentro del círculo. Dirigiéndose a Frau Zingli y a Anna prosiguió entonces el

juez:

—Colocaos también vosotras dentro del círculo, coged al niño de una mano cada una y, cuando yo diga «¡Ya!», intentad sacar al pequeño del círculo. Aquella de vosotras cuyo amor sea el más fuerte también tirará de él con mayor fuerza y lo atraerá a su lado.

En el salón reinaba ahora cierta agitación. Los asistentes se ponían de puntillas y discutían con los que tenían delante para ver mejor.

Pero volvió a hacerse un silencio de muerte cuando ambas mujeres entraron en el círculo y cada una cogió al niño por una mano. También éste había enmudecido, como si intuyera de qué iba la cosa. Miraba a Anna alzando su carita bañada en lágrimas. Y entonces el juez exclamó: «¡Ya!»

De un solo tirón violento, Frau Zingli arrancó al niño fuera del círculo de tiza ante la mirada aturdida e incrédula de Anna. Esta lo había soltado en seguida por temor a hacerle daño si ambas tiraban de sus bracitos simultáneamente y en direcciones opuestas.

El viejo Dollinger se puso en pie.

—Y ahora ya sabemos —dijo en voz alta— quién es la verdadera madre. Quitadle el niño a esa marrana. Sería capaz de hacerlo añicos con la mayor sangre fría.

Y, tras saludar a Anna con una leve inclinación de cabeza, abandonó rápidamente la sala y se fue a desayunar.

Y en las semanas siguientes, los campesinos de la comarca, que no tenían un pelo de tontos, comentaban entre ellos que, cuando le adjudicó la criatura, el juez le había guiñado un ojo a la mujer de Mering.

Cultura gastronómica

Estábamos sentados en sillas de paja trenzada, en el comedor de una de esas deliciosas casas de campo antiguas que hay en los alrededores de París. A través de una alta y estrecha ventana, que bajaba hasta el piso de piedra, penetraba a ratos el traqueteo de un tren o los bocinazos de algún coche, y sobre el papel floreado de tono verdoso que recubría la pared, temblaba el resplandor de los leños de la chimenea, donde nuestro anfitrión, el pintor, apodado «la montaña» por su corpulencia, hacía girar un enorme trozo de carne en un asador de hierro apoyado sobre un trípode. De pie ante una mesita laqueada, una mujer estaba aliñando la ensalada en una bandeja gigantesca y con los mismos gestos armoniosos con los que, cada noche, extasiaba a sus oyentes del Boul Miche cuando les aliñaba alguna de sus picantes *chansons*. El pequeño y enjuto marchante de cuadros la vigilaba desde su silla, y cada vez que ella cogía los frasquitos de aceite o de vinagre, lo miraba primero en espera de su aprobación. La responsabilidad era demasiado grande para una persona tan pequeña.

Presidida por el enorme trozo de asado que chorreaba pringue, la conversación giraba en torno al materialismo en la filosofía alemana. La «montaña» estaba profundamente descontento con él.

—Hay que ver lo que han hecho con el materialismo estos alemanes —afirmó indignado—. Lo han espiritualizado a tal punto que, de hecho, en sus sistemas ya sólo trasguea un fantasma de materia. Era lógico esperar que, en cuanto cayera en sus manos, el materialismo dejaría de ser una forma de vida. Sencillamente no saben vivir, y su filosofía está ahí para enseñarles cómo hacer para no vivir. Desde un principio excluyeron del ámbito de sus reflexiones al materialismo «bajo» y se volvieron hacia el más elevado, que nada tiene que ver con los placeres de la mesa porque no tiene nada que ver con nada.

Yo protesté débilmente, pero la «montaña» se había animado.

—¡Un materialismo con seis días sin carne por semana! Tome usted el amor, por ejemplo. ¡Para los alemanes es una excitación anímica! Pero apenas si hay otra excitación concomitante. Las parejas quieren sentirse ante todo «gemütlich», «a gusto». El amor no debe ser inocente.

Esto último me asombró un poco, pero luego comprendí que había querido decir «indecente». Hablábamos en alemán. En francés no existen palabras como «gemütlich», que da la idea de estar a gusto, en un ambiente de placentera intimidad.

El marchante de cuadros estaba alarmado.

—¡Por Dios, Jean, no te excites! —exclamó—; haces girar el asador demasiado deprisa. Acabarás con el materialismo alemán, pero también con nuestra materia, aquel trozo de carne. Claro que hay algo de cierto en lo que dices. Me gustan los alemanes. ¿Quién podría decir que no tienen cultura? ¡Qué música! Hasta pueden darse el lujo de tener gente como aquel monstruo de Wagner. Pero eso no importa. Su cultura quizá sea un pelín demasiado espiritual, ¿verdad? Hay que tener espíritu, pero también cuerpo. ¿De qué, si no, sirve el espíritu? Y realmente no parece quedar mucho de lo que ellos refinan. Su literatura demuestra, en efecto, que su amor se vuelve un tanto asexuado cuando lo refinan. Hasta de la naturaleza sólo pueden disfrutar cuando presienten la muerte de forma muy diversa. Tienen sensaciones hermosas, pero a gran profundidad, según parece. El sexto sentido está presente en ellos, pero ¿qué hay de los otros cinco? El pan, el vino, la silla, tus brazos, Yvette, en una palabra, las materias básicas se les volatilizan fácilmente. No cultivan lo elemental en forma paralela. Y es probable que exageren demasiado la diferencia entre animal y hombre. Cultivan sólo al hombre, y no a la bestia que hay en él. Y así dejan mucho de lado. Su espíritu tiene demasiado poco que ver con el asado de ternera. Su gusto estético y el de su paladar son cosas demasiado diferentes, y su sensibilidad ante la belleza los abandona en las funciones más corporales.

—Cada frase es una ofensa —comenté riendo.

—¡Ah! —dijo él con aire satisfecho—, nosotros somos una raza glotona. Cuando se habla de comida se nos tiene que tomar en serio.

La ensalada estaba lista. Con su cucharón de mango largo la «montaña» iba echando nervosamente pringue sobre el asado, que se empezó a dorar muy pronto.

—A mí también me gustan los alemanes —dijo Yvette con aire ensoñador—, se lo toman todo en serio.

—Eso es lo peor que se ha dicho hasta el momento de nosotros —protesté—. Alegraos de que mi reacción sea tan sólo espiritual y no le tire a nadie este taburete en la cabeza. ¡Vaya modales en la mesa! El asado está a punto, la ensalada está deliciosa, el invitado está advertido. Lo examinarán para ver si está a la altura de los placeres que se le ofrecen. ¡Y pobre de él si no se relame!

Yvette se levantó, estupefacta.

—¡Oh, ya lo habéis intimidado! ¡Ahora se le atragantará todo!

La «montaña» manipuló hábilmente el trozo de asado hasta dejarlo sobre la mesa, y cogió el cuchillo.

—Pues le diré lo que pienso de *nosotros* y eso igualará el tanteo. Sobre nuestra política, por ejemplo, ¿eh, *mon ami*?

—Seré *yo* el que hable sobre eso —dije yo, y hablé.

El asado estaba exquisito, un poema. Estuve a punto de decirlo en voz alta, pero

me contuve por temor a que me preguntaran inmediatamente si conocía un solo poema alemán que mereciera el calificativo de «asado». ¡Mejor seguir con la política!

El marchante se ensañó particularmente con el tema de la política colonial.

Yvette se volvió hacia mí.

—¿Sabía usted que Jean fue oficial del ejército colonial? Y ahora le tendrá que contar la historia de los cabilas y el cocinero en las casamatas de Tánger, ¡como castigo!

—Ya he sido castigado —dije yo—. Aunque ahora me den de comer. Mi última comida de condenado, sólo que me la dan *después de* la ejecución.

—Como castigo para *él* —aclaró Yvette—. Por haber sido chauvinista.

La «montaña» sonrió. Partió un pan blanco, dejó caer los trozos en su plato y rebañó con ellos el jugo mientras empezaba a contar obedientemente su historia.

«Fue en la guerra del Rif. Un asunto horroroso. Atacamos a un pueblo extranjero y luego lo tratamos como a un grupo de sediciosos. Ya se sabe, a los bárbaros se los puede tratar bárbaramente. Este deseo de ser bárbaros induce a los gobiernos a calificar de bárbaro al enemigo. Yo no siempre he visto así las cosas. Yvette tiene razón al pedirme que vuelva a contar la historia como castigo, pues antes la contaba de otra forma. Una vez la conté como ejemplo del chauvinismo de nuestros enemigos. Pero entretanto la historia me ha abierto los ojos. Como usted sabe, yo era oficial. No hablaré del curso de la guerra. Más vale olvidarlo. Incendiábamos y ametrallábamos a diestro y siniestro, y los periódicos hablaban de estrategia. Nuestras armas eran, claro está, mejores, de modo que los generales podían alabar nuestro heroísmo. Como fui herido levemente, comía con el comandante en el casino de las casamatas. Por eso estuve presente cuando se investigó el asesinato de uno de los cocineros a manos de los cabilas del Rif allí recluidos. Le diré de entrada que no dio ningún resultado.

»Muy pronto quedó claro que el cocinero había muerto víctima de su bondad. Los cabilas, unos setenta en total, habían sido ingresados esa misma tarde en el fuerte. Por cierto que su estado general no era particularmente bueno, ya llevaban dos días de camino ¡y por qué caminos! Sobre todo estaban muertos de hambre. Pero en el fuerte ya habían distribuido la ración del día, por lo que hasta la mañana siguiente no podían servirles nada. Estaban de pie o tumbados en una de las covachas de piedra, y pedían comida a gritos. Los más fuertes se arrastraban hasta las rejas de hierro y maldecían o insultaban a los guardianes.

»El cocinero, en la vida civil propietario de una pequeña pescadería en Marsella, se tomó aquello muy a pecho y empezó a pensar cómo podría saltarse el reglamento. ¡Honor a su memoria! Era el único representante de la Francia de la Convención.

»Por la noche colgó un cesto lleno de hogazas que había ido guardando en algún sitio, y un puñado de cigarrillos para sobornar a los guardianes. Compró los

cigarrillos en la cantina con su dinero. Como ya he dicho, ¡que la tierra le sea leve!

»La cosa resultó. Los centinelas no eran monstruos, sino fumadores, y los prisioneros recibieron sus hogazas.

»Al atardecer, el cocinero volvió a bajar hasta las covachas porque se le había olvidado el cesto y no quería que lo encontraran durante la inspección matinal. Usted ya me entiende, todo el asunto era ilegal.

»A la mañana siguiente encontraron su cadáver en la casamata.

»Cuando se realizó el cambio de guardia hubo todo un escándalo. Los prisioneros se quejaron a gritos de que les habían dado panes demasiado viejos. De hecho, tan sólo uno de ellos había sido capaz de terminar su hogaza.

»Pero en un rincón yacía el cocinero con el cráneo destrozado.

»En realidad aquí termina la historia. La investigación no dio resultado alguno. El cocinero había llevado pan a los prisioneros, y éstos lo habían matado pese a todo. Imposible saber cómo. Se inspeccionó a fondo la celda y no se encontró arma alguna. Estábamos ante un enigma. Y como ese enigma nunca fue aclarado, la historia tampoco tiene gracia. La verdad es que no puede servir como ejemplo de chauvinismo: esta idea es ridícula. Quizás esos cabilas fueran chauvinistas, pero nosotros éramos peores. Desde muy jóvenes nos han lavado el cerebro, tal es mi única excusa por haber enjuiciado tan erróneamente este incidente. A lo sumo demuestra que no se puede ser bondadoso en la guerra. No podemos decir: queremos ametrallar a mujeres y niños, pero no iremos más lejos. Queremos ser bestias, pero sólo hasta cierto punto. El cocinero tampoco podía decir: ahora ya no soy francés ni soldado, sino sólo cocinero. El montón de hogazas no engañó a los cabilas.

Hacía rato que la «montaña» había acabado de comer, y ahora jugueteaba con las migas de pan blanco.

Tras un breve silencio habló el marchante:

—Pero sí podemos brindar por el hombre de Marsella. Cometió un error, pero hay errores terribles.

Apuramos nuestras copas. Mas yo no pude evitar la siguiente observación:

—¡*Otra* raza que no sabe apreciar el pan!

Nos reímos.

Yvette sirvió el queso. El pequeño marchante ya había alzado el cuchillo cuando se le ocurrió algo:

—El enigma puede esclarecerse —dijo lentamente—. Y yo puedo decirles por qué mataron al cocinero.

—¿Por qué? —preguntó la «montaña».

—No fue «pese a que», sino «porque» les llevó las hogazas. Eran panes demasiado viejos, tú mismo lo has dicho. Incomibles, duros.

—Excepto uno —murmuró la «montaña»—. Sí, quizás pueda interpretarse así,

Pero eso no resuelve el enigma. Sólo proporciona un motivo.

—Queda la cuestión del arma —dijo el marchante—. Pero también tiene solución. Yo sugiero que el arma fue una hogaza. Una hogaza vieja, demasiado dura para los órganos masticatorios de los cabilas. Y demasiado dura también para el cráneo del cocinero.

La «montaña» abrió asombrado sus azules ojos de niño.

—Realmente una buena idea —dijo con admiración—. ¿Quizás también sepas quién fue el asesino?

—Por supuesto —dijo el marchante de cuadros sin rodeos—. El asesino fue el cabila que se comió su hogaza a pesar de que estuviera dura. Tuvo que comérsela para que no descubrieran las manchas de sangre que tenía.

—¡Oh! —exclamó Yvette.

—Sí —dijo el pequeño marchante en tono serio—. Ellos sabían mucho de pan. La cultura estaba de su parte.

César y su legionario

1. *César*

Desde principios de marzo supo el dictador que los días de la dictadura estaban contados.

Un forastero que llegase de alguna de las provincias quizás hubiera encontrado la capital más imponente que nunca. La urbe había crecido desmesuradamente; una abigarrada mezcla de pueblos llenaba hasta los topes los distintos barrios; inmensos edificios públicos estaban en vías de conclusión; la city hervía de proyectos; la vida comercial se desarrollaba con normalidad; los esclavos eran baratos.

El régimen parecía consolidado. El dictador acababa de ser nombrado dictador vitalicio y estaba ya preparando *la más grande de sus empresas*, la conquista de Oriente, la tan esperada campaña de Persia, una auténtica segunda expedición de Alejandro.

César sabía que no sobreviviría aquel mes. Se hallaba en la cumbre de su poderío. Ante él se abría, pues, el abismo.

La gran sesión del 13 de marzo en el senado, en la que el dictador habló en su discurso contra «la amenazadora actitud del gobierno persa» y comunicó asimismo que había reunido un ejército en Alejandría, la capital de Egipto, puso de manifiesto la postura extrañamente indiferente, por no decir fría, del senado. Mientras él pronunciaba su discurso, circuló entre los senadores una ominosa lista con las cantidades que César había depositado en varios bancos de España bajo nombre falso: *¡El dictador saca al extranjero su fortuna personal (110 millones)!* ¿Acaso no creía en su guerra? ¿O tenía en mente no una guerra contra Persia, sino contra Roma?

El senado aprobó los créditos de la campaña, por unanimidad, como de costumbre.

En el palacio de Cleopatra, centro de todas las intrigas relacionadas con Oriente, se ha reunido un grupo de prominentes militares. La reina de Egipto es la verdadera instigadora de la guerra contra Persia. Bruto y Casio, así como otros oficiales jóvenes, la felicitan por el triunfo de su política belicista en el senado. Su ocurrencia de hacer circular la ominosa lista es debidamente admirada y festejada. Menuda sorpresa se llevará el dictador cuando intente cobrar los créditos concedidos en la city…

Efectivamente, César, al que pese a toda esa condescendencia no se le ha escapado la frialdad del senado, tiene oportunidad de observar una actitud sumamente irritante también en la city. En la Cámara de Comercio reúne a los financieros ante un enorme mapa colgado en la pared y les explica sus planes de campaña contra Persia y la India. Los caballeros asienten con la cabeza, pero luego empiezan a hablar de las Galias, conquistadas hace años, y en las que han vuelto a estallar sangrientas revueltas. El «Nuevo Orden» no funciona. Surge una propuesta: ¿No sería mejor iniciar la nueva guerra en otoño? César no responde, sino que abandona bruscamente la sesión. Mano en alto, los financieros hacen el saludo romano. Alguien murmura: «¡Ya no tiene bríos este hombre!»

¿Qué pasa? ¿De pronto ya no quieren la guerra?

Las interpelaciones revelan un hecho desconcertante: las fábricas de armamentos preparan febrilmente la guerra; sus acciones se disparan en el mercado; también registran un alza los precios de los esclavos…

¿Qué significa todo esto? ¿Quieren la guerra del dictador y le niegan el dinero para llevarla a cabo?

Al anochecer sabe César lo que aquello significa: *quieren la guerra, mas no bajo su mando.*

Ordena detener a cinco banqueros, pero esta vez se halla, para gran asombro de su asistente, que lo ha visto perfectamente tranquilo en medio de las batallas más sangrientas, profundamente afectado, al borde de una depresión nerviosa. Se calma un poco cuando llega Bruto, a quien quiere mucho. De todas formas, no se siente aún lo suficientemente fuerte como para examinar un expediente que le ha enviado su hombre de confianza en la city. Contiene los nombres de varios conjurados, entre ellos Bruto, que preparan un atentado contra su vida. El miedo a encontrar también nombres conocidos en el grueso expediente («¡es tan grueso, tan atrozmente grueso!»), impide al dictador abrirlo. Bruto necesita un vaso de agua cuando César devuelve finalmente, sin abrirlo, el legajo a su secretario, para leerlo más tarde.

Gran revuelo se arma en el palacio de Cleopatra cuando Bruto, pálido y consternado, informa que existe un expediente sobre el complot y que César puede leerlo en cualquier momento. Cleopatra intenta tranquilizar a los presentes apelando a su honor de soldados, y da ella misma la orden de liar los bártulos.

En casa de César se presenta entretanto el edil de la policía. Es el tercero que ocupa este cargo en lo que va del año (tan sólo dos meses); sus dos predecesores habían sido destituidos por su implicación en diversos complots. El edil garantiza la seguridad personal del dictador pese a la zozobra que en la city ha producido la detención de los banqueros, en cuyo favor intervienen círculos muy influyentes… La guerra con Persia, de cuya inminencia parece estar convencido el edil, hará enmudecer, según él, a la oposición. Mientras éste le expone detalladamente las

amplias medidas de protección que considera necesarias, César ve a través de él, como en una visión, la forma en que habrá de morir; pues va a morir muy pronto.

Se hará llevar al pórtico de Pompeyo, donde bajará; allí despachará a los peticionarios, entrará en el templo, buscará con la mirada a tal o cual senador y lo saludará, luego se sentará en su silla. Se celebrarán algunas ceremonias, las ve perfectamente. Y después se acercarán los conjurados con algún pretexto —en la visión de César no tienen rostros, sólo manchas blancas allí donde debieran estar los rostros. Uno de ellos le dará a leer algo, él lo cogerá, y todos se precipitarán sobre él: y *morirá*.

No, ya no habrá guerra de Oriente para César. La mayor de todas sus empresas no llegará a realizarse: *habría consistido en llegar vivo a un barco* que pudiera llevarlo a Alejandría, ciudad donde se hallaban sus tropas y único lugar donde quizá hubiera podido estar seguro.

Cuando, ya muy avanzada la noche, los centinelas ven entrar a unos señores en los aposentos del dictador, se imaginan que son generales e inspectores militares que quieren discutir con él sobre la guerra contra Persia. Pero no son sino médicos: el dictador necesita un somnífero.

El día siguiente, 14 de marzo, transcurre confusa y penosamente. Durante su ejercicio matinal a caballo, en la escuela de equitación, César tiene una gran idea. El senado y la city están contra él, ¿qué más da? *¡Él se dirigirá al pueblo!*

¿Acaso no fue ya una vez el gran tribuno de la plebe, la sabia esperanza de la democracia? Había presentado un gigantesco programa con el que sembró el pánico en el senado: repartición de los latifundios, asentamientos para los pobres.

¿La dictadura? ¡*No* habrá más dictadura! El gran César abdicaría, se retiraría de la vida pública, se iría, por ejemplo, a España…

Es un hombre cansado el que sube al caballo y se deja llevar, abúlico, por la pista circular de la escuela de equitación; luego (al pensar en ciertas cosas…, el pueblo, por ejemplo), se yergue en su silla de montar, tira de las riendas, espolea al caballo y lo hace correr hasta dejarlo bañado en sudor. Un hombre nuevo, rejuvenecido, abandona la escuela de equitación.

No muchos de los que juegan al gran juego se sienten esa mañana tan seguros como César de que…

Los conjurados aguardan la detención. Bruto aposta centinelas en sus jardines; en distintos puntos hay caballos listos. En más de una casa se queman papiros. En su palacio junto al Tíber, Cleopatra empieza a prepararse para el día de su muerte. César debe de haber leído el expediente hace ya rato. La reina se acicala cuidadosamente, manumite a sus esclavos, distribuye regalos. Pronto llegarán los esbirros.

La oposición dio ayer su golpe. Hoy debe producirse el contragolpe del régimen.

En la audiencia matinal del dictador puede apreciarse qué aspecto tendrá el

contragolpe.

En presencia de varios senadores habla César de su nuevo plan. Convocará elecciones y abdicará. Su consigna será: *¡Contra la guerra!* El ciudadano romano conquistará suelo itálico, no persa. Pues ¿cómo vive el ciudadano romano, el dominador del mundo? César lo describe.

Rostros de piedra escuchan la pavorosa descripción de la miseria del ciudadano romano común y corriente. El dictador se ha quitado la máscara; quiere soliviantar a la plebe. Media hora más tarde lo sabrá toda la city. Y entonces desaparecerán las hostilidades entre la city y el senado, entre los banqueros y los oficiales, y todos estarán de acuerdo en una cosa: ¡hay que acabar con César!

Antes de concluir su discurso, César sabe que ha cometido un fallo. No debió ser tan sincero. Cambia, pues, bruscamente de tema y saca a relucir su acrisolado encanto personal. Sus amigos no tendrán nada que temer. Sus latifundios están seguros. Cierto es que se ayudará a los arrendatarios a convertirse en dueños de la tierra, pero esto lo hará el Estado, con fondos públicos. Todos los presentes tendrán un buen verano, serán huéspedes suyos en Baia.

Cuando se marchan tras haberle agradecido la invitación, César ordena la destitución y el arresto del edil de la policía que la noche anterior había puesto en libertad a los banqueros detenidos. Acto seguido envía a su secretario a sondear el ambiente de los círculos democráticos. Todo depende ahora de la postura del pueblo.

Los círculos democráticos son los políticos de los clubes obreros disueltos tiempo atrás, que en los buenos tiempos de la república desempeñaron un papel fundamental en las elecciones. La dictadura de César echó por tierra ese aparato político, otrora muy poderoso, y con parte de sus miembros organizó una guardia civil, los llamados clubes callejeros. También éstos fueron disueltos. Ahora, sin embargo, el secretario Tito Raro anda buscando a los políticos plebeyos para sondear su opinión.

Habla primero con un ex portavoz del gremio de enjabelgadores, luego con un ex agente electoral que ahora es tabernero. Los dos hombres se muestran extremadamente cautos y reacios a hablar de política, y lo remiten al viejo Carpo, el ex líder de los trabajadores de la construcción, sin duda el hombre más influyente en su campo, *pues está en la cárcel.*

Entretanto, César recibe una visita importante: Cleopatra. La reina no ha podido resistir más tiempo la tensión. Debe saber qué piensa de ella. Se ha ataviado para la muerte, recurriendo a todas las artes de Egipto para dar relieve a su belleza, célebre en tres continentes. El dictador parece tener tiempo. Se comporta con ella como lo ha venido haciendo siempre en los últimos años, con exquisita cortesía, dispuesto a darle un consejo en cualquier momento, insinuándole una y otra vez que podría convertirse nuevamente en su amante si ella lo deseara, pues nadie conoce como él la belleza femenina. Pero ni una palabra de política. Ambos se sientan en el atrio y dan de

comer a los peces dorados, o hablan del tiempo. El la invita ese verano a Baia…

Ella sigue intranquila. César no parece haber concluido los preparativos para el contragolpe, probablemente eso sea todo. La reina se marcha con el rostro tenso.

César la acompaña hasta su litera, luego se dirige a las oficinas donde juristas y secretarios trabajan febrilmente en el proyecto de la nueva ley electoral. Su contenido debe permanecer en secreto: a nadie se le permite abandonar el palacio. *Será la constitución más liberal que haya tenido nunca Roma.*

Claro que ahora todo depende del pueblo…

Como Raro tarda muchísimo en volver —¿quedará algo aún por negociar?—, los plebeyos tendrán que aferrarse con ambas manos a esa oportunidad única que les brinda el dictador—, César decide ir a las carreras de galgos. Siente la necesidad de buscar un contacto personal con el pueblo, y al pueblo se le encuentra en las carreras de galgos. El canódromo aún no se ha llenado. César no se dirige al gran palco, sino que toma asiento más arriba, entre la multitud. No tiene por qué temer que lo reconozcan, la gente siempre lo ha visto sólo de lejos.

Observa un rato las carreras y apuesta luego por uno de los perros. Junto a él se ha sentado un hombre al que explica por qué motivos ha elegido justamente aquel galgo. El hombre asiente con la cabeza. En la fila delantera surge un pequeño conflicto. Varias personas parecen haber ocupado asientos que no les corresponden, y los recién llegados los expulsan. César intenta entablar conversación con sus vecinos, habla incluso de política. Pero le responden con monosílabos, y al final se da cuenta de que saben quién es: se ha sentado entre agentes de su propia policía secreta.

Irritado, se levanta y se va. El galgo por el que ha apostado gana la carrera…

Frente al canódromo se encuentra con su secretario, que lo andaba buscando. No le trae buenas noticias. Nadie quiere negociar. Por todas partes reina el miedo o el odio. Sobre todo este último. El hombre en el que confían es Carpo, el obrero de la construcción. César escucha con aire sombrío. Luego sube a su litera y se hace conducir a la cárcel mamertina. Hablará con Carpo.

Pero a Carpo primero hay que buscarlo. ¡Hay tantos ex prisioneros plebeyos pudriéndose por docenas en esas casamatas! Sin embargo, tras varias idas y venidas, y utilizando unas largas sogas, sacan al obrero Carpo del agujero donde estaba encerrado, y el dictador puede por fin hablar con el hombre que se ha ganado la confianza del pueblo de Roma.

Están sentados frente a frente y se observan. Carpo es un hombre mayor, quizás no más viejo que César, aunque parece un octogenario. Muy viejo, muy acabado, pero no vencido. César le expone sin rodeos su inaudito proyecto de reimplantar la democracia, convocar elecciones, retirarse él mismo de la vida pública, etc., etc.

El anciano guarda silencio. No dice ni sí ni no, tan sólo calla. Mira a César fijamente y no abre la boca. Cuando el dictador se marcha, lo vuelven a bajar con las

largas cuerdas al calabozo. El sueño de la democracia se ha disipado. Está claro: si se trata de una revolución, no quieren contar con él. Lo conocen demasiado.

Cuando César vuelve a casa, al secretario le cuesta un poco explicar a los centinelas quién es su acompañante. El nuevo edil ha sustituido a la guardia romana del palacio por una cohorte de negros. Los negros son más seguros, no entienden latín y, por lo tanto, es más difícil que se amotinen y se dejen contagiar por el ambiente de la ciudad. César sabe ahora qué ambiente reina en la ciudad…

En el palacio, la noche transcurre agitada. El dictador se levanta varias veces y recorre los espaciosos salones. Los negros beben y cantan. Nadie se preocupa de él, nadie lo conoce. Se detiene a escuchar una de sus tristes canciones y luego se dirige a los establos, para visitar a su caballo favorito. Al menos el animal lo reconoce… Roma la eterna yace sumida en un sopor desasosegado. En las puertas de los asilos nocturnos hay artesanos arruinados que hacen cola para dormir unas tres horas y leen carteles enormes, medio desgarrados, en los que se reclutan soldados para una guerra en Oriente que ya no tendrá lugar. En los jardines de la *jeunesse dorée* han desaparecido los centinelas de la noche anterior. De los palacios llegan voces de borrachos. Por una de las puertas del sur de la ciudad sale una reducida caravana: oculta en gruesos velos, la reina de Egipto abandona la capital… A las dos de la madrugada, César recuerda algo, se levanta y se dirige en camisón al ala del palacio donde los juristas siguen preparando la nueva constitución. Los manda a dormir.

Al amanecer comunican a César que su secretario Raro ha sido asesinado durante la noche. Por lo visto había trascendido que se hallaba en tratos con políticos plebeyos, y unas manos poderosas, surgidas de la oscuridad, decidieron tomar cartas en el asunto. ¿De quién eran esas manos? Las listas que tenía Raro con los nombres de los conjurados habían desaparecido.

A Raro lo habían asesinado en el palacio. Ya no es, pues, un lugar seguro para los partidarios del dictador. ¿Lo sigue siendo acaso para él mismo?

César se detiene largo rato junto al catre de campaña en el que yace su secretario muerto, su último hombre de confianza, al que dicha confianza le ha costado la vida.

Al salir del aposento es atropellado por un soldado borracho que no se disculpa. El dictador lanza miradas nerviosas a su alrededor mientras baja por la galería.

En el atrio —curiosamente desierto, pues nadie se ha presentado a la audiencia matinal—, tropieza con un mensajero de Antonio; el cónsul y su *henchman* le mandan decir que por nada del mundo vaya hoy al senado. Su seguridad personal está amenazada. César, a su vez, manda decir a Antonio que no irá al senado. Y se hace conducir a la casa de Cleopatra, pasando junto a la larga fila de peticionarios que acuden cada mañana a las puertas de su palacio. Quizá la reina acepte financiar su campaña. En cuyo caso ya no tendría que recurrir ni a la city ni al pueblo.

Cleopatra no está en casa. La casa está cerrada. Al parecer, la reina se ha

marchado por una temporada larga… Y él vuelve al palacio. Curiosamente, la puerta está abierta. Ocurre que los centinelas han abandonado sus puestos. El amo del mundo se incorpora en su litera y contempla su casa, en la que ya no se atreve a entrar.

Podría pedirle una escolta a Antonio. Pero desconfía de cualquier escolta. Es mejor ir sin escolta, en todo caso así no tendrá que temerle. ¿A dónde ir?

Da la orden. Se dirige al senado.

Recostado en su litera, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, se hace conducir al pórtico de Pompeyo. Allí se apea. Despacha a los peticionarios. Entra en el templo. Busca con la mirada a tal o cual senador y lo saluda. Luego se sienta en su silla. Se celebran algunas ceremonias. Y al final se le acercan los conjurados con un pretexto. Ya no tienen manchas blancas sobre sus cuellos como en el sueño de dos noches antes; esta vez todos tienen rostros, los rostros de sus mejores amigos. Uno de ellos le da a leer algo, él lo coge. Y entonces se precipitan sobre él.

2. *El legionario de César*

En las primeras horas de una mañana primaveral, una carreta de bueyes cruza la verde campiña en dirección a Roma. En ella va el arrendatario y veterano de César, Terencio Scaper, de cincuenta y dos años, con su familia y enseres domésticos. La preocupación ensombrece sus rostros. Han sido expulsados de su minifundio por no pagar el arrendamiento. Tan sólo Lucilia, una joven de dieciocho años, ve con buenos ojos la perspectiva de establecerse en la gran ciudad: allí vive su prometido.

Al acercarse a la urbe, advierten que algo extraño está ocurriendo. El control se ha vuelto más riguroso en las barreras, y de rato en rato son detenidos por patrullas militares. Circulan rumores sobre una inminente gran guerra en Asia. El viejo soldado avista los puestos de reclutamiento, para él tan familiares y aún vacíos debido a lo temprano de la hora, y se siente revivir. César prepara nuevas campañas. Terencio Scaper llega, pues, oportunamente. Es el 13 de marzo del año 44 a. de C.

Hacia las nueve de la mañana, la carreta de bueyes avanza por el pórtico de Pompeyo. Una muchedumbre aguarda allí la llegada de César y de los senadores, que han de celebrar una sesión en el templo. En ella, el senado deberá escuchar «una importante declaración del dictador». La guerra es el tema de discusión general; sin embargo, y para gran sorpresa de Scaper, hay patrullas militares que obligan a la gente a circular: Las discusiones cesan en cuanto aparecen los soldados. El veterano intenta abrirse paso con su carreta a toda costa. A medio camino ya, se incorpora en la carreta y grita volviendo la cabeza: «¡Ave, César!» Sorprendido, comprueba que nadie responde a su saludo.

Un tanto irritado, instala a su reducida familia en una posada barata de las afueras

y sale en busca de su futuro yerno, el secretario de César, Tito Raro. Rechaza la compañía de Lucilia. Antes tiene que «arreglar una cuenta pendiente» con el jovenzuelo.

Comprueba que es bastante difícil acceder al palacio de César, en el foro. El control, sobre todo en lo que a armas se refiere, es severísimo. Aire viciado.

Una vez dentro, se entera de que el dictador tiene más de doscientos secretarios. A Raro no lo conoce nadie.

La verdad es que Raro lleva ya tres años sin saludar a su jefe en el ala de la biblioteca del palacio. Es el secretario literario de César y ha colaborado en su obra sobre la gramática. El trabajo permanece intacto, pues el dictador ya no tiene tiempo para esas cosas. Raro se pone contentísimo al ver entrar con paso firme al viejo soldado. ¿Cómo? ¿Que Lucilia está en Roma? Sí, en efecto, pero no es ningún motivo para alegrarse. La familia está en medio de la calle. Principalmente por culpa de Lucilia. Pudo haber sido más condescendiente con el arrendatario principal, el fabricante de cueros Pompilio… ¡Tanto más, cuanto que Raro no volvió a dar señales de vida! El joven se defiende con apasionamiento. Si no fue es porque no le dieron permiso. Hará todo lo posible por ayudar a la familia. Pedirá un anticipo a la administración. Utilizará sus contactos para ascender a Terencio Scaper. ¿Por qué el veterano no habría de ser capitán? Después de todo, se avecinaba una gran guerra.

Ruido de pasos y de armas en el pasillo, la puerta se abre bruscamente: en el umbral aparece César.

El pequeño secretario se queda como petrificado bajo la escrutadora mirada del gran hombre. ¡La primera vez en tres años que César ponía los pies en su gabinete de trabajo! Ni se imagina que *su destino acaba de cruzar el umbral.*

César no ha venido a trabajar en su gramática. Más bien anda buscando un hombre en el cual pueda confiar, es decir un hombre difícil de encontrar en aquel palacio. Al pasar por la biblioteca se acuerda de su secretario literario, un joven totalmente ajeno a la política. Tal vez aún no lo hayan sobornado…

Dos guardaespaldas cachean a Scaper en busca de armas y lo echan fuera. El veterano se marcha muy orgulloso: al parecer, su futuro yerno no es la última rueda del coche en aquel palacio. El gran César lo busca, y eso es buena señal.

También Raro es cacheado en busca de armas. Pero el dictador le confía luego un encargo. Deberá ir a ver a un banquero español, no sin dar ciertos rodeos, y preguntarle de dónde proviene la misteriosa resistencia de la city contra la guerra de César en Oriente.

Mientras tanto, el veterano espera al joven frente al palacio. Al ver que no sale —de hecho, Raro utiliza una puerta trasera—, Scaper parte a informar a su familia del giro favorable que han tomado los acontecimientos. En el camino pasa frente a una oficina de reclutamiento. Sólo se presenta gente joven al servicio militar. Será bueno

estar protegido y llegar a capitán. Para simple soldado ya es demasiado viejo.

Recorre aún varias tabernas, y cuando llega a la pequeña posada de las afueras está ya un poco achispado. Convencido de ser el *capitán* Terencio Scaper, dirige sus iras contra el joven novio de Lucilia, que aún sigue sin aparecer. ¿De modo que el encumbrado señor secretario no tiene tiempo para saludar a su prometida? Necesitaban con urgencia al menos trescientos sestercios. Lucilia tendrá que resignarse a ir donde el fabricante de cueros y pedirle dinero prestado. La joven se echa a llorar. No se explica por qué Raro no aparece. El señor Pompilio no vacilará en prestarle los trescientos sestercios, pero le exigirá algo a cambio. Su padre se pone furioso. No cabe ya ninguna duda de que el jovenzuelo se ha «enfriado». Hay que ponerle fuego en el trasero. No deben hacerle ver que dependen de él. Tendrá que enterarse de que hay otros hombres que saben apreciar a Lucilia. La muchacha se retira llorando y vuelve varias veces la cabeza por ver si aparece Raro.

En ese momento regresa Raro al palacio. Ha recibido del banquero español un expediente que él, a su vez, ha entregado a César. Ahora está intentando cobrar un anticipo de la administración. Y se lleva un gran susto. En vez de darle dinero., lo someten a un interrogatorio, ¿Dónde ha estado? ¿Qué encargo le había dado el dictador? El se niega a responder y se entera de que está despedido.

Lucilia tiene más suerte. En la oficina del fabricante de cueros le dicen, al principio, que el señor Pompilio ha sido detenido. Excitados, los esclavos aún estaban comentando el increíble incidente —sólo explicable porque su amo había manifestado poco antes en público su furibunda oposición al dictador— cuando el señor Pompilio hace su entrada muy sonriente. «Claro está» que ni a él ni a los demás señores de la city podían retenerlos en la cárcel. Por suerte todavía conservan ciertas influencias en la policía. El señor César ya no es tan poderoso en estos días…

Lucilia aún no ha vuelto cuando Raro llega, por fin, a la posada. El veterano está de mal humor, y la familia se niega a revelar dónde está Lucilia. Por otra parte, Raro tampoco ha traído los trescientos sestercios. No se atreve a confesar que lo han despedido y declara, con voz apocada, que no ha llegado a ir a la administración. En ese momento aparece una Lucilia llorosa que se arroja a sus brazos. Pero Terencio Scaper no ve razón alguna para mostrarse mínimamente discreto, e interroga descaradamente a la joven sobre el resultado de su gestión. Sin mirar a Raro a los ojos, Lucilia entrega los trescientos sestercios a su padre. A Raro no le cuesta mucho adivinar de dónde proviene el dinero: ¡Lucilia ha estado donde el fabricante de cueros!

Hecho una furia, el joven arrebata el dinero de las manos del viejo. Se lo devolverá al señor Pompilio al día siguiente. Como mucho a las ocho de la mañana estará de vuelta en la posada y le entregará a Lucilia el dinero necesario. Y luego irá con Terencio Scaper a ver al comandante de la guardia de palacio para hablar sobre el

puesto de capitán.

El veterano acepta a regañadientes. Después de todo, al confidente del amo del mundo no puede resultarle difícil ayudar a la familia de un viejo y benemérito legionario…

A la mañana siguiente, la familia Scaper espera en vano a Raro.

César lo había mandado llamar a primera hora. Con su ayuda, el dictador ha podido desempolvar en la biblioteca un viejo discurso, pronunciado años atrás, en el que exponía su programa democrático. Acto seguido, el secretario se dirige a los suburbios para sondear la opinión de varios políticos plebeyos sobre un eventual restablecimiento de la democracia. El dictador ha ordenado además cambiar la guardia de palacio y detener a su jefe, el mismo que el día anterior había interrogado a Raro.

Terencio Scaper empieza a verlo todo negro. Ya no cree en el prometido de su hija. Esta se ha pasado la noche entera llorando, y en un arrebato les grita a sus padres lo que el fabricante de cueros le había exigido. La madre toma partido por su hija. Y el veterano decide enrolarse como soldado en una oficina de reclutamiento. Tras largos titubeos confiesa a su familia, sin embargo, que se siente demasiado viejo para la revisión médica. La familia lo ayuda solícitamente a rejuvenecer. Lucilia le presta su lápiz de labios, y el hijo menor vigila su forma de andar.

Pero cuando él, ya presentable, llega a la oficina de reclutamiento, la encuentra cerrada. Frente a ella, grupos de jóvenes comentan indignados que la guerra de Oriente ha quedado en nada. Totalmente abatido, el veterano de diez guerras cesáreas vuelve al seno de su familia y encuentra una carta de Raro a Lucilia en la que éste anuncia la inminencia de grandes acontecimientos. En esos momentos se está preparando una ley según la cual los veteranos de César recibirán tierras en arrendamiento y subvenciones estatales. La familia no cabe en sí de alegría.

Pero la carta de Raro, escrita por la mañana, ya ha perdido validez cuando Terencio Scaper la lee. Las indagaciones del secretario revelan que los antiguos políticos plebeyos, perseguidos por César durante años, han perdido toda confianza en las jugadas políticas del dictador.

Raro, que además se ve perseguido, busca vanamente a su amo en el palacio y no lo encuentra hasta el atardecer, presenciando una carrera de galgos en el circo. En el camino al palacio transmite a César el desconcertante resultado de sus pesquisas. Tras un largo silencio, y comprendiendo de pronto el enorme peligro en que se encuentra el dictador, le hace una propuesta desesperada: que César abandone la ciudad en secreto esa misma noche e intente huir a Brundisium, para dirigirse de allí en barco a Alejandría y reunirse con su ejército. Promete tenerle lista una carreta de bueyes. El dictador, recostado en el asiento de su litera, no le responde.

Pero Raro ha decidido preparar esa huida. El crepúsculo caía ya sobre la

gigantesca e inquieta urbe, cargada de rumores, cuando el joven secretario llega al pórtico sur para negociar con la guardia. Después de medianoche pasará por ahí una carreta de bueyes sin ningún salvoconducto. Y entrega al centinela todo el dinero que lleva consigo: exactamente trescientos sestercios.

Hacia las nueve se presenta en la posada de los Scaper. Abraza a Lucilia y pide a la familia que lo dejen a solas con Terencio Scaper. Y entonces se acerca al veterano y le pregunta:

—¿Qué harías tú por César?

—¿Cómo va lo de las tierras en arrendamiento? —pregunta a su vez Scaper.

—Ha quedado en nada —dice Raro.

—¿Y mi puesto de capitán también ha quedado en nada? —pregunta Scaper.

—Tu puesto de capitán también ha quedado en nada —dice Raro.

—Pero ¿tú sigues siendo secretario suyo?

—Sí.

—¿Y te reúnes con él?

—Sí.

—¿Y no puedes convencerlo de que haga algo por mí?

—Ya no puede hacer nada por nadie. Todo ha fracasado. Mañana lo liquidarán como a una rata. A ver, ¿qué harías tú por él? —pregunta el secretario.

El veterano fija en él una mirada incrédula. ¿Que el gran César está liquidado? ¿Tan liquidado que él, Terencio Scaper, debe acudir en su ayuda?

—¿Cómo podría ayudarlo? —pregunta con voz ronca.

—Le he prometido tu carreta de bueyes —dice tranquilamente el secretario—. Tendrás que esperarlo en el pórtico sur a partir de medianoche.

—No me dejarán pasar con la carreta.

—Sí te dejarán. Les he pagado trescientos sestercios por el servicio.

—¿Trescientos sestercios? ¿Los nuestros?

—Sí.

El viejo lo mira fijamente un instante, casi con rabia. Pero al final su mirada revela esa amarga inseguridad del que se ha pasado media vida sometido a la disciplina militar, y, volviendo la cara, farfulla:

—Tal vez sea un negocio tan bueno como cualquier otro. Una vez fuera podrá desquitarse de todo.

Ha recuperado su optimismo: otra vez tiene *esperanza*.

Más difícil le resulta a Raro separarse de Lucilia. Desde que ella volvió a verlo en Roma, no han estado nunca a solas. Ni él ni Terencio le han explicado qué lo mantiene alejado aquellos días. Hasta que por fin se entera. Su joven prometido colabora con César. Es el único confidente del amo del mundo.

Pero ¿no puede pasar con ella un cuarto de hora en alguna taberna de la calleja de

los Caldereros? ¿No puede César arreglárselas solo durante un cuarto de hora?

Raro la lleva consigo a la calle de los Caldereros. Pero no entran en las tabernas. Súbitamente el joven se percata de que lo están persiguiendo. Dos oscuros individuos le siguen los pasos desde la mañana, vaya adonde vaya, por eso los enamorados se separan frente a la posada. Lucilia vuelve a casa de su madre y, radiante, le cuenta cuán próximo al gran César está su joven prometido.

Mientras, el secretario intenta vanamente deshacerse de sus perseguidores.

Antes de la medianoche sabrá lo que significa arrimarse a la sombra de los poderosos.

Hacia las once, Raro vuelve al palacio del foro. Un regimiento de negros monta la guardia palaciega. Los soldados están en su mayoría borrachos.

En su pequeña alcoba, detrás de la biblioteca, el joven busca desesperado el expediente que el banquero español le entregara un día antes para César. El dictador no lo ha leído. En ese expediente figuran los nombres de los conjurados. Los encuentra a todos. Bruto, Casio, toda la *jeunesse dorée* de Roma, y entre ellos, muchos a quienes César considera amigos suyos. Tiene que leer ese expediente en seguida, esa misma noche. Su lectura lo decidirá a utilizar la carreta de bueyes de Terencio Scaper.

Raro coge el expediente y se pone en camino. Los pasillos están casi a oscuras; desde el ala opuesta llegan canciones de los centinelas borrachos. En la entrada al atrio montan guardia dos negros gigantescos. No quieren dejarlo pasar. Y no entienden lo que les dice.

El joven intenta ir en otra dirección; el palacio es enorme. Allí también hay centinelas negros que le cierran el paso. Hace la prueba en corredores y jardines interiores a los que se accede escalando ventanas, pero todo está acerrojado. Al volver a su habitación, completamente exhausto, Raro cree reconocer la silueta de un hombre en el extremo del pasillo. Es uno de sus perseguidores.

Presa del pánico se precipita a su habitación y atranca la puerta. No enciende ninguna luz y se asoma a la ventana que da al patio. Allí, frente a su ventana, ve al segundo hombre sentado. Siente un sudor frío.

Se queda un buen rato a oscuras en su habitación, con el oído atento. En algún momento llaman a la puerta, pero Raro no abre. Y no llega a ver, por lo tanto, al hombre que se aleja después de esperar un rato ante la puerta: César.

Desde la medianoche, la carreta de bueyes de Terencio Scaper aguarda frente al pórtico sur. El veterano solamente ha dicho a su mujer y a sus hijos que estará unos días fuera de Roma porque tiene que entregar un recado. Que Lucilia y su madre fueran a casa de Raro, quien cuidaría de ellas.

Pero aquella noche nadie se presenta en el pórtico sur dispuesto a subir a la carreta.

En la madrugada del 15 de marzo comunican al dictador que su secretario ha sido asesinado la noche anterior en el palacio. La lista con los nombres de los conjurados ha desaparecido. César se encontrará con los portadores de esos nombres esa misma mañana en el senado y caerá abatido por sus puñales.

Una carreta de bueyes, conducida por un viejo soldado que es a la vez un arrendatario arruinado, emprenderá el regreso a una posada de las afueras de Roma, donde lo aguarda una pequeña familia a la que el gran César adeuda trescientos sestercios…

Los dos hijos

En enero de 1945, cuando la guerra de Hitler se acercaba ya a su fin, una campesina de Turingia soñó que su hijo la llamaba desde el campo, y, al salir al patio ebria de sueño, creyó verlo junto a la bomba de agua bebiendo. Pero al dirigirle la palabra se dio cuenta de que era uno de los jóvenes prisioneros de guerra rusos que realizaban trabajos forzados en la granja. Unos días más tarde tuvo una experiencia muy extraña. Acababa de llevarles la comida a los prisioneros hasta un bosquecillo cercano, donde tenían que desenterrar tocones, cuando, ya de regreso, miró por sobre el hombro y vio al mismo joven prisionero —un ser de aspecto enfermizo— con la cara vuelta hacia la escudilla de sopa que alguien le alcanzaba en aquel momento, y ese rostro desilusionado se transformó de pronto en el de su propio hijo. Durante los días siguientes se repitieron con más frecuencia esas visiones, en las que el rostro de aquel joven se convertía, repentina y fugazmente, en el de su hijo. Un día cayó enfermo el prisionero, que quedó tendido en el granero sin que nadie cuidara de él. Un impulso cada vez mayor de llevarle algo nutritivo se fue apoderando de la campesina, pero se lo impedía su hermano, un inválido de guerra que estaba a cargo de la granja y trataba rudamente a los prisioneros, especialmente en aquel momento en que todo empezaba a desmoronarse y la aldea comenzaba a sentir miedo de los prisioneros. La misma campesina no podía desoír los argumentos de su hermano; no consideraba en absoluto justo ayudar a esos seres infrahumanos, sobre los que había oído decir cosas escalofriantes. Vivía angustiada por lo que el enemigo pudiera hacerle a su hijo, que se hallaba en el frente oriental. De modo que aún no había realizado su medio propósito de ayudar a *aquel* desamparado, cuando una noche sorprendió en el huertecillo nevado a un grupo de prisioneros discutiendo acaloradamente pese al intenso frío, pues sin duda habían elegido ese sitio para evitar que los descubrieran. El muchacho también estaba presente, tiritando por la fiebre, y fue probablemente debido a su extrema debilidad que se asustó tanto al verla. Y en medio de su espanto volvió a producirse la extraña transformación de aquel rostro, de suerte que la granjera reconoció una vez más las facciones de su hijo, esta vez desencajadas por el miedo. Esto le dio mucho que pensar, y, aunque fiel a su deber informó puntualmente a su hermano sobre la discusión que había visto en el huertecillo, decidió, pese a todo, darle a escondidas al joven la corteza de tocino que ya le había preparado. Como tantas buenas acciones realizadas en el Tercer Reich,

también ésta podía resultar sumamente difícil y peligrosa. En ella tenía a su propio hermano como enemigo, y tampoco podía estar segura de los prisioneros de guerra. Sin embargo, le salió bien. Y, de paso, descubrió que los rusos planeaban realmente darse a la fuga, pues a medida que avanzaba el ejército rojo, crecía diariamente el peligro de que los trasladaran más al Oeste o simplemente los liquidaran. La granjera no pudo desatender ciertos deseos del joven prisionero —al que se sentía unida por su extraña experiencia—, deseos que éste le expuso valiéndose de gestos y de un alemán rudimentario, y acabó dejándose envolver poco a poco en los planes de fuga. Le proporcionó una chaqueta y una gran cizalla. Curiosamente, a partir de entonces no volvió a producirse ningún tipo de transformación en el rostro del muchacho, y ella se limitó a ayudar al joven extranjero. Grande fue, pues, su sorpresa cuando una mañana de finales de febrero llamaron a la ventana y, en el crepúsculo matutino, pudo ver el rostro de su hijo a través del cristal. Esta vez sí que era su hijo. Llevaba el uniforme de las SS hecho jirones, su unidad había sido aniquilada, y, muy excitado, dijo que los rusos estaban sólo a unos cuantos kilómetros de la aldea. Sobre su regreso había que guardar el más absoluto secreto. En una especie de consejo de guerra celebrado entre la granjera, su hermano y su hijo en uno de los rincones del desván, decidieron deshacerse de los prisioneros de guerra, pues posiblemente hubieran visto al hombre con el uniforme de las SS y era previsible que hicieran alguna declaración sobre el trato recibido. Cerca de allí había una cantera. El hombre de las SS insistió en que esa misma noche deberían sacarlos uno a uno del granero y liquidarlos. Luego podrían arrojar los cadáveres en la cantera. Por la noche les ofrecerían varias raciones de aguardiente —cosa que, según el hermano, no les llamaría mucho la atención, pues tanto él como los peones de la granja se habían mostrado últimamente muy amables con los rusos—, para así predisponerlos en favor suyo al último momento. Mientras elaboraba su plan, el joven de las SS vio que, de pronto, su madre empezaba a temblar. Los hombres decidieron entonces no dejarla acercarse más al granero. Y ella, muerta de miedo, se puso a esperar la noche. Los rusos aceptaron el aguardiente con aparente gratitud, y la mujer los oyó cantar, borrachos, sus melancólicas canciones. Pero cuando su hijo se dirigió al granero a eso de las once, los prisioneros habían desaparecido. Habían fingido su borrachera. Precisamente la forzada amabilidad de los habitantes de la granja los había convencido de que el ejército rojo debía de estar muy cerca. Cuando llegaron los rusos en la segunda mitad de la noche, el hijo yacía borracho en el desván, mientras la campesina, presa del pánico, intentaba quemar el uniforme de las SS. También su hermano se había emborrachado, de modo que ella misma tuvo que recibir y dar de comer a los soldados rusos. Lo hizo con cara de piedra. Los rusos partieron a la mañana siguiente; el ejército rojo proseguía su avance. El hijo, ojeroso, pidió entonces más aguardiente y expresó su firme intención de abrirse paso hasta los restos del ejército alemán, que ya se batía en retirada, a fin

de seguir luchando. La campesina no intentó explicarle que seguir luchando equivalía a una muerte segura, sino que, desesperada, se tiró al suelo ante él y trató de retenerlo físicamente. Pero él la arrojó violentamente sobre la paja. Al incorporarse, la mujer sintió una vara en la mano y, tomando impulso, golpeó con ella al furibundo mozo, haciéndolo caer por tierra.

Esa misma mañana, una campesina detuvo su carreta de adrales frente a la comandancia rusa del villorrio más cercano y entregó a su hijo, atado con cuerdas de pies y manos, a fin de que, según intentó explicarle a un intérprete, salvara su vida como prisionero de guerra.

Nuevo, viejo, nuevo, ¿qué cosa es un huevo?

Eulenspiegel era hijo de un campesino, pero no tenía absolutamente nada que ver con la guerra de los campesinos contra los grandes señores. Ejercía celosamente su modesto oficio de volatinero en las ferias, y a menudo acallaba su hambre montando bufonadas en las que timaba a los lugareños como un auténtico engañabobos. Pero un día le ocurrió un incidente tan enojoso que juró vengarse de los grandes señores y, sin pensárselo demasiado, se puso de parte de los campesinos. En una encrucijada, no muy lejos de la ciudad de Weinsperg, no pudo apartar a tiempo su minúsculo carrito tirado por un burro y obligó a detenerse a una carroza gigantesca en la que viajaba un noble. El señor conde lo hizo conducir a su presencia y lo increpó por la utilización desfachatada del camino carretero. Uno de los criados, que estaba particularmente enfadado, señaló una canastilla con huevos que el volatinero tenía en la mano y comentó que seguramente por salvar esos huevos había detenido al señor conde. En efecto, Eulenspiegel había cogido la canastilla al ver que la carroza se acercaba a gran velocidad. La había conseguido embaucando a los campesinos del pueblo de Dingsmühl en una exhibición. Era su única ganancia del día.

—¡Al suelo esa canastilla! —ordenó el conde al cómico en tono imperioso—. Ya te enseñaré a poner tus huevos por encima de mí. ¡Y ahora métete en la canastilla! ¡Rápido!

Los criados obligaron a Eulenspiegel con sus lanzas a subirse a la canastilla y pisotear los huevos. Y mientras lo hacía, Eulenspiegel iba murmurando lo siguiente:

> «Nuevo, viejo, nuevo,
> ¿qué cosa es un huevo
> frente al conde de Pfingsheim?»

Al principio esto lo oyeron sólo los criados, pero todos vieron cómo el volatinero pisaba los huevos con una fruición y rapidez siempre mayores, de suerte que al final parecía estar bailando, y todos, incluido el señor conde, sintieron un extraño malestar. Este venía huyendo de Weinsperg, sitiada por los campesinos, para integrarse en la Liga Suava, que se estaba organizando contra las victoriosas huestes campesinas. Con

aire sombrío dio orden de continuar. Pero Eulenspiegel sacó a su burro de la cuneta y le dijo:

—Johannes, tú hubieras aceptado que un gran señor nos reclamara unos huevos ganados con tanto esfuerzo, y, hablando con franqueza, yo también. Pero tú hubieras aceptado igualmente que los pisoteara hasta hacerlos papilla, y yo, en cambio, no.

Y, en efecto, después de este incidente Eulenspiegel se dedicó a cantarles la cartilla a los señores cada vez que podía.

Las mujeres de Weinsperg

Todo el mundo conoce por los libros de lectura la conmovedora historia de las fieles mujeres de Weinsperg, que sacaron a sus maridos de la ciudad sitiada llevándolos a hombros. Pero Eulenspiegel estuvo allí presente y vio a las mujeres que llegaban con su carga al campamento de los campesinos. Es totalmente cierto que éstos habían autorizado a las mujeres a sacar de la ciudad los bienes que más apreciaran, siempre que pudieran cargarlos sobre sus espaldas. Pero cuando les revisaron los sacos comprobaron que las más listas tío llevaban en ellos al marido, sino algo más difícil de sustituir como es la ropa de cama, y que tampoco habían salvado al obispo, sino los instrumentos de medición hechos de oro puro y mucho más valiosos. De pie junto a la puerta de la ciudad, Eulenspiegel le hacía una reverencia a toda mujer que no llevara a un ciudadano en su saco.

Eulenspiegel predice que las promesas de los señores vencidos

no merecen gastar la pólvora en salvas

La alegría de los campesinos por su victoria en Weinsperg fue muy grande. Creyendo haber ganado ya la guerra se aprestaron a volver a sus casas para iniciar las siembras de primavera. En el curso de una extraña ceremonia obligaron al magistrado de Weinsperg a suscribir solemnemente los doce artículos propuestos por ellos mismos y a comprometerse a vivir en paz con ellos durante ciento un años. Cuando, antes de dispersarse, los campesinos celebraron este triunfo sobre los señores con 2.000 arcabuzazos, Eulenspiegel se sorprendió de que gastaran su pólvora por semejante timo, y les predijo que muy pronto echarían de menos esa pólvora. Y, en efecto, tuvieron que pagar muy caro el haber deshecho su ejército para irse a sembrar, pues los señores pudieron así organizar un ejército señorial y cuidar de que ese mismo otoño la cosecha volviera a los graneros señoriales.

Eulenspiegel médico

Retenido por unos negocios, Eulenspiegel llegó a la aldea de Murthal cuando la comitiva del príncipe ya había pasado. La aldea había sido siempre muy pobre, pero esta vez los visitantes habían arrasado con todo, de suerte que Eulenspiegel no encontraba nada que comer. Y de pronto descubrió un pollo en una granja. Llamó a la puerta y le abrió un viejo. En la casa sólo se habían quedado el viejo y la campesina, que estaba enferma en su cama; los hombres se habían ido al campo.

—Veo que estáis enferma —dijo el volatinero a la campesina—. Tal vez pueda ayudaros; soy el médico de cabecera del conde von Geerten y, a primera vista, veo que padecéis del *morbus immensus spitaliter.* ¿Tenéis algún pollo en casa?

Como los campesinos no respondían, Eulenspiegel siguió diciendo con aspecto preocupado:

—La enfermedad del *morbus divinus hospitalis* es producida por el agotamiento. Estoy seguro de que os sentís agotada.

—Sí que lo estoy —dijo la mujer—, y no es de extrañar; hay que arar el campo y yo tengo que tirar del arado. El buey se lo llevaron los príncipes.

—En el caso de la condesa von Geerten —dijo Eulenspiegel con aire pensativo—,

el agotamiento se debió al exceso de bailes. Se hubiera muerto en tres días de no haberle yo recetado la única medicina apropiada. Una vez más: ¿tenéis algún pollo en casa? Pensad bien la respuesta, pues muchas cosas dependen de ella.

—No —dijo el anciano, pero la mujer intervino:

—Tráelo.

—Y cocínalo —añadió Eulenspiegel.

—Llama a la vecina —dijo la campesina—; que lo cocine ella.

—Un momento —dijo Eulenspiegel—. Los que lo cocinen tienen que ser dos, como mínimo. En general, me gustaría que mucha gente viera lo que la medicina es capaz de hacer en estos casos.

Cuando el pollo estuvo cocido y la habitación llena de campesinas, Eulenspiegel se sentó a la mesa y empezó a comerse el ave al tiempo que repartía consejos.

—¿Cuándo bailaste por última vez? —preguntó a la enferma.

—El año pasado, en la feria —respondió la campesina.

—¡Ajá! —mascullló el cómico llevándose un ala de pollo a la boca—. Lo primero que le prohibí a la condesa von Geerten, que padecía de la misma enfermedad, fue bailar en demasía. Lo mismo te digo a ti. Además, me acabas de decir que tiras del arado, y esto es algo que también le prohibí terminantemente a la condesa von Geerten, como te lo prohíbo ahora a ti. Para su curación prescribí a la señora condesa un pollo diario. Lo mismo te receto ahora a ti, pues a los ojos de la medicina no hay ninguna diferencia entre la más refinada de las condesas y tú, ya me entiendes: los estómagos son los mismos.

—El único pollo que teníamos es el que te estás comiendo ahora mismo —dijo el viejo enfadado.

—Ya entiendo —replicó Eulenspiegel y se apresuró a devorar su comida—. Pero seguro que tendréis algo nutritivo. ¿Tenéis vino tinto?

—No —dijo el anciano—, puedes tomar agua si tienes sed.

—No lo he preguntado por mí —repuso Eulenspiegel—, sino por la enferma; por mi parte estoy satisfecho.

Y se levantó.

—Si no tenéis vino podéis darle queso, aunque puede que tampoco tengáis bastante queso tras la visita de los príncipes, que se llevan cuanto necesitan. En ese caso os recomiendo té de salvia.

Cuando Eulenspiegel hubo dado este consejo y se disponía ya a abandonar la casa, una campesina particularmente tonta dijo:

—Té de salvia sí que tienes, Trine, está junto a tu cama.

Pero las otras campesinas lanzaron miradas torvas y una de ellas dijo:

—¿Es esto todo lo que puedes decirnos a cambio del pollo?

—Mi estimada señora —le respondió Eulenspiegel—, si no podéis daros el lujo

de comer algo sólido de vez en cuando, jamás acabaréis con las enfermedades. Y si no podéis costearos un médico, moriréis a causa de ellas.

Aquello fue demasiado para las campesinas, que en el acto vapulearon al presunto médico en la habitación de la enferma. Pero al proseguir su camino, el cómico dijo: «Más vale vapuleado que hambriento.» Y las campesinas de Murthal comentaron: «Los médicos de los grandes señores no son mejores que los grandes señores», comentario con el que Eulenspiegel estuvo de acuerdo.

Eulenspiegel juez

Eulenspiegel se enteró de que en una aldea iba a celebrarse un juicio, pero que el magistrado no podría asistir porque había caído enfermo. Y decidió presentarse como juez, sobre todo porque había oído que esa aldea no quería saber nada con la guerra contra los grandes señores. Durante la audiencia condujeron ante él a un campesino que, en una borrachera, le había roto el espinazo a una mujer con un gran leño. Cuando se hubo probado el delito, Eulenspiegel llamó con gestos solemnes a su aprendiz, de nombre Steppke, y tras susurrarle algo al oído, lo envió a hacer un recado. Luego se volvió hacia el campesino y le dijo:

—Para defenderte alegas que, en tu borrachera, creíste que era tu propia mujer y, por consiguiente, te sentiste con derecho a vapulearla a discreción. Tu caso demuestra claramente lo grave que es emborracharse al punto de ya no reconocer ni a su mujer. Tendré que imponerte una sanción, y ya sólo queda por saber el monto de la misma.

Y al decir esto se puso en pie y miró muy ostentosamente alrededor, por si su aprendiz hubiera regresado. Y así fue, pues en aquel preciso instante llegaba Steppke a la carrera y, deteniéndose a unos diez pasos de Eulenspiegel, y pese a los gestos con que su maestro fingía darle a entender que los demás no debían oírlo, gritó en voz alta:

—Excelencia, la señora juez os manda decir que ha llegado el vinatero y que el precio del vino de Falerno es de cinco florines.

Eulenspiegel carraspeó y pronunció un breve discurso:

—Para determinar el monto de tu sanción desde el punto de vista jurídico hemos de comprobar objetivamente si recogiste simplemente el leño del suelo o lo fuiste a

buscar al cobertizo. En el primer caso podríamos considerar que no hubo premeditación propiamente dicha y rebajar la multa a tres florines. Pero si cogiste el leño…

En este punto interrumpió un testigo al juez y declaró que, de hecho, el leño había estado en el suelo, junto al acusado. Eulenspiegel pareció un poco molesto por esta declaración, y preguntó en tono severo al acusado:

—¿Era el leño de pino o de roble?

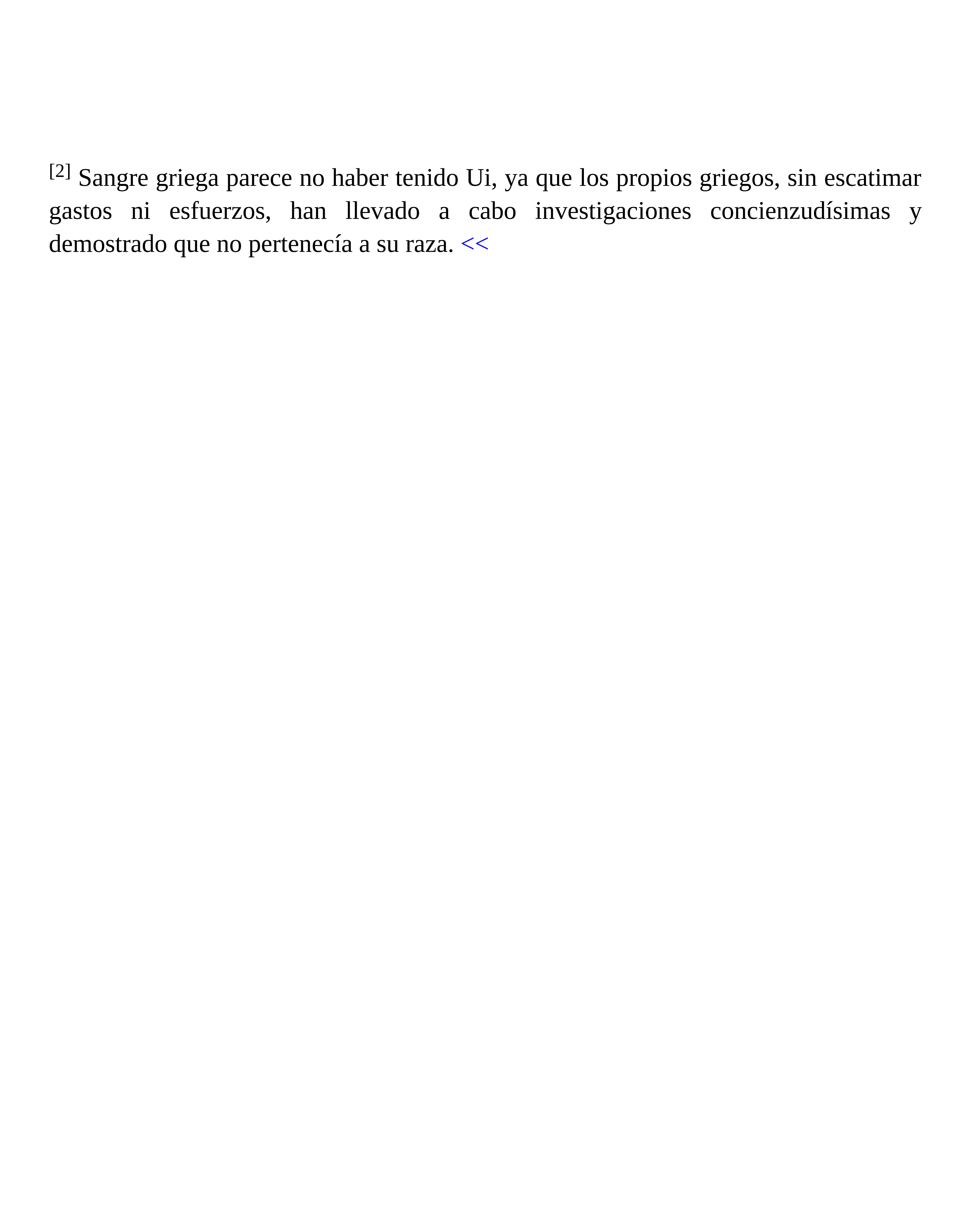
—De pino —respondió el acusado.

—Mal asunto —dijo Eulenspiegel—. ¡Si al menos hubiera sido de roble! ¡Con qué fuerza habrás pegado para romperle el espinazo con un leño de madera blanda! ¡Cinco florines!

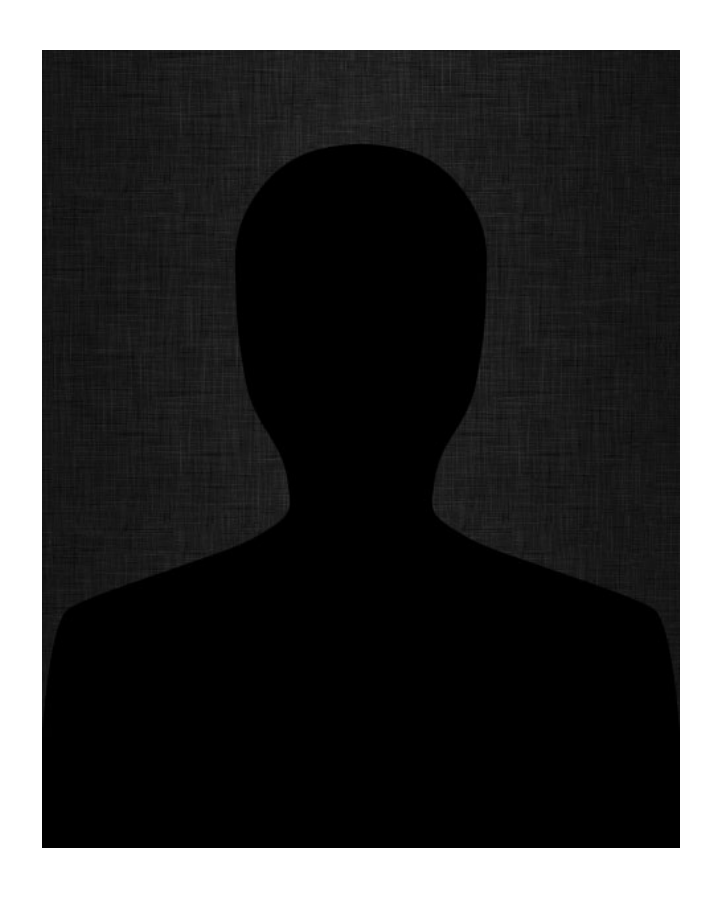
Cuando el falso juez hubo cobrado los cinco florines y se hallaba ya en camino, los campesinos aún seguían comentando el fallo, como había esperado Eulenspiegel, y algunos se mostraron muy disconformes.

Notas

[1] Esta historia también fue rectificada por Franz Kafka. ¡Parece ser que en los últimos tiempos resulta francamente increíble! <<



[2] Sangre griega parece no haber tenido Ui, ya que los propios griegos, sin escatimar gastos ni esfuerzos, han llevado a cabo investigaciones concienzudísimas y demostrado que no pertenecía a su raza. <<



NOMBRE DEL AUTOR, lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit. Nunc vel libero sed est ultrices elementum at vel lacus. Sed laoreet, velit nec congue pellentesque, quam urna pretium nunc, et ultrices nulla lacus non libero. Integer eu leo justo, vel sodales arcu. Donec posuere nunc in lectus laoreet a rhoncus enim fermentum. Nunc luctus accumsan ligula eu molestie. Phasellus vitae elit in eros ornare tempor quis sed sapien. Aliquam eu nisl placerat mi scelerisque semper. Pellentesque habitant morbi tristique senectus et netus et malesuada fames ac turpis egestas. Nulla aliquam, turpis in volutpat tincidunt, nisl ipsum ultrices augue, eu pretium sapien lorem non nibh. Vestibulum accumsan placerat scelerisque.

Etiam egestas interdum consectetur. Suspendisse sagittis viverra quam, sed dictum tortor euismod et. Fusce et enim vitae velit dignissim pharetra. Phasellus congue mollis magna at blandit. Morbi sit amet dolor lacus. Class aptent taciti sociosqu ad litora torquent per conubia nostra, per inceptos himenaeos. Aenean sodales varius egestas. Nunc ut lectus eros, a fringilla purus. Integer aliquam lacinia libero, at volutpat libero imperdiet id. Suspendisse laoreet lacus vitae mauris consequat mollis.